ZONA CERO



CLARA ANN SIMONS

Zona Cero

Clara Ann Simons

Zona cero
Clara Ann Simons

Copyright © 2025 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 17/12/2025

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada se muestra a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

CAPÍTULO 1

Isabel

El espectrógrafo chilla. Un sonido agudo como si alguien le estuviese arrancando las tripas.

Esto es una pesadilla. Son las tres de la madrugada y todos los instrumentos del laboratorio han decidido hacerme la vida imposible; parece que acaban de ser poseídos por algún tipo de espíritu maligno.

Desesperada, le pego un tortazo a la carcasa, aprovechando que mi supervisor no está cerca. Es un hábito que heredé de mi padre. Con nuestra vieja televisión solía funcionar. Escupe un pico de datos y se queda plano, como si se hubiese muerto para siempre.

—Mierda, joder, lo que me faltaba, el doctor Perelman me va a asesinar —mascullo entre dientes, totalmente segura de que lo acabo de romper.

Estoy a dos segundos de mandar a la mierda todo el experimento para siempre cuando se abre la puerta del laboratorio y, como convocado por algún tipo de hechizo, el director de mi tesis doctoral entra hecho un desastre.

—Yo no le he hecho nada, lo juro —me apresuro a aclarar al ver que se ha detenido justo delante del espectrógrafo que se ha

quedado frito.

—¿Estás viendo esto? —pregunta, y parece estar en pleno ataque de pánico.

—Lleva así un buen rato —le explico—. Estuvo haciendo cosas raras y, de pronto, se murió. Pero yo no le hice nada, de verdad, se murió él solo —recalco, alzando las manos.

—Antes de que preguntes por qué no hay wifi: no es el router. Es el sol —dice sin más.

Pongo una cara de que no estoy comprendiendo nada de lo que me dice y, por suerte, capta la indirecta.

—Olvida el maldito espectrógrafo, Isabel —grita, caminando hacia la estación central y tecleando a toda prisa—. A la mierda el experimento. A la mierda la jodida tesis doctoral.

—¿Qué? Llevo dos años trabajando en esa tesis —le recuerdo.

Me acerco a él. La pantalla grande parpadea, lucha por mantener la imagen. Pero lo que veo me hiela la sangre. No son datos de nuestro laboratorio. Es la red de satélites de la NOAA.

La mayoría están en rojo. O en negro.

—¿Qué es eso? —pregunto con miedo.

—Saturación total —murmura Perelman, sin apartar la vista de la catástrofe que se desarrolla en la pantalla—. A las 10:07, los sensores orbitales detectaron un destello en rayos X.

—¿De cuánto hablamos? ¿Clase X10, X25? ¿Cuánto?

—No... más allá de la clase X. La escala se quedó corta —murmura girándose hacia mí. Está sudando.

—Vale, un desastre… ¿tipo Carrington? —pregunto, recordando las clases de historia de la ciencia. Telégrafos ardiendo, auroras boreales en el Caribe, ese tipo de cosas.

Perelman suelta una risa histérica, corta y seca. Yo creo que está teniendo una crisis de ansiedad o se ha vuelto loco.

—El Carrington es un petardo de feria al lado de esto. Es más bien tipo Carrington multiplicado por cien, Isabel. Un evento Miyake —responde con un soplido, escondiendo el rostro entre las manos.

—¿Miyake? ¿Como lo del año 993-994? ¿Todo eso del pico que se detectó en los anillos de los árboles?

—En el año 993 no tenían una red eléctrica global —me grita, perdiendo la compostura por completo—. No dependían de transformadores de alta tensión, ni de satélites GPS, ni de servidores bancarios, ni de cadenas de suministro digitalizadas. Nuestra civilización está montada sobre un castillo de naipes electrónico y el sol acaba de soplar muy fuerte.…

Miro mi móvil sobre la mesa. La pantalla se enciende sola, parpadea en verde y luego se apaga.

—¿Qué significa eso? ¿Qué puede ocurrir? —insisto, aunque ya me imagino la respuesta.

—Significa que vamos a regresar a la Edad Media. Pero con ocho mil millones de personas que no saben cultivar ni cazar.

—Pero el gobierno ya debe tener un plan a estas horas, ¿verdad? Será un apagón de uno o dos días como máximo, vigilarán las ciudades hasta que se reparen los transformadores y…

—Esos transformadores podrían tardar meses en repararse y nadie sabe realmente a qué nos enfrentamos. Podemos suponerlo, pero nunca ha ocurrido en los tiempos modernos. Para una civilización que depende totalmente de la electrónica como la nuestra, puede llegar a ser desastroso. El jodido fin del mundo.

Si no estuviese al borde de un ataque de ansiedad, hasta diría que lo está disfrutando. Seremos testigos directos de algo que no se ha registrado nunca y no sabe si reír o llorar. Si es que vivimos para contarlo.

—¿Debería apagar el experimento?

Simplemente deja escapar una risa amarga.

—Ya no queda ningún experimento, Isabel. Tu tesis doctoral nunca verá la luz.

Un estallido fuera del edificio hace que nos agachemos. Un destello azul eléctrico, intenso como un relámpago, ilumina las ventanas del laboratorio. Luego otro. Y otro más lejos.

Son los transformadores de la subestación del campus. Están explotando.

Tengo que avisar a mi familia. A mis padres. La pantalla se enciende. Cuatro barras de cobertura. Todo normal. Todo bien.

Marco el número de mi madre. La llamada va directa al buzón de voz.

—Joder —mascullo entre dientes, colgando y marcando de nuevo.

Nada. Ni siquiera suena.

Pruebo con mi padre. Mismo resultado. El pánico comienza a ser tan grande que me cuesta marcar los números.

Marco de nuevo.

Esta vez, la llamada conecta. Escucho su voz, aunque suena lejana, como si estuviese bajo el agua.

—¿Qué pasa, Isabel? ¿Sabes qué hora es?

—Papá, escúchame. Tenéis que estar preparados. Hay una tormenta solar, tipo a lo bestia. Nada que se haya visto con anterioridad y…

Tan solo escucho su risa.

—Vale, vale, Nostradamus. ¿Has bebido muchos Red Bulls? —ironiza sin parar de reír y me gustaría estar ahí para darle con el teléfono en la cabeza.

—Papá. Cállate, joder. Avisa a mamá. Esto va muy en serio, no es momento para bromas.

Va a decir algo, pero la línea se corta. Intento marcar de nuevo. Nada. La señal se ha ido, ni siquiera un tono de ocupado. Miro la pantalla del móvil. Sin señal. La batería marca un 87 %, pero el icono de cobertura ha desaparecido por completo.

—¿Qué está pasando? —pregunto, girándome hacia el doctor Perelman.

—Ni siquiera te servirá de linterna dentro de unos minutos, puedes tirarlo a la papelera si quieres —dice sin más, señalando hacia el móvil con la barbilla.

Las luces parpadean. Escucho un zumbido eléctrico en el aire, como si todos los cables del edificio estuviesen cantando su canción

final.

Y entonces, ocurre.

No es un apagón normal. No es un "clic" y luego la oscuridad.

Es una especie de gemido.

El edificio entero parece exhalar. Los sistemas de ventilación se detienen con un suspiro pesado. Las luces fluorescentes parpadean una última vez, brillan con una intensidad dolorosa, naranja, luego violeta, y finalmente mueren.

La oscuridad es absoluta.

Pero lo peor de todo es el silencio.

De repente, soy consciente de todos los ruidos que formaban mi vida y que ya no existen. El zumbido de los ordenadores, el rumor del tráfico lejano en la autopista que rodea al campus universitario, el latido eléctrico de la ciudad. Todo ha desaparecido.

Solo queda el silencio.

Un silencio pesado, denso, que presiona contra los tímpanos.

—¿Doctor? —susurro.

Se enciende una luz tenue. Perelman ha sacado un mechero. La llama tiembla en su mano.

En el pasillo, alguien grita.

Los pocos estudiantes que quedan a esta hora en el edificio caminan desorientados.

—Isabel —la voz del doctor Perelman me sobresalta—. Tienes que irte. Ahora. Mientras la gente todavía está durmiendo. Cuando

amanezca y se den cuenta de que nada funciona... el pánico será peor que la radiación.

—¿Y tú?

—Yo me quedo. Alguien tiene que registrar esto. Aunque sea en papel y lápiz. Es el mayor evento astronómico de la historia humana. Alguien tiene que...

Se calla, pasándose una mano por la cara.

—Vete a casa, Isabel.

Niego con la cabeza.

—Mi coche es eléctrico. No arrancará. Y mi piso está a doce kilómetros de aquí. Prefiero dormir en el laboratorio y ver qué ocurre mañana.

En el pasillo se escuchan las primeras voces de pánico.

El alijo de comida del laboratorio es patético: dos barritas energéticas y un paquete de galletas saladas que un becario abandonó el mes pasado. Al menos, tenemos agua en abundancia.

Una chica con gafas se acerca a nuestra puerta. Tiene más o menos mi edad, quizá un año menos. Nos pide que la dejemos entrar, pero justo cuando voy a abrir la puerta, el doctor Perelman me sujeta la muñeca.

—No —dice en voz baja—. No sabemos qué va a pasar ahí fuera. Quizá por la mañana ni siquiera se pueda salir. Cuanta más gente haya aquí dentro, menos recursos tendremos. Menos agua. Menos comida. Menos espacio. Menos todo.

—Pero...

—No puedes salvar a todo el mundo, Isabel —me interrumpe —. A veces, lo único que puedes hacer es salvarte a ti misma. Y eso es especialmente cierto si todo se va a la mierda.

Observo las lágrimas rodando por las mejillas de la chica y aparto la vista.

—Solo ella, por favor —insisto.

El profesor bufa y pone los ojos en blanco, negando con la cabeza, así que lo tomo como un sí y la dejo pasar.

Nos sentamos en el suelo, contra la pared. Sin hablar. Observando la estantería metálica que el doctor Perelman ha colocado frente a la puerta a modo de barrera por si falla la cerradura. Se levanta un momento y saca de un cajón de su mesa una botella de whisky medio llena junto a tres vasos de plástico.

—¿Bebéis? —pregunta.

—No suelo hacerlo —respondo.

—Hoy parece un buen día para empezar —suspira, sirviéndonos un vaso a cada una.

Brindamos sin decir nada. No hay palabras apropiadas para este momento.

El whisky me quema la garganta, me hace toser, pero también me calienta el pecho, ahuyentando un poco el frío que siento desde que todo esto empezó.

—No será para tanto, ¿verdad, profesor? —insiste la chica de gafas, pero la mirada de pánico que nos devuelve responde sin necesidad de palabras.

CAPÍTULO 2

Arizona

Cuando llevas varios años en mi línea de trabajo, tu capacidad de sorpresa se reduce al mínimo. Aun así, que todos los semáforos se apaguen de golpe y un montón de vehículos se detengan todos a la vez, incluido el mío, llama poderosamente mi atención.

Y aquí estoy, atrapada en una fila de varios kilómetros de coches muertos, tras esquivar por los pelos la colisión que ocurre justo delante de mí cuando un Honda se estampa contra el guardarraíl.

Aunque es el instante en el que los conductores comienzan a salir, cuando de verdad me doy cuenta. Lo veo en sus miradas. Personas que hace unos minutos parecían tranquilas y amables, discuten. Otros pegan patadas a las ruedas o golpean el capó.

Los coches más antiguos todavía funcionan; tocan el claxon de manera frenética como si fuese posible dejarles pasar. Hago un cálculo rápido. Varios cientos, quizá miles de personas atrapadas. Esto puede ponerse feo si la policía no llega pronto.

Si hay algo que aprendes muy rápido en mi trabajo es que, ante una situación de peligro potencial, la mejor opción es desaparecer, así que suelto el cinturón de seguridad, cojo mi bolsa

de emergencias, compruebo que la Glock esté cargada y camino colina abajo hacia la ciudad. No me extrañaría que pronto una buena parte de esta gente pierda los nervios.

Nadie me mira. Es una antigua habilidad que debo agradecer a mis primeros instructores en Europa del Este. Si nadie le pone remedio, en apenas unas horas, el puente flotante que lleva a Seattle por la I-90 se convertirá en una batalla.

Tres horas más tarde, la entrada de la ciudad no está mucho mejor que la autopista. Coches abandonados por todas partes y la gente a punto de pasar de "moderadamente molesta" a "casi salvaje". A las cuatro horas de caminata, escucho romperse el primer escaparate. Un grupo de jóvenes asalta una tienda de electrónica, llevándose todo lo que pueden sin que nadie haga nada.

Hago inventario: tengo agua para un día, varias barritas energéticas, mi Glock, una caja de munición y el cuchillo sujeto a mi tobillo. Las probabilidades son bastante buenas si evito multitudes.

Mi primera parada está a unos seis kilómetros al norte, un piso franco de la Corporación que debería tener todo lo necesario para una situación de emergencia. La clave es llegar antes de que oscurezca y las cosas se compliquen. La poca policía que veo ya está a la defensiva; no tienen coches ni modo de comunicarse. O envían pronto al ejército o la noche será dura.

La mayor parte de la gente tiene esa fantasía idiota sobre las situaciones de crisis. Piensan que los vecinos se reunirán en la calle con linternas y compartirán latas de sopa. Creen que habrá comités de ciudadanos y solidaridad. Todo eso es una mierda. No funciona de ese modo.

Yo estaba allí cuando Yangon cayó y casi no salgo con vida. En 2021, la Corporación me envió para limpiar un cierto activo. Aterricé el domingo por la noche y, cuando me desperté al día siguiente, los tanques bloqueaban las calles. Ese mismo día por la tarde, empezaron los saqueos. Cuando llegó el martes, todo era un auténtico caos. La ciudad se había convertido en una zona de guerra.

Con el huracán Katrina pasó algo similar; se perdió el control en menos de 48 horas. Si este problema no afecta solo a Seattle y ocurre a nivel nacional, nadie vendrá a mantener el orden. Todas estas personas observando confusas las pantallas de sus móviles que no encienden, esperando a que alguien venga pronto a arreglarlo… no tienen ni idea de lo que les espera.

El siguiente escaparate roto le toca a una farmacia. Tres hombres, uno de ellos con un bate de béisbol. Acelero el paso. Una ambulancia que todavía funciona se ha quedado atascada entre los coches. El conductor apoya la cabeza en el volante. Impotencia pura y dura.

Todavía estamos en la fase de novedad, en esa en la que tu principal preocupación es que se va a estropear la comida que tienes en el congelador. Es la calma antes de la tormenta. La ciudad se ha convertido en un gigantesco tablero de ajedrez, pero los jugadores todavía no saben que la partida ya ha comenzado.

Junto a un supermercado, estalla una pelea. Creo que discuten por un carro lleno de agua embotellada. Tres tipos contra uno, aunque pronto se unen varios más, no estoy segura de que ni siquiera se conozcan. En un par de días, quizá menos, pasaremos de

los puños a las armas. Las consecuencias empezarán a no importar. Lo mejor será estar lejos de aquí cuando eso ocurra.

Casi al anochecer, paso junto a un grupo de indigentes que han encendido un fuego en un contenedor. Uno de ellos me saluda con la mano y me dedica una sonrisa sin dientes.

—Es el fin del mundo, muchacha. ¿Tienes cigarrillos?

—Ya no fumo, lo siento —me disculpo sin detener el paso.

El edificio en el que está nuestro piso franco parece una tumba. Todo oscuro, sin ruidos, la gente encerrada en sus casas. Es una zona tranquila, poco comercial, no entrará en caos esta noche. Avanzo con cuidado, anunciando mi llegada, aunque sin exponerme. Lo último que necesito es que dentro haya otro operador de la Corporación y nos matemos a tiros por accidente.

Una vez que compruebo que todo está bien, saco un bote de mantequilla de cacahuete de la despensa y lo como directamente mientras trato de establecer comunicación con la Corporación. La radio de onda corta funciona con una batería de manivela. No es perfecta, pero suele ser mejor que gritar al vacío.

Estática. Solo estática. Cambio a la frecuencia encriptada que usábamos en Bielorrusia. Nada. Es como si el mundo entero se hubiese quedado de golpe en silencio.

Y, de pronto, una idea estúpida se cruza por mi cabeza.

Sonrío.

Este caos. Si dura… si se extiende. Si no hay manera de contactar con la Corporación, ni ellos conmigo.

Joder, sabe a libertad.

O a una larga caminata hasta mi cabaña en el bosque, donde tengo todo lo necesario para sobrevivir.

Y por primera vez en muchos años, me quedo dormida con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 3

Isabel

Salgo del laboratorio con la chica de las gafas, pero apenas reconozco el campus universitario. Pintadas, ventanas rotas. Es un caos. Mi coche eléctrico sigue donde lo dejé. Han reventado la ventanilla, al igual que las del resto de los vehículos, seguramente en busca de cualquier cosa de valor. Sé que no arrancará, pero lo intento de todos modos. Supongo que por pura desesperación. Tras cinco minutos sin resultados, la chica de las gafas se despide de mí, diciendo que su casa está cerca, y me deja sola.

—Mierda, joder —mascullo entre dientes mientras cierro con fuerza la puerta del coche.

Decido caminar, aunque en cuanto me adentro en la ciudad, se me forma un nudo en el estómago. No hay ni rastro de la policía. Si el campus universitario estaba en mal estado, la zona comercial es un desastre.

Camino sobre lo que queda del escaparate de un supermercado. Dentro, la gente se pelea como animales por lo poco que queda de comida. Una mujer pasa junto a mí corriendo, la cara ensangrentada, sosteniendo tres latas de judías como si fuesen un tesoro. Ni siquiera me ve, como si fuese invisible.

Mantengo la cabeza baja y camino más rápido.

Las calles están abarrotadas de vehículos abandonados, con las puertas abiertas de par en par y los cristales hechos añicos. Dentro de una tienda, un cuerpo se balancea inerte al final de una soga. Intento apartar la vista y acelero el paso. Las llamas devoran lo que antes era una cafetería, pero el silencio es absoluto: no hay sirenas, ni bomberos, ni ambulancias. Nada.

—Todo saldrá bien. El gobierno recuperará el control. Tiene que hacerlo. Enviarán al ejército hoy mismo —me repito a mí misma, aunque ya apenas me lo creo.

Un grupo de adolescentes corre calle abajo, ríen como animales salvajes armados con bates de béisbol.

—¡Eh, tú! —escucho en cuanto giro por una calle secundaria, esperando menos caos.

Se me pone la piel de gallina. No me giro. Solo camino más rápido.

—¡Eh, te estoy hablando a ti! —insiste.

Echo a correr.

Es algo estúpido. Primero, porque correr solo confirma que soy una presa fácil. Segundo, porque sé que no llegaré muy lejos. Mi vida es el estudio y el laboratorio, siempre me elegían la última en la clase de educación física para cualquier tipo de actividades.

Alguien sujeta mi mochila y me tira hacia atrás.

Dos hombres. Veintitantos años, quizá. Uno tiene la barba irregular, muy mal recortada, aunque lo peor son sus ojos. Enloquecidos, como si se acabase de meter algún tipo de droga. El

otro es más grande, los brazos cubiertos de tatuajes que le llegan hasta el cuello. Ninguno de ellos parece haber dormido esta noche.

—¿Dónde vas con tanta prisa, muñeca? —pregunta el de la barba mal afeitada.

—Podéis quedaros con la mochila. Tengo agua y un buen ordenador.

Tiemblo. Odio temblar de miedo mientras me quito la mochila y se la ofrezco como si fuese una ofrenda.

El tipo de los tatuajes me la quita de la mano. La abre de un tirón. Hurga en mis provisiones, estrellando el ordenador portátil contra el suelo con todo mi trabajo de investigación dentro de él, centrándose en la poca comida que llevo.

—Genial. Ya tenéis lo que queríais. Ahora yo me voy, ¿vale? —propongo, tratando de forzar una sonrisa y levantando las manos en señal de que no quiero causar ningún problema, aunque no veo cómo podría hacerlo aunque quisiera.

—No tengas prisa —insiste el de la barba, sujetándome con fuerza por la muñeca.

—Mi novio está a la vuelta de esa esquina, vendrá en cualquier momento y lleva años practicando artes marciales —les advierto.

Mi amenaza solo les hace reír.

—Una chica sola con este caos. Es peligroso. Podemos protegerte… a cambio de ciertos favores —propone el de los tatuajes, apretando mi pecho izquierdo.

Le aparto la mano de un codazo, pero la bofetada que me da me tira contra el muro. Pego la espalda a la pared, dejándome caer hasta quedar sentada. Llorando.

—Mira, hasta ahora hemos sido muy amables contigo. Si no colaboras, a mí me da igual. Vamos a hacerlo, por las buenas o por las malas, y ni ese novio imaginario tuyo ni nadie vendrá a ayudarte —anuncia, bajándose los pantalones y frotando su erección contra mi mejilla.

Trato de convencerme a mí misma de que esto no está ocurriendo. Ni siquiera consigo gritar. Estoy paralizada. Solo tiemblo y cierro los ojos mientras aprieto los labios y lloro en silencio, deseando que se acabe rápido.

El de la barba mal afeitada me coge por los tobillos y me sujeta contra el suelo. Solamente un débil "por favor, no" sale de mi boca.

—Déjala en paz —ordena una mujer a unos metros de nosotros.

Abro los ojos esperando encontrarme a una policía, quizá a alguien del ejército, pero es una chica joven, vestida toda de negro, la ceja derecha cortada por una cicatriz. Se lo dice con calma, como si estuviese pidiendo un café en un bar.

—Que te jodan. Esto no va contigo. Aunque si quieres quedarte a mirar, por mí no hay problema. Podrías ser la siguiente —gruñe el de los tatuajes, girándose ligeramente hacia ella mientras me baja los pantalones y la ropa interior hasta los tobillos.

—Última oportunidad —insiste.

El tipo de los tatuajes le hace una seña al otro, que se levanta y se coloca casi pegado a ella, pretendiendo intimidarla. Ella solamente pone los ojos en blanco durante un brevísimo instante y estrella el codo en la garganta de su agresor. El de la barba hace un sonido extraño, como si se hubiese quedado sin aire, y cae al suelo sin moverse.

—Puta zorra, te juro que vas a pagar por esto —ladra el de los tatuajes, dejándome tirada en el suelo, prácticamente desnuda de la cintura para abajo.

Se levanta, cierra los puños, pero antes de que quiera darse cuenta, la rodilla de la mujer golpea sus costillas y, a continuación, le coge la cabeza y la misma rodilla impacta ahora en su cara. El hombre cae al suelo ensangrentado, escupiendo algunos dientes, mientras gruñe frases que no consigo comprender.

Lo que más me impresiona es su expresión de frialdad. No hay ira. Ni miedo. Ni emoción alguna.

—¿Te encuentras bien? Deberías vestirte —murmura, señalando con la barbilla al ver que tanto pantalones como ropa interior siguen a la altura de mis tobillos.

Me visto con torpeza. El hombre de los tatuajes se arrastra por el callejón, intentando alejarse de nosotras, o más bien de ella, y dejando atrás a su amigo, que continúa tirado en el suelo sin moverse.

—¿Está…? ¿Está bien? —pregunto con miedo, señalando hacia el cuerpo.

La mujer solamente se encoge de hombros y comienza a caminar, como si no le importase lo más mínimo si está vivo o

muerto.

—¡Espera, por favor! Solo un momento —grito.

Se detiene y me observa con desconfianza, como si no estuviese acostumbrada a que nadie se acerque a ella.

—Muchas gracias por ayudarme. Soy Isabel —anuncio, extendiendo la mano hacia ella.

—Arizona —murmura, pero mantiene ambas manos en las correas de su mochila.

—Arizona —repito, tratando de ordenar mis palabras—. Mira, sé que no me conoces de nada, pero ¿puedo...? ¿Puedo quedarme contigo? Solo un rato. Hasta que consiga calmarme un poco. Joder, es que esto ha sido demasiado —confieso, todavía temblando de la cabeza a los pies.

Me observa sin decir nada. Es imposible leer su expresión. A continuación, asiente.

—Tengo un piso. A unas manzanas de aquí. Vamos.

Se gira y se aleja. Ni siquiera comprueba si la sigo.

Pero lo hago.

CAPÍTULO 4

Arizona

Al abrir la puerta del piso franco de la Corporación, me doy cuenta de lo que Isabel puede estar pensando.

Las paredes desnudas, la única silla junto a la ventana. Sin fotografías, sin libros, sin nada personal. Sin alma. Solamente un sitio donde dormir entre trabajos o para esconderse durante unos días en una zona de la ciudad en la que nadie pregunta. Permanece de pie en el umbral de la puerta, como si acabase de entrar en el lugar equivocado.

—Puedes pasar —anuncio, acercándome a la ventana para comprobar la calle—. Cierra con llave.

—¿Vives aquí? —pregunta de pronto.

Me encojo de hombros y corro la cortina. No respondo.

—Parece casi una habitación de motel o algo parecido. No hay nada... personal. Ni fotos, ni...

—No me gusta coleccionar cosas personales.

—Pero ¿dónde están tus...? —se detiene, probablemente dándose cuenta de que no sabe bien qué preguntar.

¿Dónde están mis cosas? ¿Mi vida? ¿Mi prueba de que soy humana? No tengo buenas respuestas para nada de eso.

—Hay agua en la nevera si quieres beber. Probablemente ya no está fría. También mantequilla de cacahuete. Tengo barritas de proteína en el armario. Debemos comer mientras podamos —le recuerdo.

—¿Puedo preguntar a qué te dedicas? —insiste.

—Limpio —respondo, abriendo una botella de agua.

—¿Limpias?

—Eso he dicho.

—Vale —murmura, desenroscando el tapón de su botella muy despacio y bebiendo un pequeño sorbo—. Veo que eres una mujer de pocas palabras. Pensé que serías militar o policía. Ya sabes, por el modo en que has luchado con esos tipos.

—No, no suelo hablar mucho —respondo sin más—. Las palabras rara vez solucionan los problemas.

—¿Qué lo hace?

—No confiar en que otro arregle las cosas por ti.

—Gracias de nuevo —dice en voz baja—. Por lo que hiciste antes. Y por dejarme venir contigo. No sé qué habría pasado si...

—No pienses en ello —me muevo otra vez junto a la ventana, echo la cortina hacia atrás lo justo para ver la calle. El humo se alza en tres direcciones diferentes. Gente corriendo. El sonido de cristales que se rompen.

—Es solo una tormenta solar —suelta de pronto, al ver que no dejo de mirar a la calle.

—¿Qué?

—Se ha ido la electricidad porque una tormenta solar creó un pulso electromagnético. A estas horas, el gobierno estará haciendo todo lo posible con las compañías eléctricas para solucionarlo. Tendremos luz en unas horas —explica.

—¿Y tú te lo crees?

—Yo... —hace una pausa, como buscando las palabras correctas—. Creo en la ciencia. Las tormentas solares son algo que ocurre. Normalmente no son gran cosa y...

—Esta sí parece gran cosa, no funciona nada —la interrumpo —. No me fío mucho del gobierno. En realidad, de nadie que esté en el poder.

Isabel alza las cejas, sorprendida.

—¿Así que eres una de esas preparacionistas? Mi tío también. Tiene todo tipo de cosas acumuladas para sobrevivir si llega el fin del mundo. Escucha, es algo temporal. Un desastre natural, pero el gobierno enviará al ejército, acabará con el caos de las calles, arreglará la red eléctrica. No tardarán mucho, ya lo verás —agrega, aunque suena como si intentase convencerse a sí misma más que a mí.

—¿Ah, sí?

Ahora se queda callada más tiempo, retorciendo el tapón de plástico de la botella una y otra vez.

—Puede que no sea rápido —admite con un suspiro—. Soy estudiante de doctorado en física. Fenómenos electromagnéticos. El profesor que llevaba mi tesis doctoral estaba convencido de que podría ser un evento Miyake.

—No me hables en griego, por favor.

—Es un tipo de evento extremo. Mucho más poderoso que las tormentas solares típicas. Nadie sabe en realidad cuánto, porque el último confirmado fue en el año 993 y en esa época no dependían de la electrónica para nada. Bueno, no había, claro, además…

Ahora sí ha llamado mi atención. Camino despacio hasta el sillón y me siento junto a ella

—¿Y si fuese uno de esos? ¿Qué ocurriría?

—Como te digo, nadie lo sabe con certeza, pero no sería nada bueno. El pulso electromagnético dañaría los transformadores de un modo permanente, subestaciones, casi cualquier cosa con un circuito electrónico. La sobretensión se propagaría por toda la red eléctrica y, básicamente, todo se iría a la mierda porque nuestra civilización depende por completo de ese tipo de cosas —confiesa, bajando la mirada al darse cuenta de que quizá estemos peor de lo que ella pensaba.

—¿Cuánto tiempo para arreglarlo?

—Meses. Quizá años. Quizá nunca, dependiendo de la extensión del daño. Podría dañar el planeta entero. Cuanto más dependa una zona de la tecnología, mucho peor —confiesa, clavándome la mirada—. Pero eso sería el peor escenario posible. Lo normal es que volvamos a la normalidad en unos días.

—Quizá sea así, pero lo ideal es prepararse siempre para lo peor —le recuerdo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta, abrazando sus rodillas y dejando escapar una gran cantidad de aire.

La miro y casi me da pena. Creo que acaba de darse cuenta de golpe de la gravedad de la situación. Pensó que el gobierno la salvaría y aquí está, sentada en el piso vacío de una extraña porque no tiene ningún otro sitio donde ir.

—Salimos de la ciudad —gruño—. Antes de que esto se ponga peor. Porque se pondrá peor.

La veo procesar lo que he dicho. No lo entiende todavía. No comprende lo rápido que colapsa una ciudad cuando los sistemas que la mantienen en orden se detienen.

—En situaciones como esta, el caos no tarda demasiado en formarse. Primero son saqueos: gente llevándose televisores y zapatillas de marca. A continuación, se lucha por cualquier cosa que necesites para sobrevivir: comida, agua, medicina, armas. Por último, es una lucha territorial. De poder. Se forman grupos. Reclaman recursos, reclaman territorio, reclaman gente.

—¿Gente?

—Mujeres especialmente —le explico, necesita escucharlo sin que lo suavice, debe conocer el peligro—. Viste lo que esos hombres querían de ti, ¿verdad? Eso es solo el principio. Dale otras cuarenta y ocho horas, quizá menos, y esto será una zona sin leyes.

—Enviarán al ejército —se apresura a aclarar.

—Quizá —admito mientras compruebo el contenido de la mochila de emergencia del piso franco. Cuchillo. Cuerda. Pastillas purificadoras de agua. Mechero. Botiquín. Todo lo que necesito para desaparecer—. O quizá estarán demasiado ocupados protegiendo a sus propias familias. O quizá algunos de ellos tomarán el control de pequeños grupos de saqueadores, ya que están bien armados.

¿Quién sabe? Lo mejor es llegar a una zona poco poblada. Algún sitio remoto. Dejar que las ciudades se quemen mientras tú estás a salvo.

Me mira horrorizada, hiperventilando.

—¿Tienes un plan? ¿Un sitio donde ir?

—Tengo una cabaña con lo básico. Bien abastecida. Defendible.

—Necesito encontrar a mi familia. Mis padres. Tienen una panadería en la zona norte. Si pudiese llegar allí, asegurarme de que están bien...

—Eso no es muy inteligente —le advierto.

—Son mis padres —insiste, alzando la voz.

Debería decirle que cualquier rodeo en estas circunstancias te pone en peligro. Que cuando lleguemos, su familia probablemente ya no esté allí. Se habrá ido o estará muerta. Debería decirle muchas cosas, sobre todo, que es libre de ir sola si le da la gana. En lugar de eso, respiro hondo y me paso las manos por el pelo.

—Nos vamos al amanecer, con la primera luz del día —le advierto—. Te dejo allí y me voy. No espero.

—Gracias —suspira aliviada—. Sé que no tienes que...

—No, no tengo —murmuro, clavándole la mirada—. Y necesito que entiendas bien la situación. Ojalá llegue el ejército mañana mismo, como tú dices. Pero cada día que pasa, las posibilidades se reducen. La gente huirá, luchará, morirá. No quieres estar en una ciudad cuando eso ocurra. Y tus padres pueden no estar allí. Pueden estar... Necesitas estar preparada para eso.

La noche trae el caos. Fuego, gritos, algún disparo.

—Está empeorando. Intenta dormir —propongo, señalando con la barbilla hacia el dormitorio.

CAPÍTULO 5

Arizona

Al amanecer, me ajusto la mochila sobre los hombros y hago un último barrido del apartamento por si quedase algo que nos pueda resultar útil en algún momento.

La situación en las calles empeora. Debemos salir cuanto antes, cada minuto que esperamos se deteriora más y más.

—¿Estás lista? —pregunto, aunque sé que no está preparada para lo que nos encontraremos a partir de ahora. Ni remotamente cerca.

Tiene los ojos enrojecidos. La escuché sollozar casi toda la noche a medida que su mente admitía la gravedad de lo que ocurre. Lo ha aceptado bastante bien, dentro de lo que cabe. Es valiente. Las lágrimas no nos ayudarán ahí fuera.

Abro el cerrojo y me detengo. Escucho. Hay pasos en el pasillo, pero distantes. Voces discutiendo en algún lugar de los pisos superiores. El edificio todavía está relativamente tranquilo, aunque no durará. El caos siempre se propaga como el fuego: despacio al principio, luego lo quema todo a la vez.

—Quédate cerca de mí —le recuerdo—. No mires a nadie a los ojos. No respondas a preguntas. Si digo corre, corres.

—¿Hacia dónde?

—Donde quieras, pero corre.

Bajo la escalera en silencio, acariciando de manera instintiva la empuñadura de mi cuchillo. Tengo la Glock ajustada al cinturón, pero no quiero dispararla a no ser que sea absolutamente necesario. La gente armada llama la atención, y la atención atrae nuevas amenazas. Además, seguramente será muy complicado encontrar munición a partir de ahora.

El vestíbulo del edificio está vacío, excepto por los cristales rotos de las puertas de entrada. Alguien ya ha pasado por aquí, seguramente buscando algún objetivo fácil. Fuera, la ciudad se divide en dos grupos de gente. La mayor parte se esconden en sus casas, esperando que el gobierno envíe al ejército y solucione el problema.

Unos pocos, huyen hacia zonas más tranquilas como pueden. Las reglas han cambiado y, de pronto, las bicicletas y los coches antiguos se han convertido en algo muy valioso.

De las tiendas, apenas queda nada. La gente ya se pelea abiertamente por las migajas. Un señor mayor trata de escapar con unas latas de conserva antes de que unos jóvenes le tiren al suelo y se las roben. Nadie se detiene ya para ayudarle.

—Joder —exhala Isabel a mi lado—, deberíamos...

La cojo del codo y la alejo de allí. Cuanto antes comprenda que no podemos pararnos a ayudar a todo el mundo, mucho mejor. Hacia el este, en la zona de los polígonos industriales, se alza una enorme columna de humo negro, posiblemente ha explotado una gasolinera o una nave con productos químicos.

Esquivamos un montón de bolsas de basura que alguien ha destripado en busca de algo que llevarse a la boca, esparciendo los contenidos por la acera.

—¿Cuánto falta para el puente? —pregunta Isabel, apoyándose contra una pared para hacer una breve pausa.

—Unos ocho kilómetros. Quizá nueve. Seguramente tendremos que utilizar calles secundarias. Las principales estarán...

Me detengo a mitad de la frase y levanto una mano para indicarle que no haga ningún ruido. Isabel se queda congelada.

Delante, quizá a unos 500 metros, hay un movimiento que no encaja con el patrón. Mientras la mayoría de la gente corre o saquea o simplemente intenta llegar a algún sitio, un grupo de seis o siete hombres está de pie. Quietos. Observando. Se han posicionado cerca de un cruce. Un sedán viejo, uno de esos modelos de finales de los ochenta con apenas electrónica está parado frente a ellos sin saber qué hacer.

—¿Qué...? —empieza Isabel.

—Cállate —murmuro.

El conductor es un hombre mayor, sujeta el volante con fuerza. Intenta dar marcha atrás, pero otro vehículo, aún más viejo se ha colocado detrás de él y le deja sin espacio para maniobrar.

El grupo de hombres se mueve en silencio. Lo han hecho antes, o al menos lo han visto hacer. Tres rodean el lado del conductor mientras dos se colocan al otro lado. Un sexto hombre, joven, con una gorra de beisbol, saca un arma de la cintura de su pantalón.

—No mires —murmuro, aunque yo no puedo apartar la vista.

Revientan la ventanilla de un disparo e Isabel pega un salto a mi lado. Sacan a rastras al conductor y le tiran al suelo, uno de los hombres le da varias patadas antes de que el de la gorra de beisbol le pegue un tiro en la cabeza.

Isabel no grita, es más bien como si todo el aire de sus pulmones se escapase de golpe. La empujo hacia un portal, presionándola contra el ladrillo, tapándole la boca con la mano para que no haga ningún ruido.

Se suben al coche, cuatro dentro, dos colgados de las puertas y desaparecen de nuestra vista. El viejo permanece tirado en la carretera, un charco de sangre acumulándose bajo su cabeza. El conductor del vehículo que estaba detrás ni siquiera se atreve a arrancar. Se ha quedado en shock.

—¿Está muerto? —susurra Isabel contra mi mano—. ¿Acaban de...? Joder, ¿le han asesinado para robarle el coche?

—Un coche que funcione es un bien muy valioso en estos momentos. Pronto, también lo será la comida, luego las armas y las mujeres —le explico.

—Tenemos que... ¿no deberíamos ayudarle...?

—No hay nada que podamos hacer por él. Por eso es mejor ir a pie. Los pocos vehículos que todavía pueden funcionar llaman demasiado la atención. Vale la pena matar por ellos. Ya lo has visto.

—¿Y la policía...? —se detiene a media frase, como dándose cuenta ella misma de que no van a llegar.

—Está desbordada o desaparecida. Lo que quede de la policía y el ejército se habrá replegado para proteger recursos esenciales o a políticos. En situaciones como esta, lo normal cuando se pierde el control es crear zonas seguras que protegen lo que quede de las fuerzas del orden. Pero, ponte en su lugar. Ellos también tienen una familia, también querrán protegerles.

—Solo han pasado dos días —dice muy bajito—. ¿Cómo se ha puesto tan mal tan rápido?

Prefiero no explicarle que la violencia real todavía no ha empezado.

—La gente tiene miedo —respondo, encogiéndome de hombros—. Y cuando la gente tiene el suficiente miedo, deja de pensar en las leyes. Piensa en la supervivencia.

Giramos por una calle más estrecha. Hay menos gente, lo que es bueno y malo al mismo tiempo.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunta de pronto—. Dijiste que no eras militar, que te dedicabas a la limpieza, pero te mueves como... ves cosas como...

—Es una larga historia, ya te la contaré algún día, ahora debemos darnos prisa.

Permanece en silencio durante unos diez minutos o así y, de pronto, me sujeta por el codo para que me detenga.

—Antes dijiste que los vehículos que puedan moverse eran ahora el objetivo. Más tarde la comida, las armas y las mujeres… —hace una pausa, no continúa con la frase. No hace falta para saber lo que de verdad quiere preguntar.

—Ser mujer lo hace más difícil. Cuando llega el caos, cuando la violencia se convierte en algo habitual, suele tomar el control gente sin ningún tipo de moral. Los peores delincuentes. Ya te puedes imaginar lo que nos podría ocurrir. Digamos que debemos tener un cuidado extra. Las dos.

De manera instintiva, me da la mano. La aprieto ligeramente en un intento de darle ánimo, aunque no sé si lo logro.

—Lo conseguiremos —le aseguro—. Mira, sé que las probabilidades no son buenas. Lo importante ahora es salir de la ciudad cuanto antes.

El puente aparece ante nosotras una hora más tarde. Es la ruta más rápida para abandonar esta zona de la ciudad, pero sé de inmediato que no vamos a cruzar por aquí.

El acceso está atascado de gente. Cientos. Todos presionando hacia delante sin saber lo que ocurre.

Empujo a Isabel hacia la sombra de un quiosco de periódicos y señalo con el dedo.

—¿Ves el origen del cuello de botella? —susurro.

Sigue mi dedo hasta la otra parte del puente. Varios hombres con rifles han formado una especie de centro de control, cortando el paso y dejando pasar solo a algunas personas. Seguramente los que tengan algo útil que ofrecer. Sea del tipo que sea.

—Mierda —masculla entre dientes.

—Sí, mierda. Cobradores de peajes —murmuro—. Se organizaron rápido. No podemos pasar por ahí. Hay que utilizar una ruta alternativa.

Observamos durante unos minutos. Una familia con dos niños pequeños cogidos de la mano se acerca al control. El padre discute, señala a los niños. Uno de los hombres apunta con su rifle. No es una amenaza real, solo quiere recordarle quién tiene el mando. El padre les entrega las mochilas que cargan al hombro y les dejan pasar. Ya ni siquiera se molestan en ver lo que hay dentro. Van a lo fácil y saben que aún quedan cientos de personas esperando a las que robar.

—Se lo han quitado todo —protesta Isabel—. ¿Cómo van a sobrevivir?

—Es mejor que quedarse aquí —explico, tocando su codo y haciendo un gesto para que se mueva—. Vamos.

Nos alejamos del acceso principal y nos adentramos en un polígono industrial lleno de almacenes cerca del puerto. En un día normal, estaría en ebullición con camiones de reparto y carretillas elevadoras. Hoy está completamente vacío.

Unos 300 metros más adelante, nos encontramos con una tienda abandonada. Probablemente hacía negocio con las empresas del polígono antes de que todo se fuese a la mierda. La puerta cuelga abierta, balanceándose con cada ráfaga de viento.

—Quizá encontremos algo útil —anuncio, señalando con la barbilla.

Cuando entramos, la tienda ha sido completamente saqueada. Estanterías volcadas, algunos productos esparcidos por el suelo. Alguien ha pintado una polla y pelotas con espray en la pared detrás de la caja registradora, que ahora está vacía. El olor de los

alimentos que se pudren en la nevera se mezcla con el vómito en una de las esquinas.

Pero todavía hay comida. No mucha, aun así, hay que aprovechar cualquier cosa. Bajo un estante, encontramos una caja de galletas aplastada, pero aprovechable y dos botellas de agua encajadas detrás de una vitrina caída.

—Comprueba la trastienda —ordeno mientras meto las botellas en la mochila—. Medicinas, comida, cualquier cosa útil.

Desaparece por una puerta marcada como "solo empleados". Dudo que encuentre algo, la mayor parte de lo que queda es basura: tarros rotos, cajas vacías, productos demasiado dañados como para valer la pena llevárselos. Pero encuentro un rollo de cinta americana que quizá nos venga bien en algún momento y un mechero que todavía chisporrotea.

Pequeñas victorias.

—Arizona —la voz de Isabel es demasiado tensa—. Deberías ver esto.

Entro en la trastienda con la pistola en la mano.

Un cuerpo. Hombre, de treinta y tantos años, tendido bocarriba en el suelo, con los ojos abiertos mirando a la nada. Hay sangre seca en su camisa, un agujero en el pecho que cuenta toda la historia que necesito. Probablemente intentó defender su tienda.

—Le estamos robando y está muerto —se queja, llevándose una mano a la boca.

—Precisamente por eso. Ya no necesitará nada de esto. ¿Qué quieres? ¿Pagarle? Déjale todo el dinero que lleves encima si así te

sientes mejor. Y las tarjetas de crédito, de paso. Mira alrededor. Ya no queda casi nada. Se lo han llevado todo.

—Pero estamos robando —insiste, subiendo ligeramente el tono de voz—. Estamos robando a un hombre muerto.

—Ya, bueno. Nosotras necesitamos lo poco que podamos conseguir aquí. A él ya no le sirve para nada, eso seguro —explico, encogiéndome de hombros—. Nuevas reglas. O te adaptas o mueres. Y más vale que te adaptes pronto —agrego.

CAPÍTULO 6

Arizona

Lo primero que me llama la atención al acercarnos al puerto es el olor. Goma quemándose mezclada con pescado en descomposición que se pudre en las naves por falta de electricidad.

A continuación, los gritos.

He olido cosas peores, pero a Isabel le da una arcada y se aprieta la manga contra la nariz mientras caminamos.

Coloco la mano en la parte baja de su espalda, mitad para darle ánimos, mitad para guiarla alrededor de un montón de cristales rotos que le destrozarían la suela de los zapatos. Ni siquiera se da cuenta; mantiene la vista al frente, buscando con la mirada a sus padres, aunque sepa que sería un milagro si los encontramos.

Y es que el puerto se ha convertido ya en una zona de guerra.

Tres grupos diferentes tratan de controlar los pocos barcos viejos que todavía funcionan. Algunos de ellos tienen pistolas, los demás, simplemente lo que han encontrado: barras de hierro, tuberías, cualquier cosa que sirva como arma. Un tipo agita una jodida motosierra y varios barcos arden bajo las llamas.

—Por aquí —anuncio, tratando de separarnos de la zona más conflictiva.

Un grupo de gente se apiña cerca de uno de los barcos que funcionan. Quizá veinte personas apretadas como ganado, entre ellas varias familias con niños pequeños. Un hombre enorme con un bate de béisbol y la cabeza rapada vigila la pasarela, cobrando el peaje. Es una de las mejores opciones para salir de la ciudad y no la van a desaprovechar. Desde la distancia, observo cómo una mujer le entrega su alianza de boda, su rostro pálido por el agotamiento. El hombre la examina, asiente y la deja pasar. La siguiente persona en la fila ofrece dinero en efectivo. Él se ríe y niega con la cabeza. Ya se ha dado cuenta de que el efectivo no vale una mierda ahora. La persona recibe un fuerte empujón y desaparece.

—¿Ves a tus padres?

—Todavía no —suspira, clavándome las uñas en el bíceps.

La empujo hacia una zona más protegida. Esto se está poniendo demasiado peligroso. Se ha convertido en una batalla a tres bandas. La de la izquierda tiene superioridad numérica. El grupo del centro controla el barco más grande e intenta protegerlo mientras suben dentro a cualquiera que pueda pagar el pasaje para salir de la ciudad. La facción más pequeña, la de la derecha, tiene la ventaja del terreno. Se han encaramado sobre unos contenedores y tienen al menos tres armas.

—Hay que largarse de aquí cuanto antes o conseguirás que nos maten a las dos —protesto, tirando de su brazo cuando veo que intenta acercarse a los barcos en busca de sus padres.

—Podrían estar aquí —insiste, mientras sus lágrimas dejan surcos en la suciedad que se ha acumulado en sus mejillas—. Podrían estar subiendo a uno de esos barcos ahora mismo y yo simplemente... simplemente me quedo aquí parada...

—Miramos desde este lugar. Sin exponernos a un disparo —ordeno.

No la suelto. Todavía no. No hasta que esté segura de que no va a salir corriendo.

Se desploma contra mi cuerpo, pega su mejilla a la mía y una de sus lágrimas rueda hasta mis labios.

—Mantén los ojos bien abiertos. Esperamos unos minutos más. Si los ves, me lo dices, pero no grites ni salgas corriendo. Si no aparecen, nos vamos.

Ella asiente lentamente con la cabeza, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

Busca esperanza en un lugar donde la esperanza murió hace tres días. Y esto es solamente el comienzo. Quiero decirle que sus padres probablemente se hayan marchado ya. Eso, en el mejor de los casos. Quizá incluso estén muertos. Me gustaría explicarle que las probabilidades de que estén aquí, justo en este puerto, en este momento exacto, son prácticamente inexistentes.

Pero no lo hago. Sé que cuando las cosas se ponen de verdad jodidas, la esperanza es lo que te mantiene con vida.

Escucho varios disparos cerca del barco más grande. La gente que hacía cola para subirse a él grita y se dispersa. El hombre grande del bate de béisbol se lleva las manos al estómago, donde

una mancha carmesí tiñe su camiseta. Cae al suelo de rodillas. Dudo que salga de esta si no le llevan rápido a un hospital. Y prefiero no pensar en cómo estarán los hospitales en estos momentos.

A unos treinta metros de nosotras, escuchamos un grito agudo, de esos que cortan el aire como un cuchillo. Un hombre de unos sesenta años se tambalea a duras penas, presionando con ambas manos una herida. La sangre mana entre sus dedos. Demasiado abundante para mantenerse en pie, y pronto queda en el suelo en posición fetal.

—Hay que salir de aquí —insisto de nuevo.

Pero antes de que me quiera dar cuenta, Isabel está de rodillas junto al hombre.

—Mierda —mascullo entre dientes, maldiciendo el momento en el que se me ocurrió hacerle caso y venir al puerto.

Me coloco en cuclillas junto a ella. El hombre tiene los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas. Trata de decir algo que apenas se entiende.

Niego con la cabeza. No sé si para Isabel, para el hombre que está a punto de morir o para mí misma.

—Por favor —tose, sujetando la muñeca de Isabel y cubriéndola de sangre—. Calle Oak, 342, tercer piso. Salva a Molly —agrega, presionando contra su palma la llave de una casa.

—Cuidaremos de ella —le asegura—. Lo prometo.

—Gracias —es lo último que dice. Tan solo un suspiro antes de morir con algo parecido a una sonrisa en su boca.

—¡Vámonos de aquí antes de que acabemos como él! —ordeno, tirando del brazo de Isabel para que se levante—. Hay que salir de la ciudad, pero debemos hacerlo a pie.

—Antes debemos ir a por esa niña. Molly. Se lo prometí cuando estaba a punto de morir. Te imaginas el miedo que estará pasando ella sola con todo este caos —murmura, mostrándome la llave.

Niego con la cabeza, trato de explicarle que conseguirá que nos maten. Intento decirle que la ciudad ya no es segura. Quizá el país entero tampoco lo sea. O el mundo, pero ya está caminando hacia la calle Oak.

Ni siquiera sé por qué sigo a su lado, pero lo hago de todos modos.

CAPÍTULO 7

Isabel

—Esto es una pérdida de tiempo —protesta de nuevo Arizona y ya no recuerdo la cantidad de veces que lo ha hecho—. Tenemos que largarnos de la ciudad lo antes posible; no sabemos qué tipo de personas nos podemos encontrar en ese edificio.

—Te juro que si me lo vuelves a decir te tiro una piedra a la cabeza —gruño sin ni siquiera mirarla—. Se lo prometí. Se estaba muriendo, Arizona. Su último pensamiento fue para Molly. En ese apartamento habrá una niña pequeña sola y muerta de miedo. Tenemos que ayudarla.

—Diez minutos —propone—. Si no está ahí o no quiere venir con nosotras, nos largamos sin ella.

—Diez minutos —repito, dejando escapar un largo suspiro.

El viejo edificio de apartamentos no presagia nada bueno. Han derribado la puerta de acceso. La entrada apesta a orina y humo. Los buzones cuelgan abiertos, las cartas expandidas por un suelo pegajoso con algo en lo que prefiero no pensar. Las luces de emergencia deberían estar encendidas en la escalera, pero todo está oscuro. El evento Miyake mató incluso los sistemas de respaldo.

Arizona saca una pequeña linterna de su mochila, una de esas de manivela que no necesitan pilas.

—Tercer piso —susurro, comprobando la dirección que Jim nos dio—. Apartamento 3C.

Las escaleras de madera crujen bajo nuestros pies, cada paso que damos envía una señal a cualquiera que esté escondido en la oscuridad. En algún sitio, el agua gotea. En el rellano del segundo piso, alguien ha pintado en grandes letras rojas "moriremos todos".

El tercer piso está aún peor. Varias puertas se encuentran abiertas de par en par, revelando los interiores saqueados. Muebles volcados, ropa esparcida por el suelo. Arizona se mueve delante de mí, con una pistola que no sé de dónde ha sacado y que probablemente debería asustarme más de lo que lo hace.

Entonces lo escuchamos. Los ladridos de un perro en cuanto nos acercamos.

—Probablemente por eso nadie ha entrado en el apartamento de Jim —susurro con alivio—. Molly debe estar con un perro. Estará a salvo. Por el tono de esos ladridos, debe ser bastante grande.

—Espero que pueda controlarlo —se queja Arizona, que parece que tan solo ve el lado negativo de las cosas.

Nos acercamos con cuidado y los ladridos se intensifican.

—¿Molly? —llamo, prácticamente susurrando—. Molly, somos amigas. Nos envía Jim a buscarte. Nos dio su llave. Vamos a sacarte de aquí, ¿vale? Sé que estás asustada, pero con nosotras estarás a salvo.

Los ladridos cambian de tono. Meto la llave en la cerradura y respiro hondo antes de abrir la puerta.

—Cuidado —murmura Arizona—. Si ese perro decide que somos una amenaza...

—No lo hará y ni se te ocurra hacerle daño —me apresuro a responder, aunque no sé por qué estoy tan segura. Suena agresivo; solo espero que Molly pueda controlarlo.

El apartamento está casi en penumbra, las cortinas cerradas, pero con suficiente luz como para ver los muebles y al pastor alemán que nos observa enseñando los dientes.

—¿Molly? —llamo de nuevo—. Está bien. Puedes salir. Estamos aquí para cuidarte.

El perro ladea la cabeza, quizá decidiendo si somos o no una amenaza.

—Tranquilo, chico —murmuro, abriendo las manos para que vea que no represento un peligro—. No vamos a hacerte daño. Molly, ¿puedes salir? Queremos ayudarte, te lo prometo —insisto.

—Ten cuidado —repite una vez más Arizona.

Despacio, recojo del suelo un cuenco y vierto en él la mitad de mi botella de agua. El perro la bebe de inmediato. El pobre debía estar muerto de sed.

—¿Dónde está esa niña, joder? —pregunta Arizona detrás de mí.

Después de beber, el perro estira el cuello hacia mí y decido darle un poco de una barrita de proteínas. Cuando termina, me mira

de nuevo y extiendo la mano para que pueda olerme. Por fin confía y me deja acariciarle.

—¡Oh, joder! —suspiro al ver el collar que lleva al cuello—. Arizona. No creo que haya ninguna niña.

—¿Qué?

—Molly —repito señalando hacia el pastor alemán—. Ella es Molly. Es una perra. Al menos eso es lo que dice la chapa.

Durante un largo rato, Arizona simplemente me clava la mirada.

—¿Me estás diciendo que arriesgamos nuestra vida por una perra?

—Jim se estaba muriendo...

—Por una perra, Isabel. Joder, cada minuto que seguimos en esta ciudad las cosas se ponen peor. Tenemos que irnos. Ahora —insiste, señalando hacia la puerta.

—Está empezando a oscurecer —le indico, mirando a la ventana. Molly, presiona la cabeza contra mi muslo, temblando—. Podemos pasar aquí la noche. La puerta está intacta y es de buena calidad. La perra ayudará a vigilar. Ladrará si alguien intenta entrar.

Arizona parece dudar, aunque finalmente accede.

—Está bien, pero mañana, se queda aquí. Una perra es un lastre. Otra boca que alimentar. Algo que nos retrasará y delatará nuestra posición si ladra.

—También son unos oídos mejores que los nuestros, y dientes si los necesitamos y…

—Dormimos por turnos. Si ese animal hace cualquier cosa...

—No lo hará —le aseguro.

CAPÍTULO 8

Arizona

Al amanecer, el apartamento está helado y apesta a perro sucio. Me calzo las botas antes de que se me congelen los dedos de los pies y hago una ronda de vigilancia por tercera vez.

Isabel duerme hecha un ovillo en el sofá junto a Molly, las dos con ligeros ronquidos casi al unísono. Las miro un instante, lo justo como para preguntarme a mí misma cuándo coño me volví tan blanda.

El plan inicial era estar ya fuera de la ciudad, de camino a mi cabaña. No esperaba encontrarme con ella. Y mucho menos esperaba que quisiera pararse a ayudar a todo el mundo. Incluidos los perros. "No podemos dejarla", me dijo anoche, cuando sugerí que la perra nos retrasaría. "Se lo prometí a Jim". Como si eso tuviese alguna importancia. Jim está muerto, ya le da igual. Y Molly no distingue una promesa de una loncha de beicon.

Pero aquí estamos. Apenas ha salido el sol y tendremos que buscar comida extra para esa perra. No entiendo qué me ocurre. No acabo de comprender por qué pongo mi vida en peligro para proteger a esta mujer, pero el modo en que se quedó ayer dormida, sollozando mientras se abrazaba a Molly, tocó algo en mi corazón. No consigo hacerme la villana con ella.

—El peor momento para enamorarte de alguien es en la primera semana de un apocalipsis —mascullo entre dientes para mí misma—. Sobrevive primero, folla más tarde si quieres, pero primero sobrevive porque sin eso, no hay lo segundo.

La despierto con un empujón suave, abre los ojos con pereza y bosteza.

—Ya voy —murmura, apartando el hocico de Molly de su cara. La perra suelta un bufido de decepción y se desploma de nuevo sobre su pecho.

—Come algo —le digo, lanzándole una barrita de proteína—. Nos vamos antes de que las calles se llenen de gente.

Rompe el envoltorio y la mastica con la boca medio abierta.

—¿Alguna vez pensaste que vivirías una especie de revolución o algo así?

—He ayudado a empezar un par de ellas —gruño, sin apartar la vista de la ventana. La calle bajo el apartamento está vacía, excepto por un montón de basura acumulada y un par de coches calcinados.

Isabel resopla.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Ignoro el comentario.

—Nos vamos en cinco minutos. La perra también, supongo. Porque sigues empeñada en llevarte a ese bicho.

—Tiene nombre.

—Ya bueno, la mayoría de las cosas lo tienen —respondo, comprobando la mochila antes de echarla al hombro.

Molly nos sigue escaleras abajo, meneando la cola como si esto fuese su paseo matutino en vez de una zona de guerra. Hoy, la ciudad está irreconocible: mucho más tranquila, la gente normal ya comprendió que solo hay dos opciones. Escapar de aquí hacia una zona aislada o encerrarte en tu casa. Aunque esa segunda opción les mantendrá con vida poco tiempo a medida que todo se vaya a la mierda.

Caminamos por callejones y calles secundarias, manteniéndonos a cubierto y sin llamar la atención. Molly es sorprendentemente buena siguiendo las señales que le hacemos. Empiezo a preguntarme si alguna vez fue entrenada para la misma mierda que yo solía hacer o algo similar.

A medio kilómetro, al pasar por la parte de atrás de una pizzería que han tapiado con tablones de madera, los veo. Molly también. Tres hombres vestidos con monos naranjas. Era de esperar. Sin electricidad, la prisión se habrá ya vaciado y sus ocupantes andarán libres por la ciudad, uniéndose a alguna banda o formando una. Por suerte, no parecen ir bien armados, a excepción de los cuchillos que cada uno de ellos lleva sujeto al cinturón.

—Mira qué suerte hemos tenido —ironiza el más alto, que parece ser el jefe, mostrando un diente de oro al sonreír—. Buena mañana para dar un paseo, ¿verdad, señoritas?

—No queremos problemas —se apresura a anunciar Isabel, caminando hacia ellos con las manos en alto, justo lo contrario de lo que debe hacer—. Solo estamos de paso.

Diente de oro silba y sonríe a sus compañeros. Ya la está desnudando con la mirada.

—Nosotros no somos ningún problema, muñeca. Parece que os podría venir bien algo de compañía masculina.

Uno de ellos empieza a rodearla, buscando el flanco, la mano disimuladamente en la empuñadura de su cuchillo.

—La perra muerde —le advierto, aprovechando que ha empezado a gruñir, aunque lo hago más para desviar su atención y sacar mi pistola sin que se dé cuenta.

—Más vale que la mantengas controlada si no quieres que le pase nada —me advierte, sacando un cuchillo y acercándose a Isabel.

No le da tiempo a mucho más. El retroceso se extiende por mi brazo como un saludo familiar hasta morir en mi hombro. El disparo revienta el silencio con un estallido seco que hace que mis oídos zumben. Ni siquiera grita. La bala le perfora el cráneo. Durante una fracción de segundo se queda quieto, los ojos muy abiertos, hasta que su cerebro procesa que ya está muerto. A continuación, se desploma, la cara estrellándose contra el asfalto con un golpe sordo y un charco de sangre comienza a formarse bajo su cabeza.

Durante medio segundo, la ciudad se queda en silencio.

Molly se lanza sobre el que intentaba rodearnos, clavando los colmillos en su antebrazo. Grita, suelta el cuchillo. El otro sale corriendo, chillando algo que no consigo entender.

—¡Quieta! —ordeno.

Molly le suelta, pero sigue gruñendo y enseñando los dientes de un modo amenazante. El hombre sale corriendo tras su compañero, sujetándose el brazo ensangrentado.

Isabel está de pie junto al muerto, las manos sobre la boca con una expresión de terror.

—Ni… ni siquiera dudaste —murmura.

—Él tampoco —me quejo, poniéndome en cuclillas para comprobar los suministros que el hombre llevaba en la mochila.

Da media vuelta y vomita. Molly se le acerca, frotando el hocico en su pierna y gimoteando.

—Mira, siento que hayas tenido que ver esto, pero se va a poner mucho peor y cuanto antes salgamos de aquí, más a salvo estaremos —le aseguro, colocándome junto a ella para sujetarle la melena mientras vomita de nuevo.

—¿Habías… habías matado a alguien antes de todo esto?

—Debemos irnos —es mi única respuesta.

No pregunta de nuevo.

CAPÍTULO 9

Arizona

Nos movemos por callejones estrechos y calles secundarias, zigzagueando cada pocas manzanas. Nos hace ir mucho más despacio, pero evitamos problemas o a alguien vestido con un mono naranja que pueda tener ganas de venganza. Al anochecer, la ciudad se ha vuelto sepia y silenciosa; el viento sopla entre los edificios. Un presagio de que, con la noche, llega lo peor.

La perra nunca se queda atrás, está atenta al entorno, siempre vigilante, y empiezo a pensar que quizá fue buena idea traerla. Isabel es otra historia: es valiente, aunque se nota que pasaba la mayor parte del día sentada. Nos hace ir muy lento. Tiene la cara manchada de mugre y los labios agrietados, pero no se queja.

Es Molly quien encuentra el escondite, o al menos la plataforma baja oxidada que cuelga a medio metro sobre un contenedor de basura. Ladra una vez, corto y seco. Trepo primero para asegurarme de que aguantará nuestro peso. Isabel sube detrás de mí, pero cuando intento llamar a Molly, la perra se queda abajo con las patas delanteras apoyadas en el contenedor, gimoteando y mostrando los dientes al metal como si fuese un enemigo.

Mierda, esto no está hecho para que suba un perro. Isabel me hace un gesto para que la ayude, como si eso fuese fácil. Aun así, bajo de nuevo, la agarro por el pecho y la subo a pulso mientras ella se retuerce y me araña la chaqueta con las patas traseras. Pesa como el demonio y huele a perro sucio. La subo a la plataforma donde Isabel la sujeta. A continuación, regreso abajo y empujo el contenedor para que nadie más pueda subir.

A partir de ahí, Molly sube con nosotras, resbalando cada pocos peldaños y gruñendo, hasta que llegamos al tercer piso donde una ventana tiene el cristal reventado. Empujo los trozos que quedan en el marco con la culata de la Glock y paso primero por si alguien ha tenido la misma idea que nosotras y ya está dentro.

El apartamento está destrozado. Persianas rotas, muebles volcados, manchas en las paredes que espero que sean kétchup o vino, aunque probablemente no lo son. No importa. Reviso las tres habitaciones y regreso al salón.

Isabel se ha desplomado en un viejo sofá con Molly acurrucada junto a ella.

Las dejo descansar mientras trabajo con lo que voy encontrando. Una cuña bajo la puerta, una línea de latas vacías atadas con hilo de pescar que nos avisarán si alguien entra por la ventana y unos caltrops caseros hechos con clavos para cuando sus pies toquen el suelo. Por último, una barricada de muebles contra la puerta. Quiero creer que estamos a salvo aquí, pero "a salvo" es una frase que cada vez tiene menos significado.

—Nos quedamos esta noche —anuncio—. Nos movemos al amanecer.

Isabel asiente.

—Lo de preparar trampas… ¿Es como un hobby?

—Más bien como un requisito del trabajo —resoplo.

—Si no eras ni policía ni militar… ¿Eres una especie de antisistema de esos?

No respondo.

—No importa. Me salvaste. Varias veces.

—Te pasaré la factura si el mundo vuelve a la normalidad —murmuro.

Se hace un largo silencio; a continuación, se levanta, se acerca y se sienta a mi lado con las piernas cruzadas.

—Sé que no quieres hablar de ello —suspira, pegándose a mí.

Solamente me encojo de hombros.

—Solo… solo quiero que sepas que te estoy muy agradecida. Aunque empiezo a pensar que como Girl Scout das un miedo que te cagas —bromea, pegándome un pequeño empujón con el hombro.

Se inclina hacia mí, despacio, como si quisiera darme tiempo de sobra para detenerla, pero no lo hago. Roza mis labios con los suyos, suave, nada más que una caricia, el aleteo de una mariposa.

De pronto se aparta y me clava la mirada.

—¿Está bien?

Asiento, mi pecho subiendo y bajando con cada respiración. Isabel sonríe, coloca las manos a ambos lados de mi cara, me acaricia los pómulos con los pulgares y me besa de nuevo, sujetando mi cuello como si tuviese miedo de que fuese a desaparecer.

Es muy distinto ahora. Es casi desesperado, no se parece en nada al anterior. Enreda los dedos en mi pelo y tira de mí, buscando mi lengua, recorriendo mi boca con la suya, mordiendo mi labio inferior. Es un beso urgente, algo torpe, absolutamente perfecto.

Cuela la mano por debajo de mi camiseta y me levanta el sujetador deportivo, cierro los ojos y suspiro mientras mis pezones se endurecen bajo sus dedos, hasta que una cabeza peluda se coloca entre nosotras, girándose para que le acariciemos la barriga.

—No me lo puedo creer —protesta Isabel, poniendo los ojos en blanco.

Dejo escapar un bufido y golpeo la pared con la parte de atrás de la cabeza con desesperación.

—No te enfades. Te lo compensaré —me asegura, inclinándose de nuevo para besar mi mejilla.

Cuando se duerme, me siento con las piernas cruzadas junto a la ventana, la Glock descansando sobre mi muslo, observando la oscuridad. A esta hora, la ciudad es una selva. Carroñeros y depredadores, nada bueno. En algún lugar en la distancia, se escuchan disparos y gritos. Ya nadie está seguro en sus casas.

Por rutina, cuento las balas en mis cargadores. No conviene desperdiciarlas.

A las tres de la mañana, Molly se levanta y se acerca a mí. Durante un buen rato, simplemente me observa. A continuación, como si hubiese decidido que merezco la pena, se tumba a mi lado y apoya la cabeza en mi regazo.

Me quedo helada. Me han disparado, apuñalado, casi ahogado. Pero esto no me lo esperaba.

Dejo la pistola a un lado y, tras un momento de duda, la acaricio entre las orejas, desviando la mirada para asegurarme de que Isabel sigue durmiendo.

Durante un rato, simplemente me quedo ahí, rascando la cabeza de Molly, mirando una calle vacía.

Al otro lado del salón, sobre un sofá, Isabel respira profundo y lento, el pelo enmarañado sobre su cara. Y por un breve instante, me permito creer que podría funcionar. Que incluso en el fin del mundo, mi vida puede parecerse más a una vida normal que la que tenía antes.

CAPÍTULO 10

Isabel

El callejón por el que nos adentramos apesta a orina.

Ni siquiera utilizamos calles secundarias. Arizona insiste en desplazarnos por la ciudad usando madrigueras de ratas en las que ninguna persona con una sola neurona entraría de manera voluntaria.

Molly va en cabeza, las orejas moviéndose a cada paso, pendiente del más mínimo sonido. Yo me sujeto al hombro de Arizona; estoy demasiado entumecida como para que me importe si parece patético.

Todavía noto el fantasma de sus labios en los míos. El beso de anoche. Como si hubiese ocurrido en otra vida, casi como si hubiese besado a otra persona.

De vez en cuando se detiene, coloca la mano abierta contra la pared, golpetea con los dedos, como si pudiese comunicarse con el edificio. Quizá es su manera de anclarse a la nueva realidad.

—No te quedes atrás —ordena sin ni siquiera mirarme.

Pasamos junto a un hombre con traje y corbata tirado en el suelo, sin moverse. La cara destrozada a golpes. Me pregunto si los

que le robaron y le dejaron aquí tirado para morir se darán cuenta de que el dinero y las tarjetas de crédito ya no sirven para nada.

—Isabel —murmura de pronto.

Se detiene, girándose para mirarme. Durante un segundo creo que me va a dar ánimos, que dirá algo así como "saldremos de esta, ya lo verás".

—Cuando lleguemos a la panadería de tus padres, debes estar preparada para lo peor —suelta sin más—. En el mejor de los casos se habrán ido. Pero también existe la posibilidad de que…

Es como si acabase de meter una mano directamente a través de mi caja torácica y apretado mi corazón solo para ver qué pasaba.

Intento decir algo, o simplemente respirar, pero mi cerebro colapsa. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que choco contra su cuerpo cuando se detiene.

—Siento haber sido tan directa contigo —admite, colocando ambas manos en mis hombros.

Avanzamos cuatro manzanas más antes de que el caos nos encuentre de nuevo. A nuestra derecha, alguien pide ayuda en un idioma que no reconozco. Arizona ni siquiera parpadea, simplemente cambia de ruta. Subimos por una escalera y a continuación, cruzamos una pasarela sobre una calle que se ha convertido en una galería de tiro improvisada: tipos con pañuelos detrás de un coche abandonado intercambian disparos con alguien en un tejado.

Arizona me empuja hacia delante y me hace una seña para que no haga ningún ruido. No me da tiempo a procesarlo, y supongo que es mejor así.

Al doblar una esquina, nos encontramos con tres cadáveres. No son recientes, y desprenden un olor horrible. Molly gimotea al pasar a su lado. Yo intento no mirarlos, me tapo la boca con la mano, pero vomito de todos modos.

—Joder —suspiro cuando me recupero.

El humo negro se eleva a una manzana de distancia, se escapa por cada ventana del edificio.

—Hay gente dentro —anuncio al escuchar los gritos.

Arizona pone los ojos en blanco, resopla, y cambia de dirección hacia el edificio en llamas con Molly detrás.

Cuando entramos, el calor me golpea como si hubiese abierto la puerta del horno y metido la cabeza dentro. Mis ojos se humedecen de inmediato.

Arizona empuja a la gente hacia la salida. Un par de personas abandonan uno de los apartamentos, tambaleándose por el humo.

En el primer piso hay unas seis personas, algunos acurrucados, paralizados por el miedo. Una niña pequeña llora escondida detrás de una enorme maceta. Molly se acerca a ella, le lame la mano. La cría entierra la cara en el pelaje y, a continuación, la sigue hacia la salida del edificio.

El segundo piso es un horno.

—Tenemos que sacar a todos ya —grita Arizona mientras arrastra a una mujer inconsciente por las axilas.

De pronto, Molly ladra, se gira y araña una de las puertas.

Arizona pega una fuerte patada contra la cerradura, astilla el marco y se mete dentro. Hay dos personas: una está viva,

tapándose el rostro con un trapo, tosiendo en una esquina. La otra...

Joder.

La otra cuelga de una viga en el techo. Ni siquiera se balancea ya. Simplemente está ahí, la lengua hinchada y negruzca, los pantalones mojados. Eligió su propia salida antes de que las llamas le alcanzasen.

Arizona apenas le presta atención. Tira del brazo de la mujer viva y la saca de la vivienda.

—Bájala a la calle —ordena—. Voy a revisar el resto de puertas.

Dudo un instante. Quizá por los ojos del cadáver, quizá por el hecho de que tomó su propia decisión por pura desesperación. Pienso en mis padres. ¿Qué haría si me los encuentro así cuando lleguemos a la panadería?

Mientras bajo, veo a Molly arañar otra puerta, gimotea. Arizona intenta abrirla con una patada, pero esta vez no funciona. Dispara a la cerradura y entran.

Poco más tarde, sale a la calle con un niño de unos seis años al hombro. Tiene los brazos cubiertos de quemaduras, la piel roja y brillante, algunas ampollas ya formándose.

Quiero vomitar. O desmayarme. O ambas cosas.

Los supervivientes nos dan las gracias, pero lo han perdido todo. Prefiero no pensar en qué será de ellos dentro de unos días. Alguien nos acerca una botella de agua, pero Arizona se pone de rodillas en el suelo y se la da a la perra, que mueve la cola agradecida.

—Gracias por ayudarles —murmuro—. ¿Qué hacemos ahora con ellos?

—Ahora nos vamos —responde sin más, empezando a caminar.

—¿Por qué crees que lo hizo? —pregunto unos diez minutos más tarde—. El tipo ese colgado en el apartamento.

—Porque a veces es más fácil. Crees que puedes conseguirlo, pero el fuego se acerca demasiado. O tienes demasiado miedo. O quizá te has cansado de seguir luchando.

—¿Va a ser algo habitual?

Asiente.

—Cada día. Ocurrirá en cada edificio. En cuanto la gente pierda la esperanza, en cuanto se den cuenta de que esto no va a mejorar. Más y más gente decidirá acabar con su vida. No los culpo.

—La panadería de mis padres no está lejos —le recuerdo, más que nada porque prefiero no seguir con esa conversación—. A partir de ahí, puedes seguir tú sola, si quieres —agrego.

Arizona no responde.

CAPÍTULO 11

Isabel

El olor a humo es lo primero que percibo antes de abrir los ojos.

Está pegado a mi pelo, a mi ropa, a cada jodido rincón de este almacén abandonado en el que hemos pasado la noche. Me incorporo lentamente, apoyándome sobre el antebrazo, y tardo dos o tres segundos en recordar dónde estoy y que el mundo se ha ido a la mierda.

—¿Este olor no se va a ir nunca? —me quejo, oliéndome la ropa.

Arizona no responde. Está sentada contra la pared opuesta, la luz gris del amanecer iluminando su cara. Se está cambiando los vendajes de los brazos y las quemaduras tienen un aspecto horrible: rojas, brillantes, con algunas ampollas del tamaño de monedas. Usa tiras de tela de unas camisas limpias que nos encontramos ayer en una mochila, enrollándolas alrededor de sus brazos con la facilidad de alguien que ha hecho eso quizá demasiadas veces.

No se queja. No emite ni un sonido, pero veo cómo aprieta la mandíbula cada vez que el tejido roza la piel en carne viva.

—Deberíamos buscar antibióticos para eso —propongo, señalando con la barbilla hacia su brazo.

—Las farmacias son lo primero que saquean —gruñe—. A estas alturas no quedará ni una.

Molly se levanta cuando me muevo, estirándose con ese bostezo enorme que solo los perros saben hacer. Cojea un poco de la pata trasera, pero mueve la cola al verme despierta, y joder, quizá sea algo triste admitirlo, pero es lo más reconfortante que he visto en días.

—¿Es grave lo de la perra? —pregunto con algo de miedo.

—Está bien. Solo magullada. Aguantará —me asegura, rascándola entre las orejas—. Es más dura que nosotras dos juntas.

Molly le lame la mano, dejando un rastro de baba en los nudillos, y Arizona hace una mueca, pero no se aparta.

—Asqueroso —murmura, aunque casi diría que ha sonreído.

Recogemos lo poco que tenemos: las mochilas, algo de comida, y ella comprueba una vez más la pistola y el cuchillo de caza. Imagino que es como una manía. Hace siempre los mismos movimientos, comprobando las armas antes de salir, con gestos calculados y eficientes. Como una máquina. Pero las máquinas no se queman rescatando desconocidos de un edificio en llamas.

Las máquinas solo se preocupan de su propia supervivencia.

—¿Lista? —pregunta, haciendo una seña hacia la puerta.

Asiento.

No lo estoy.

Pero supongo que eso ya no importa en absoluto.

Poco más de media hora más tarde, el barrio donde crecí parece el decorado de una película de terror.

Todas las tiendas han sido saqueadas, los escaparates reventados. Coches quemados, algunos contenedores de basura todavía humeando. Un cuerpo en la acera que esquivamos sin hacer ningún comentario, porque ya hemos visto unos cuantos y las palabras no cambian las cosas. Esta vez, ni siquiera me entran ganas de vomitar.

Lo peor es el silencio.

Este barrio solía estar lleno de vida: niños jugando, vecinos discutiendo, el rumor constante del tráfico. Ahora solo hay viento y el crujido de cristales rotos bajo nuestras botas.

Y al final de la calle, la panadería.

Cierro los ojos y me detengo en seco. El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que Arizona puede escucharlo. Me repito una y otra vez las mismas palabras que me llevo diciendo desde que empezó todo: estarán bien. Seguramente se habrán escondido.

Pero con cada paso que doy, la esperanza desaparece un poco más.

Pasamos frente a la tienda del señor Jonason, el fotógrafo. El escaparate está destrozado. Entre los cristales hay una foto de boda cubierta de polvo. Una pareja joven, sonriendo como si les esperase un futuro maravilloso.

Aparto la mirada.

—Isabel —la voz de Arizona es apenas un susurro—. Prepárate.

No necesito preguntar para qué.

El cartel cuelga torcido, varias de las letras han sido arrancadas y están tiradas en el suelo. El toldo a rayas en el que me resguardaba del sol cuando era una niña mientras mi padre cerraba, está rasgado y sucio. El escaparate ya no existe, solo un agujero negro donde solían estar las vitrinas llenas de pan recién hecho.

—¡Mamá! —grito, corriendo hacia el interior—. ¡Papá!

—Joder, no grites —sisea Arizona detrás de mí, pistola en mano—. Si hay alguien aquí, ya saben que hemos llegado.

La ignoro.

—¡MAMÁ!

El interior es mucho peor de lo que imaginaba. Vitrinas rotas, cristales por todas partes, harina esparcida por el suelo mezclada con manchas oscuras que prefiero no identificar. Las sillas volcadas y rotas. La caja registradora, abierta y vacía. El mostrador donde ayudaba a mi padre de niña, donde aprendí a hacer mi primer croissant, está partido por la mitad.

No hay cuerpos.

No sé si eso es bueno o malo.

Molly olfatea el suelo, gimoteando. No ladra. No hay peligro inmediato. Pero tampoco hay nadie.

Veo algo en el suelo, entre los cristales. Me agacho y mis manos tiemblan al recogerlo. Es una foto mía, tendría unos siete años, con un delantal de cocina ridículamente grande, ayudando a mi padre a amasar. Tengo harina por toda la cara y sonrío como si el

mundo fuese un lugar perfecto. Por aquel entonces, y sobre todo a esa edad, para mí lo era.

El cristal y el marco están rotos. Pero la foto está intacta.

—Arriba —anuncia Arizona, señalando con la pistola hacia la escalera—. Voy primero.

El apartamento donde crecí parece haber sido arrasado por un tornado.

Las camas deshechas, los colchones rasgados. Armarios abiertos, ropa revuelta por el suelo. Algunas fotos familiares siguen en la pared: yo de niña, mi graduación del instituto, la boda de mis padres. Otras están por el suelo, como una de mi abuela, el cristal roto en mil pedazos.

Corro de una habitación a otra, con Arizona susurrando desesperada que deje de gritar. En el cuarto de baño, los cepillos de dientes continúan en el vaso junto al lavabo, y ese pequeño detalle me golpea demasiado fuerte. El mundo se ha ido a la mierda en apenas unos días.

—No han dejado ninguna nota —suspiro, dejándome caer en una silla y escondiendo el rostro entre las manos—. No hay... no hay nada.

Arizona camina por la casa y la observo agacharse, examinando algo en el suelo, como si siguiese un rastro.

Se detiene en la escalera.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué has encontrado?

No responde. Pero sigo su mirada hacia abajo, hacia el escalón donde hay una mancha oscura y seca.

Sangre.

Las piernas no me sostienen.

Caigo de rodillas y el sonido que sale de mi garganta no es un grito. Es peor. Es algo ahogado, roto, como si me estuviese asfixiando desde dentro.

La sangre en la escalera.

Y, de pronto, todo lo que consigo recordar es el día en que mi prima murió.

Tenía ocho años.

No Marta, yo.

Resbaló en la cocina por culpa de un vaso de leche que se me cayó. Se golpeó la cabeza. Llamé a emergencias. Supliqué. Lloré. No llegaron a tiempo. Marta murió esperando una ambulancia que llegó demasiado tarde, empapando con su sangre la ropa de la niña a la que estaba cuidando.

—No sé si están vivos o muertos —sollozo, abrazando la foto rota de mis padres contra el pecho—. No sé nada. Es peor que... es peor...

—Isabel —Arizona se sienta junto a mí, algo incómoda, sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—¡No me digas que probablemente están muertos! —grito—. ¡No me lo digas!

—No iba a decirte eso —su voz es extrañamente amable—. Iba a decirte que mientras no haya cuerpos, hay esperanza.

Dejo escapar una risa amarga, más sollozo que risa.

Escucho el sonido de metal contra cuero. Arizona guardando la pistola. A continuación, siento su rodilla junto a la mía, el calor de su cuerpo a centímetros del mío.

Me rodea la cintura y me acerca a ella. Torpe. Rígida. Como si nunca hubiese hecho esto antes.

Me abraza.

Arizona, la mujer que no dice nada de su pasado pero que mata sin pestañear, la que habla con monosílabos y mira el mundo como si fuese un campo de batalla, me abraza en la que era mi antigua habitación mientras lloro como si tuviese otra vez ocho años.

No dice nada. No intenta consolarme con palabras vacías ni con promesas sin sentido. Solo está ahí. Sólida, real, como si fuese una de las pocas cosas que no se desmoronan en un mundo que se cae a pedazos.

Molly se acerca y apoya la cabeza en mi regazo. Y las tres nos quedamos así, sentadas en la que era mi antigua cama, durante minutos que parecen horas.

Hasta que Arizona se tensa.

—Tenemos compañía —susurra, llevando lentamente la mano a la empuñadura de la pistola—. Pasos. Tenemos que irnos. Ahora.

—No puedo irme —digo, limpiándome la nariz con el dorso de la mano—. ¿Y si vuelven? ¿Y si...?

—Si vuelven, no te encontrarán muerta, y eso es bueno —insiste, tirando de mí para que me ponga en pie—. Este barrio ya no es seguro. Mira a tu alrededor. La gente continúa entrando en las casas, aunque ya hayan sido saqueadas.

—Pero...

—Si están vivos, habrán huido hacia algún lugar más seguro. Es lo que haría cualquier persona sensata. Probablemente hacia el norte, hacia las zonas rurales. Es lo que vamos a hacer nosotras —agrega.

—¿Y si nunca los encuentro? —pregunto entre sollozos.

—Entonces al menos estarás viva para seguir buscando —responde encogiéndose de hombros.

CAPÍTULO 12

Arizona

Escucho el agua antes de verla, y el arroyo aparece poco más tarde, casi como un espejismo.

Hace un día que por fin abandonamos la ciudad y apestamos. No hay otra forma de describirlo. Sudor, sangre seca, humo, miedo. Supongo que es el cóctel de olores del apocalipsis. La melena de Isabel se ha convertido en una madeja ingobernable y ya ni siquiera se molesta en limpiarse la suciedad de la cara. Yo debo tener un aspecto similar, solo que me niego a comprobarlo en cualquier superficie reflectante.

Molly levanta las orejas, acelera el paso y, antes de que nos demos cuenta, sale disparada, chapoteando en la orilla del arroyo como si fuese la primera vez que ve el agua, aunque sin meterse dentro.

Es bastante ancho, aunque poco profundo, el agua tan cristalina que se pueden ver las piedras del fondo.

—Dios —susurra Isabel a mi espalda—. ¿Crees que es seguro parar un rato para lavarnos un poco?

Evalúo el lugar. Buena visibilidad. Una sola vía de acceso fácil de vigilar. Árboles lo suficientemente densos como para ocultarnos.

Pero también hay algo más: la cara de Isabel al ver el río. Como si acabase de ver algo más que agua. Como si acabase de ver esperanza.

Es peligroso, ese tipo de mirada. Te hace bajar la guardia.

Pero, al mismo tiempo, no puedo evitar sonreír.

—Espera aquí con Molly. No hagáis mucho ruido —ordeno.

Hago un barrido del perímetro. Veinte minutos. Cada arbusto, cada sombra, cada jodido rincón donde alguien podría esconderse. Nada. Estamos solas.

Cuando regreso, Isabel está sentada en una roca, los pies descalzos rozando el agua.

—¿Es seguro? —insiste.

—Eso parece —respondo—. Pero rápido. Creo que un baño nos vendrá bien a las tres. A ti también, Molly.

La perra ladea la cabeza y me mira como si entendiese lo que acabo de decir. Probablemente lo ha hecho, porque es la primera en meterse en el agua.

Coloco la pistola en una roca, al alcance de la mano. A continuación, me quito la chaqueta, la camiseta, las botas. Los pantalones. La ropa interior hace días que dejó de importar.

Noto la mirada de Isabel en mi piel desnuda, en las cicatrices que cruzan mi espalda, en las quemaduras todavía rosadas de mis brazos. No dice nada, pero tampoco se molesta en apartar la vista.

—¿Vienes o qué? —pregunto mientras me lavo.

Isabel sonríe, entorna los ojos y menea la cabeza al ver que no le quito la vista de encima, así que me doy la vuelta y trato de

disimular. Escucho el susurro de la tela al desvestirse. Más lento. Más tímido. Luego el chapoteo de sus pies entrando en el río.

—Está helada —suspira, cruzando los brazos sobre el pecho.

Nos lavamos en silencio, dejando que el agua arrastre capas de suciedad, de sudor, de todo lo que hemos visto en los últimos días. Observo casi con curiosidad cómo la mugre rueda por mi piel, formando remolinos oscuros que la corriente se lleva río abajo. Es algo casi simbólico.

Si creyese en ese tipo de mierda.

—Date la vuelta —dice de pronto.

—¿Qué?

—Tu espalda. No puedes alcanzarla tú sola con las quemaduras. Están todavía muy frescas.

Todo mi cuerpo se tensa en cuanto siento la punta de sus dedos deslizarse por mi piel. Suave. Con ternura. Trazando las líneas de mis cicatrices como si estuviese leyendo un mapa.

—Debió doler —susurra.

—Lo hizo. Ya no.

—¿Quién te hizo esto? —pregunta con miedo.

Hago una larguísima pausa en la que tan solo se escucha el agua que corre a nuestro alrededor y el canto de un pájaro en algún lugar del bosque.

—Gente que ya no existe —digo al fin.

Sigue acariciándome, deteniéndose en mi costado, en la cicatriz de aquel cuchillo que casi me mata en Bucarest. Más tarde,

en el disparo que recibí en Caracas, en el corte irregular de Manila, donde el objetivo que debía limpiar resultó luchar mucho mejor de lo esperado.

Nadie me había tocado así desde...

No recuerdo desde cuándo. Quizá nunca.

—Date la vuelta de nuevo —susurra a mi oído y esta vez obedezco sin pensar.

Sus ojos encuentran los míos antes de bajar a mis pechos y detenerse en mis pezones. Instintivamente, se muerde el labio inferior mientras levanta de nuevo la vista para preguntarme con la mirada. No con palabras. Las palabras no son necesarias.

Asiento. Apenas un movimiento de cabeza.

Y entonces me besa.

No es como el beso del apartamento. Aquel fue casi desesperado, impulsivo, nacido del terror y la adrenalina. Este es muy distinto. Más lento. Con más intención. Rodea mi cuello mientras la punta de su lengua recorre mis labios, rozando mis pechos con los suyos en cada respiración.

El agua fría contrasta de manera deliciosa con el calor de su cuerpo mientras sus manos se deslizan por mis costados hasta llegar a mis nalgas. Yo mantengo las mías quietas, porque esto es algo nuevo para mí. No el sexo en sí, sino el hecho de que no sea transaccional, que sea algo real, no una herramienta para conseguir algo.

Pero Isabel no quiere nada de mí. Solo me quiere a mí.

Y eso es aterrador.

Y liberador.

Y jodidamente confuso.

—¿Estás bien? —ronronea contra mis labios mientras araña mis nalgas.

Solamente cierro los ojos y asiento lentamente con la cabeza.

Sonríe.

No la veo, pero puedo sentir su sonrisa en mi boca. Y luego una de sus manos baja, se cuela entre mis piernas y el agua ya no está tan fría. Y mi cerebro deja de analizar cada movimiento como una posible amenaza.

Cuando siento sus dedos dentro de mí, pierdo la noción del tiempo y del espacio. Por unos instantes ni siquiera sé dónde estoy, solamente enredo los dedos en su melena y me dejo hacer, jadeando contra su boca, disfrutando de cada movimiento hasta que alcanzo el clímax con su nombre entre mis labios.

Salimos a la orilla tropezando, riendo, cayendo sobre la ropa esparcida sobre la tierra. La hierba está húmeda y el cielo se ha teñido de un color naranja y rosa precioso. Isabel se sube encima de mí, su pelo goteando sobre mi cara, y todo esto es lo más hermoso que he visto en mi puta vida.

—Yo no soy buena persona —admito, aunque ni siquiera sé por qué lo digo.

Isabel levanta la cabeza y me mira.

Sonríe.

No se mueve. No pregunta. Solo espera.

—Quizá es mejor que lo sepas —confieso, encogiéndome de hombros.

—¿Y si no me importa quién eras o a qué te dedicabas?

—Debería importarte —le aseguro.

—Todos tenemos un antes. Y puede que no seas buena persona, puede que hayas hecho cosas horribles, pero me salvaste cuando estaban a punto de violarme. Todavía tengo pesadillas con eso cada noche. Me has mantenido con vida hasta ahora. Quiero pensar que las cosas mejorarán ahora que hemos salido de la ciudad. Que podremos llegar a esa cabaña que dices que tienes y que esperaremos a que el ejército recupere el control y el mundo vuelva a la normalidad. Lo que importa es quién eres ahora, no quién has sido.

Y cuando se acurruca contra mi cuello y nos cubrimos con una vieja manta, quiero creer sus palabras.

Joder, quiero creerla más de lo que he querido nada en toda mi vida.

Quiero creer que el pasado no tiene que definirme. Que soy algo más que mi anterior trabajo.

Que quizá el fin del mundo es un buen momento para empezar una nueva vida.

CAPÍTULO 13

Isabel

La pequeña granja en la que nos refugiamos está llena de polvo y de recuerdos de otra gente.

Permanezco en el umbral de la puerta mientras Arizona revisa las habitaciones, pistola en mano, moviéndose con esa economía de movimientos que ya no sé si me asusta o me tranquiliza. Molly olfatea los rincones con el rabo quieto, sus orejas girando como antenas de radar, atenta a cualquier sonido que nosotras no podemos captar.

—Despejado —escucho desde el piso de arriba—. Podemos quedarnos esta noche. Creo que es un buen lugar para descansar.

La casa es bonita. O lo era, al menos. Ahora ya no tiene vida. Pintura blanca, fotos familiares en las paredes cubiertas de una capa muy fina de polvo, un jarrón con flores que comienzan a secarse en la mesa del comedor. El reloj de pared se detuvo a las 3:47. Me pregunto si fue a esa hora cuando su mundo también se acabó.

Toco el cristal de un marco. Una pareja con dos niños. Todos sonriendo frente a lo que parece ser un parque de atracciones. Todos probablemente muy lejos de aquí.

—Parece tan normal —murmuro cuando Arizona baja las escaleras—. Como si los dueños de la casa fuesen a volver en cualquier momento.

—No van a volver.

—Ya lo sé, joder —gruño, girándome hacia ella—. ¿Siempre has sido tan optimista?

—Realista —corrige.

—Es lo mismo, aunque dicho de una forma más triste.

Casi deja escapar una sonrisa. Casi. Es como ver un destello de sol entre las nubes de una tormenta de verano: dura un segundo y desaparece. Pero es algo precioso.

—¿Qué crees que ha pasado? Quiero decir, piensas que se han ido voluntariamente o…

Me da miedo seguir hablando.

—Se han ido hace dos o tres días. La casa no está saqueada. Incluso hay algo de comida en la cocina. Esta granja es más segura que quedarse en la ciudad, pero sigue sin ser segura. Cuanto más nos alejemos, más seguras estaremos. Es posible que ellos lo entendiesen cuando todo se fue a la mierda. Quizá tienen familiares más al norte o un lugar donde quedarse —explica con calma.

—Ojalá estén bien —suspiro.

Arizona saca un par de mantas de un armario. Huelen a la vida de otras personas, pero están secas y limpias. Sobre la mesa, hay un edredón de patchwork que alguien debió coser a mano, cada cuadrado un retazo de historia familiar. Lo dejo donde está. No me

parece bien usarlo. Seguramente dudaron hasta el final si llevarlo con ellos como recuerdo.

Molly se tumba junto a la puerta, vigilando, las orejas todavía en alerta. Me pregunto si alguna vez duerme de verdad o si, como Arizona, siempre lo hace con un ojo abierto.

Me acurruco junto a ella en el sofá del salón, cubriéndonos con una de las mantas. Empiezo a acostumbrarme a sentir el calor de su cuerpo junto al mío. Me tranquiliza. Pero sus manos... sus manos siempre están frías. Lo noté también en el río. A pesar de que hacía sol, a pesar de la evidente excitación que ambas estábamos sintiendo, sus dedos estaban helados cuando me tocó.

Es extraño. Aunque muchas cosas de ella son extrañas.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurro contra su cuello.

—Depende de qué.

—En el río dijiste que no eres buena persona. ¿Qué significa eso exactamente? —insisto, acariciando su mandíbula con la punta de los dedos.

Un silencio largo.

Demasiado largo.

Puedo escuchar el silbido del viento fuera. Esta noche habrá tormenta.

—Significa que he hecho cosas que no puedo deshacer —confiesa al fin.

—¿Qué tipo de cosas?

—Del tipo que harían que me mirases de un modo muy diferente —admite con un largo soplido.

—Ya te miro de un modo muy específico, especialmente después de lo que ocurrió en el río —bromeo—. He respetado tus silencios, sé que no te gusta hablar de tu pasado, aunque tengo bastante claro que no te dedicabas a la limpieza y… no sé, me parece que estamos en un punto en el que merezco saber algo más. Lo que sea.

—Isabel —murmura, clavándome la mirada, aunque algo en su voz suena casi como una súplica—. Hay cosas que no estoy preparada para contarte. Todavía no.

Debería insistir. Debería exigir respuestas. Estaba preparada para presionar. Pero esa pequeña vulnerabilidad en su tono de voz, no la había notado antes.

—Está bien. Cuando estés preparada.

—¿No te importa no saber? —pregunta extrañada.

—Me importa. Claro que me importa. Pero confío en ti. Tengo bastante claro que a estas alturas no estaría viva o quizá preferiría no estarlo. Es solo que… no sé si es el mejor momento para hablar de estas cosas, pero empiezo a sentir algo por ti y me mata no saber nada. Eso es todo. Sea lo que sea, no cambiará lo que siento —le aseguro.

No responde. Solo me abraza, fuerte. Y eso, de algún modo, me parece suficiente.

Pero la tranquilidad no dura mucho.

No sé qué es. Un cambio en el silencio de la noche.

Tardo unos segundos en darme cuenta. Los grillos se han callado.

Molly está de pie, el pelo erizado desde la nuca hasta la cola, sin quitar ojo de la puerta. No ladra. Solo gruñe, un sonido bajo y constante que me pone muy nerviosa.

—Tenemos compañía —susurra Arizona, levantándose con cuidado y comprobando la pistola.

Tiemblo. El miedo me cierra la garganta y apenas puedo hablar.

—¿Cuántos?

—Seis como mínimo. Están rodeando la casa, comprobando el perímetro —me informa, asomándose lo justo por la ventana.

—Joder. ¿Qué hacemos?

—Tú te escondes. Yo me encargo de ellos —ordena, montando el arma.

A continuación, me mete en el armario del que sacamos las mantas y coloca en mi mano una 38 que conseguimos de un cadáver justo antes de salir de la ciudad.

—Solo tiene una bala —me recuerda—. Si alguien que no sea yo abre la puerta, no dudes, apunta al pecho y dispara. No pienses. Solo dispara.

—No creo que pueda... yo…

—Podrás —me asegura—. Solo, no salgas de aquí. Pase lo que pase, escuches lo que escuches, no salgas.

Cuando cierra la puerta y me quedo en una oscuridad casi total, la pistola tiembla entre mis manos, que están tan sudadas que temo que en cualquier instante se me pueda resbalar y caer al suelo. Nunca he tenido un arma en las manos y el simple hecho de pensar

en que quizá la deba disparar, me deja al borde de un ataque de nervios.

Lo primero que escucho es una ventana romperse. Un hombre que dice algo y a continuación, un disparo. Un cuerpo cae al suelo con un sonido sordo y varios hombres comienzan a gritar, casi en pánico.

Abro con miedo una pequeña rendija y asomo el ojo. Arizona les espera parapetada en una esquina. Dos hombres entran en el salón y uno recibe un disparo entre las cejas, limpio, perfecto. El siguiente trata de acercarse, pero el cuchillo de Arizona encuentra su garganta. No duda, fluye con una facilidad que pertenece al mundo de las pesadillas.

Cada movimiento es preciso. Sin desperdicio. El sonido del hombre degollado, ahogándose en su propia sangre, es algo que jamás olvidaré.

Tres muertos en menos de diez segundos.

Y ni siquiera está respirando fuerte.

Entonces lo siento. El frío.

No es el frío de la noche. No es el frío que entra por las ventanas rotas. Es algo diferente. Algo más profundo. Antinatural.

La miro y casi no la reconozco.

Es como si Arizona se hubiese ido y algo horrible hubiese ocupado su lugar.

Algo que no parpadea. Algo que no duda. Algo que mata con la misma facilidad con la que otros respiran.

Uno de ellos, que parece estar al mando, grita.

—¡Es solo una mujer! ¡Acorraladla!

Arizona responde sin emoción. Entran dos y ella los mata.

La sangre salpica las paredes, las fotos familiares, el suelo de madera que alguien lijó y barnizó con cariño. Uno de ellos suplica clemencia.

Ella no se detiene.

Y una parte de mí, una parte que me asusta, piensa que es lo más impresionante que he visto en mi vida.

Molly ladra en la parte trasera de la casa y pronto Arizona desaparece. Escucho más disparos, más gritos. Más muertes.

La puerta del armario se abre de golpe.

Instintivamente, pego la espalda a la pared y levanto el arma.

Él sonríe. Una sonrisa horrible a la que le faltan varios dientes. Está muy sucio, con algunas manchas de sangre y desprende un olor a sudor nauseabundo. Me enseña el machete oxidado que lleva en la mano.

—Es mejor que me entregues esa pistola, muñeca, antes de que te hagas daño —gruñe, casi disfrutando, seguro de que no voy a disparar.

—Te juro que si no das media vuelta te pego un tiro —amenazo, aunque el arma tiembla demasiado entre mis manos.

—Deja eso en el suelo y te prometo que no te dolerá, puede que incluso te guste. Ya sabes, relájate e intenta disfrutar —ironiza, mostrando de nuevo esa horrible sonrisa.

"No pienses. No dudes. Solo dispara".

La voz de Arizona resuena en mi cabeza.

Aprieto el gatillo.

El retroceso me sorprende. Él ni siquiera parpadea.

Por un brevísimo instante sonríe. A continuación, comprende la situación y su mirada se convierte en pánico.

Cae de rodillas.

Luego, hacia delante.

Sobre mí.

No se mueve.

El silencio es ensordecedor.

Le empujo con todas mis fuerzas, pegando la espalda al fondo del armario. Cuando por fin me lo quito de encima y cae al suelo, me miro las manos. La pistola. El cuerpo sin vida. La sangre que se extiende oscura contra la madera, formando un charco cada vez más grande.

Lo he matado.

Yo. La que llora con las películas tristes. La que rescata arañas en vez de matarlas. La que no puede ver sangre sin marearse. He matado a un hombre.

Tiemblo.

El arma se cae de mis manos. Golpea el suelo. Apenas la oigo.

Era él o yo. Era él o yo. Era él o yo.

Lo repito como un mantra. Pero las palabras no significan nada. Son solo sonidos. Han perdido cualquier significado racional.

Lo he matado.

Lo he matado.

Lo he matado.

Me tapo la boca con ambas manos y lloro. Su sangre llega ya hasta mis pies. Todo se vuelve borroso.

No sé cuánto tiempo paso así. Mirando el cuerpo. Mirando la sangre. Mirando mis manos.

Escucho la voz de Arizona llamándome. Pero suena muy lejos. Como si viniese del fondo de un pozo.

—Isabel.

Su voz más cerca ahora. Pero sigo sin sentir nada.

—Isabel, mírame.

Siento sus manos en mi cara. Frías. Demasiado frías.

—Respira. Estás en shock. Es normal. Mírame a los ojos y respira. Estás a salvo.

—Lo he matado —sollozo y ni siquiera reconozco mi propia voz—. Está muerto.

—Él iba a matarte a ti. No podías hacer otra cosa —me recuerda.

—Lo he matado.

—Y tú sigues viva —susurra, colocando su frente sobre la mía y acariciando mis mejillas con los pulgares—. Has hecho lo que tenías que hacer.

El quejido de Molly me devuelve de golpe a la realidad.

—¡MOLLY!

La perra camina con dificultad hacia nosotras, dejando un rastro de sangre en el suelo.

—No, no, no, no... joder, no.

Corro y me arrodillo junto a ella. Presiono la herida. La sangre corre caliente entre mis dedos, imparable. Molly gimotea, intenta lamerme la mano.

—Déjame ver —Arizona aparta mis manos, examina la herida y deja escapar un largo soplido que me hiela la sangre.

—Por favor, dime que no se va a morir —suplico entre sollozos.

—Puedo coser la herida. La perra es fuerte, se recuperará —me asegura, sacando un pequeño botiquín de su mochila.

Y mientras sujeto a Molly para que Arizona cierre la herida, mientras la perra soporta el dolor sin intentar mordernos ni una sola vez, como si supiese que es por su bien, me pregunto por qué sus manos están firmes cuando las mías continúan temblando.

¿Cuántas veces tienes que matar antes de que deje de importarte?

Y lo único que sé es que la Isabel que se bañó en el río, la que incluso fue feliz haciendo el amor en la orilla. La que se permitió creer en un futuro dentro del caos mientras estaba acurrucada bajo una manta contra el cuerpo de Arizona. La que nunca había hecho daño a nadie...

Esa Isabel quizá ya se haya ido para siempre.

CAPÍTULO 14

Isabel

No consigo dormir.

Llevo horas con los ojos clavados en el techo, escuchando la respiración de Arizona a mi lado o el jadeo débil de Molly en su cama improvisada de mantas. Fuera, el sol comienza a salir y los pájaros cantan. Un amanecer normal. Como si el mundo no se hubiera acabado. Como si todo no se hubiese ido a la mierda.

Como si yo no hubiera matado a un hombre hace apenas seis horas.

Cada vez que cierro los ojos lo veo. Su cara. La sonrisa antes del disparo. El agujero en su pecho más tarde. La sangre.

Tanta sangre.

Me incorporo despacio, tratando de no despertar a Arizona. Necesito aire. Necesito... ni siquiera sé lo que necesito. Quizá vomitar otra vez. Quizá gritar. Puede que ambas cosas.

—No vas a poder dormir. Es normal la primera noche —dice su voz en la oscuridad.

Joder. Pensé que estaba dormida.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —pregunto, apoyándome sobre el antebrazo.

—No he dormido —confiesa mientras se sienta y la luz gris del amanecer ilumina sus rasgos—. Quería asegurarme de que estabas bien.

—No estoy bien.

—Lo sé.

No dice nada más. No intenta consolarme con frases vacías. Nunca lo hace. Solo se queda ahí, se tumba a mi lado, en silencio. Puedo sentir el calor de su cuerpo a pocos centímetros del mío, aunque sé que sus manos estarán frías.

Y de algún modo, ese silencio es exactamente lo que necesito.

Con la luz del día, me levanto para examinar la herida de Molly. El corte es profundo, una línea roja y húmeda que atraviesa su costado derecho. Arizona lo cosió bien anoche mientras yo sujetaba la cabeza de la perra e intentaba no vomitar.

Molly me mira con esos ojos oscuros y confiados, y algo se rompe dentro de mí.

—Luchó para salvarnos la vida —susurro—. Se lanzó sin pensarlo. ¿Crees que sobrevivirá?

—Si no se infecta, sí. Es una perra dura —me asegura mientras coloca un poco de pomada antibiótica que hemos encontrado en el baño de la casa—. Como su dueña.

—Yo no soy su dueña.

—Díselo a ella. Molly te considera su dueña, y tiene razón.

***

Media hora más tarde, me derrumbo. Sin previo aviso.

Estoy sentada contra la pared del dormitorio, mirando mis manos, y de pronto, no puedo respirar. El aire se vuelve espeso, sólido, imposible de asimilar. El corazón me late tan fuerte que golpea en mi sien, un tambor frenético que ahoga todo lo demás.

Las lágrimas llegan sin permiso. Violentas. Todo el cuerpo me tiembla como si tuviese fiebre. No puedo parar.

No puedo respirar.

No puedo respirar.

—Isabel. Mírame.

Levanto los ojos con miedo. Temblando. Arizona se arrodilla frente a mí, coloca las manos en mis hombros. Su expresión es... no sé. Preocupada. Casi asustada.

Nunca la había visto asustada.

—Soy una asesina —sollozo. Las palabras salen entrecortadas, rotas—. Soy... joder, he matado a una persona.

—No. Escúchame. Lo que hiciste fue sobrevivir. Él iba a matarte. Era él o tú. Eso no te convierte en asesina. Te convierte en superviviente. El mundo ha cambiado. Las reglas han cambiado. No sé si algún día volverán a ser como antes, pero lo único que podemos hacer es adaptarnos a las nuevas circunstancias. Nada más. Y eso incluye sobrevivir a cualquier precio. Lo que tú sientes ahora mismo, ese horror, esa culpa... significa que sigues siendo humana. No lo pierdas.

Quiero preguntarle si ella también lo siente. Si también habita en su interior ese mismo sentimiento de culpa tras haber matado anoche a varias personas. Si sigue siendo humana.

Pero solo me abrazo a ella. Fuerte. Escondo el rostro en su cuello y lloro. Lloro hasta que no me quedan más lágrimas, hasta que puedo respirar de nuevo. Lloro por mí, por mi familia, que ni siquiera sé si siguen vivos. Por Molly. Incluso por Arizona, a pesar de que parece haber nacido más para este mundo que para el anterior.

Y la beso.

Quizá no es el mejor momento.

Y no sé quién se sorprende más, si ella o yo. Pero necesito esto. Necesito sentir algo que no sea el vacío, la culpa, el eco de ese disparo repitiéndose una y otra vez en mi cabeza. Necesito saber que sigo viva. Que hay algo más que muerte en este mundo nuevo y horrible. Necesito desesperadamente sentir algo que está vivo para olvidar la muerte.

—Isabel... —comienza a decir, pero la callo con otro beso. Más profundo. Más desesperado.

—No hables. Por favor. Solo... lo necesito…

Me mira un segundo y sonríe. Asiente.

Esto no es como junto al río. Aquello fue lento, tierno, exploratorio. Dos mujeres descubriéndose por primera vez, memorizando cada curva, cada suspiro. Esto es diferente. Esto es desesperado. Hambriento. Casi violento en su intensidad.

Le arranco la camiseta. Literalmente. No me importa. Ella me tumba contra el suelo, su cuerpo sobre el mío, y es exactamente lo que necesito. Algo que me ancle. Algo real.

Me agarro a su espalda desnuda como si fuese lo único que me mantiene a flote, clavando las uñas, dejando marcas en su piel.

Arizona se mira el hombro izquierdo, los surcos rosados que acabo de dejar al arañarla.

—Lo siento —suspiro.

—Me gusta que duela un poco —responde, mordiendo su labio inferior mientras comienza a quitarme los pantalones.

Y por un momento, me permito no pensar en nada. Solo sentir.

Su boca en mi cuello. Sus manos recorriendo mi cuerpo con una urgencia que me hace temblar. Entre beso y beso, nos deshacemos del resto de la ropa, que queda tirada por el suelo al lado de la cama.

Le doy la vuelta y me coloco sobre ella, sujeto su pelo, besándola en la sien, más tarde en el cuello, con fuerza, y me sorprendo a mí misma, porque más que un beso, es una marca. Una posesión.

Me siento a horcajadas sobre sus caderas, sujeto sus muñecas contra el colchón por encima de su cabeza y mis pechos rozan sus labios cuando me inclino. Los devora, succiona mis pezones hasta hacerme gemir, hasta que mi espalda se arquea de placer.

Mueve las caderas buscando mi sexo con el suyo, levantando mi cuerpo con cada movimiento, y yo cabalgo sobre ella en un vaivén ancestral que sabe a salvación.

—Mírame —susurro junto a su oído.

Arizona suspira cuando muerdo su cuello, jadea al sentir mis dedos pellizcar sus pezones, gime cuando mi mano se cuela entre

sus piernas. Me deslizo hacia abajo lentamente por su cuerpo, cubriéndola de besos, acariciando cada cicatriz que adorna su piel, y al llegar a su sexo, lo encuentro brillando de excitación.

—¡Gírate! —ordeno.

Pone los ojos en blanco y se da la vuelta con una sonrisa de satisfacción.

—Voy a conseguir que olvides hasta cómo te llamas —le susurro al oído antes de morder su nuca.

A continuación, deslizo la punta de los dedos por su columna vertebral, muy lento, observando cómo su respiración se vuelve más rápida cuando llego a su coxis.

—Joder —suspira cuando abro sus piernas y cuelo dos dedos en su interior.

Empujo con fuerza, presionando hacia abajo, besando sus nalgas, cubriéndolas de pequeños mordiscos que la hacen gritar de placer.

Gime mi nombre mientras agarra con fuerza las sábanas al tiempo que gotas de excitación ruedan por su entrepierna hasta que comienza a temblar y se deja caer sobre el colchón con un larguísimo jadeo.

—Date la vuelta —susurro con un pequeño azote en su nalga derecha.

—Le estás cogiendo el gusto a esto —bromea, aunque el modo en que se muerde el labio inferior me indica que le está gustando.

Estoy excitadísima, necesito su boca en mi sexo, pero no puedo evitar dibujar círculos con la punta del dedo alrededor de su areola, admirando unos pezones que me parecen absolutamente perfectos.

—Ahora te toca a ti —anuncio, colocándome a horcajadas sobre su cabeza y bajando hasta la altura de su boca.

Separa mis labios con los pulgares y sopla sobre mi sexo, haciéndome temblar. Me clava la mirada antes de seguir y es una conexión tan intensa que me olvido de respirar. A continuación, pierdo la noción de dónde estoy. Lo toma entre sus labios, lo acaricia con la lengua, lo presiona, lo suelta, lo vuelve a tomar. Es una tortura lenta a la que no quiero resistirme.

Enredo los dedos en su melena para atraerla más cerca y ella coloca la lengua plana, lamiendo de abajo arriba con un ritmo constante antes de centrarse en mi clítoris, para repetir de nuevo el mismo patrón. A la quinta vez ya no puedo más, todo mi cuerpo se tensa y me dejo ir contra su boca, sujetando su cabeza mientras me derrito de placer. Grito, pero ella no se retira: sigue lamiendo, más suave ahora, recogiendo cada contracción, prolongando mi orgasmo, volviéndome loca, llevándome al paraíso.

—Suerte que anoche pudimos utilizar el baño de la casa —bromea con un guiño de ojo antes de besar mi sexo con suavidad.

Nos quedamos un buen rato tumbadas en la cama, recuperando la respiración, cubriéndonos de besos, de caricias, de mimos. Y, por un instante, me permito soñar que el mundo no se ha acabado, que todo sigue como era antes del evento Miyake. Quiero

creer que por fin he encontrado en Arizona a la mujer que tanto he buscado sin suerte.

Pero un quejido de Molly me devuelve a la realidad. El mundo que conocía antes de la tormenta solar, ya no existe. Me estoy enamorando de una mujer que es tan solo un misterio, que mata gente con la mirada vacía. De alguien que confiesa no ser buena persona.

Y lo peor de todo es que no puedo ni quiero evitarlo.

CAPÍTULO 15

ARIZONA

Nunca se lo he contado a nadie.

Ni a Viktor. Ni a mis compañeros. Ni a ninguna de las personas con las que compartí cama algún día antes del fin del mundo. Lucía es mi secreto. Mi herida. Mi penitencia privada.

Pero Isabel está aquí, su piel desnuda contra la mía, observándome con esos ojos marrones que no juzgan, y siento que si no lo cuento ahora, me explotará la cabeza. Este secreto me ha estado envenenando durante años y necesito sacarlo antes de que me mate.

—Hubo una niña hace años. Se llamaba Lucía —suelto de pronto y ella abre los ojos con sorpresa.

—¿Una niña?

—Tenía diez años. Le gustaba dibujar. Tenía una risa contagiosa. Nunca logré comprender por qué todavía era capaz de reír después de lo que había pasado, pero lo hacía.

Isabel se incorpora ligeramente y coge mi mano entre las suyas.

—Fue en Colombia. Yo estaba allí por... por trabajo —hago una pausa para reorganizar mis palabras. Odio no poder decirle el

tipo de trabajo. Todavía no. Quizá nunca—. Había un hombre que traficaba con gente. Niños, principalmente. Lucía era una de ellos.

—Dios...

—Se suponía que tenía que hacer lo que había ido a hacer y marcharme. Ya sabes, limpiar y salir. Nada más. No involucrarme. No mirar a las víctimas.

—Pero la viste —me corta.

—Pero la vi. Y ella me vio. Y algo... algo se rompió dentro de mí —confieso, mirando a las vigas de madera del techo, cualquier cosa mientras pueda evitar los ojos de Isabel—. Me miró y no había miedo. Había... esperanza. Como si supiese que yo llegaría algún día.

—¿Qué hiciste?

—Decidí desobedecer a mis jefes y sacarla de allí. Tenía un plan. Contactos en la frontera. Gente que podía ayudarla a empezar una nueva vida o a buscar a sus padres si es que estaban vivos.

—¿Qué pasó?

—Nos descubrieron antes de llegar. Los hombres del traficante. Hubo disparos. Yo... me defendí. Pero una bala alcanzó su pecho —recuerdo, sintiendo cómo la voz se me quiebra ligeramente. Mierda, hace años que no me ocurre.

—¿Murió?

—Murió en mis brazos. En medio de un camino de tierra, a tres kilómetros de la frontera. Ni siquiera pudo terminar el dibujo que estaba haciendo para mí —reconozco, apartando la mirada.

—¿Te estaba haciendo un dibujo?

El recuerdo me golpea. El papel manchado de sangre. Las líneas torpes de una niña que nunca aprendió a dibujar bien, pero que lo intentaba de todas formas. Sus dedos sosteniendo el lápiz mientras yo conducía.

—Una muñeca. De paja. Me dijo que en su pueblo las hacían para espantar a los malos espíritus. Dijo que quería regalarme una para que me protegiera —admito, tragando saliva—. Dijo que… dijo que yo tenía cara de necesitar protección.

—Arizona...

—De no haber intentado salvarla, si simplemente hubiese hecho lo que tenía que hacer y me hubiese ido... quizá estaría viva. En un infierno, pero viva. O quizá alguien más la habría salvado. Alguien mejor que yo.

—Hiciste lo correcto —me asegura, acariciando mi mejilla con el reverso de la mano.

—Hacer lo correcto la mató —suspiro, devolviéndole la mirada y sus ojos se han llenado de lágrimas—. Por eso dejé de intentar hacer lo correcto. Por eso recordé que me pagaban solo por limpiar, no por involucrarme. Por eso no sé muy bien qué coño estoy haciendo contigo, porque tengo miedo de que esto vuelva a acabar mal.

Silencio.

No sé si mi comentario le ha dolido o le ha hecho pensar.

En cualquier caso, puedo ver las preguntas en su mente. ¿Qué hacías en Colombia? ¿Qué tipo de trabajo de limpieza es ese

en el que te envían a otro país? ¿Por qué tenías contactos en la frontera? ¿Por qué te perseguían hombres armados?

Pero no las hace.

Quizá porque ya comprende la respuesta sin necesidad de expresarla con palabras. Quizá porque no está preparada para escucharla.

—Mi prima Marta murió cuando yo tenía ocho años —dice de pronto, tras besar mi frente.

No me esperaba una confesión así y no tengo ni idea de dónde quiere llegar.

—Me cuidaba mientras mis padres trabajaban. Era como una hermana mayor, ya sabes —desvía la mirada hacia Molly, que duerme al otro lado de la habitación, su respiración lenta y constante—. Un día, se me cayó un vaso de leche en la cocina. Estaba jugando y no presté atención. Insistí en que me preparase otro. Ella me dijo que luego lo haría, que así aprendería a estar atenta a lo que hacía. Me puse a protestar y Marta accedió. Al entrar, resbaló, cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la esquina de la mesa.

—Joder, Isabel...

—Llamé a emergencias. Me dijeron que esperara. Que vendrían pronto —recuerda con un largo suspiro mientras se tapa la boca con una de sus manos—. Pero no vinieron. Tardaron cuarenta minutos. Cuarenta minutos mientras yo sostenía su cabeza y le decía que todo iba a estar bien. Mientras la veía morir por el capricho de una niña de ocho años.

—No fue tu culpa. Tenías ocho años, no eras más que una niña —le recuerdo.

—Un vaso de leche. Mi prima murió por un vaso de leche —repite, mientras trata de secarse las lágrimas que ruedan por sus mejillas con la palma de la mano—. He pasado veinte años sintiéndome culpable por algo que no podía controlar. Veinte años intentando salvar a todo el mundo para compensar. Para demostrar que merezco seguir viva cuando ella no lo está. Así que... te entiendo —continúa—. Te entiendo más de lo que crees.

—Isabel…

—Yo no soy esa niña. No soy Lucía. Que aquello haya salido mal no quiere decir que ayudarme haya sido una mala decisión. De momento estamos vivas. En algún momento, las cosas volverán a la normalidad. El ejército recuperará el control, se acabarán los saqueos y podremos tener una vida normal, juntas… si tú quieres.

—Quiero —repito como una boba, sorprendiéndome a mí misma—. Pero no tengo nada claro que las cosas vuelvan a algo parecido a lo que tú llamas normalidad.

***

—Esa radio que tienes en la mochila, ¿funciona? —pregunta a la mañana siguiente mientras estoy revisando la herida de Molly.

—Debería funcionar.

—¿Puedo usarla? —insiste.

—Tú misma. No des la ubicación a nadie, en el caso de que consigas contactar, cosa que dudo. Es peligroso —le recuerdo.

—En las películas de zombis o desastres naturales, los primeros días siempre hay grupos intentando contactar con esas radios. De ese modo consiguen organizarse y…

—Eso es una gilipollez. No tienes ni idea de con quién te estás comunicando. Podrías darle tu ubicación a la gente equivocada y enviarles un pase VIP para que te maten. No te creas todo lo que ves en las películas —gruño, aplicando lo poco que queda de pomada antibiótica sobre la herida de la perra.

—Solo sé que estamos en algún punto al norte de la ciudad, así que poca ubicación puedo dar, aunque quiera. De todos modos, si te quedas más tranquila, ni siquiera hablaré. Solo quiero saber si hay grupos de supervivientes que intentan organizarse. A mi padre y mi tío les encantaban estos trastos —añade, señalando a la radio.

Antes de que me dé cuenta, Isabel ya está girando el dial, escuchando principalmente estática y más estática. El ruido blanco de un mundo que se ha quedado en silencio.

Por un instante, pilla una conversación entrecortada de unos supervivientes que intentan organizarse en un centro comercial aislado, aunque no se entiende bien qué pretenden ni dónde están.

Y, de pronto, se me hiela la sangre.

—...frecuencia Delta-7... activos en la zona noroeste...

Una voz masculina. Grave. Con ese tono de autoridad tranquila que reconocería en cualquier parte del mundo.

Viktor.

—...confirmación de Morana... repito, buscamos confirmación de Morana...

—...copia, Viktor... —otra voz, más joven, entrecortada por la estática—. ¿Para qué la necesitas? Esa puta psicópata... —interferencia— ...estará por ahí divirtiéndose. Ya sabes cómo es. Dale un jodido apocalipsis... —más interferencia— ...y un cuchillo y será feliz cortando cuellos solo por diversión... El fin del mundo es justo lo que necesita esa loca.

—Morana es un activo muy valioso. Y en este nuevo... —estática— ...los activos valiosos no se desperdician. Estoy consolidando... —la señal se pierde durante un momento— ...diecisiete hombres bien armados y creciendo. Control de la zona... —interferencia— ...recursos, infraestructura. Quien controle el agua y la comida...

—...copia. ¿Y si no quiere unirse?

Una pausa. Cuando Viktor vuelve a hablar, casi puedo ver su sonrisa.

—Morana siempre fue práctica. Entenderá que... —estática prolongada— ...la alternativa es... —más interferencia— ...de todos modos, si alguien tiene información sobre su paradero, canal seguro. Viktor fuera.

La transmisión se corta.

—¡Apaga eso de una puta vez! —ordeno antes de darme cuenta de que estoy gritando.

Isabel da un respingo, pero no obedece de inmediato. Me observa con desconfianza.

—¿Qué ha sido todo eso? ¿Quién es Morana? ¿Y por qué...?

—Apaga la radio, Isabel —repito con voz más calmada.

Esta vez me hace caso, pero el silencio que sigue es casi peor que la estática.

—Arizona. ¿Conoces a esos hombres? Si se están organizando y tienen recursos quizá podríamos pedir ayuda y…

—No se están organizando para ayudar a nadie. Se organizan para tomar el poder. Despierta, Isabel. Esto no es un cuento de hadas. El mundo que conocías se acabó. ¿Quieres sobrevivir? No te acerques a ningún grupo organizado. Vamos a mi cabaña, está aislada y tiene de todo. Allí dejamos pasar el tiempo. Nada más. Observamos cómo se desarrolla todo. En una situación de caos total, normalmente toman el poder justo las personas que no quieres que lo hagan. Las más peligrosas. Los que saben cómo funciona la violencia y no tienen ningún tipo de límites morales.

Me paso las manos por el pelo. Respiro. Una vez. Dos.

—Hazme caso, por favor. Sé de lo que hablo —mascullo entre dientes, terminando de colocar el vendaje a Molly.

Isabel solamente asiente, ayuda a Molly a levantarse con cuidado, susurrándole palabras de consuelo que la perra probablemente no entiende, pero que de todos modos la tranquilizan.

Si Viktor le toca un pelo, lo mato.

Sin remordimientos. Sin dudas. Como en los viejos tiempos.

Quizá Morana nunca murió del todo.

Quizá solo estaba esperando una razón para regresar.

CAPÍTULO 16

Arizona

Ahí está.

Entre los pinos, oculta por una vegetación que ha crecido desde la última vez que estuve aquí, la cabaña parece un fantasma de otra vida. Troncos oscurecidos por el tiempo, tejado de pizarra cubierto de musgo, ventanas que no reflejan nada.

Mi refugio. Mi secreto. El único lugar del mundo que era tan solo mío.

Y ahora lo estoy compartiendo.

—¿Es aquí? —Isabel se detiene a mi lado, Molly pegada a sus piernas. La perra todavía cojea, ha hecho que avancemos mucho más lento, incluso en algunos tramos he tenido que cargar con ella, pero está mejor. Mucho mejor.

—Es aquí —confirmo, dejando escapar un involuntario suspiro.

Me adelanto para comprobar el perímetro. Los viejos hábitos nunca mueren, supongo. Rodeo la estructura, busco señales de intrusión, huellas, cualquier cosa fuera de lugar. Nada. El mundo se ha ido a la mierda, pero mi cabaña sigue intacta.

La cerradura cede con un clic familiar y el olor a cerrado me golpea en cuanto abro la puerta. Todo sigue exactamente igual que como lo dejé hace... ¿cuánto? ¿Seis meses? ¿Un año?

Ya no importa.

Isabel entra detrás de mí. La observo mientras examina el espacio. Sala principal con chimenea de piedra, un sofá viejo pero cómodo, una mesa de madera maciza. A la izquierda, la cocina básica. Al fondo, la puerta del dormitorio. Y debajo de la alfombra, la trampilla del sótano.

Donde guardo las cosas que no quiero que nadie vea.

—Es una especie de búnker disfrazado de cabaña —indica Isabel, tocando la pared de troncos.

—¿Esperabas otra cosa?

—Bueno, hay muchos libros —añade con sorpresa, deslizando la punta de los dedos por la estantería—. Y eso parece una manta tejida a mano. No sé... esperaba algo más frío. Pensé que cuando estabas aquí te dedicarías a cazar osos o algo similar, no a leer y tejer mantas —bromea.

No respondo. Me siento incómoda. Expuesta. Este lugar contiene partes de mí que no le he mostrado nunca a nadie.

La manta la tejió una mujer en un pueblo de las montañas de Rumanía en cuya casa me escondí durante dos semanas tras un trabajo. Se llamaba Ioana. Tenía setenta años y unas manos que no paraban de moverse. Me enseñó a hacer sopa de col y no preguntó ni una sola vez por qué una extranjera necesitaba desaparecer del

mundo. Cuando me fui, me dio la manta y me dijo que el invierno siempre termina. Por muy duro que sea.

No sé si sigue viva. Probablemente no. Aun así, guardo la manta.

Los libros son los únicos que he leído más de una vez. Poesía, sobre todo. Nadie espera que alguien como yo lea poesía. Quizá por eso lo hago.

Isabel saca un libro de la estantería. Lo abre, pasa las páginas.

—¿Está en polaco? —pregunta con sorpresa.

—Sí.

—¿Sabes polaco?

—Entre otros.

Me mira con esa expresión suya que empiezo a reconocer. La que utiliza cuando descubre algo nuevo sobre mí y no sabe dónde encajarlo. Es una expresión casi científica.

—¿Cuántos idiomas hablas? —inquiere mientras saca algunos libros más.

—Los suficientes.

No insiste. Tan solo vuelve a dejar los libros en su sitio.

Molly camina por la cabaña, husmea cada rincón con el hocico pegado al suelo, y finalmente se tumba frente a la chimenea como si hubiese vivido aquí toda su vida. Los perros no necesitan explicaciones. No necesitan saber tu pasado para decidir si confían en ti. Solo huelen y deciden.

—Al menos a ella le gusta —dice Isabel, sonriendo mientras hace un gesto con la barbilla hacia Molly.

Enciendo un fuego. El humo podría delatarnos, pero estamos lo suficientemente lejos de cualquier camino transitado. Y hace frío. Demasiado frío incluso para mí.

Isabel se sienta en el sofá, las piernas recogidas bajo el cuerpo, envuelta en la manta rumana. Parece... tranquila. Por primera vez desde que la conozco, no hay tensión en sus hombros.

—No parece real —reconoce, sin quitar ojo a las llamas—. Estar a salvo o al menos, dar la impresión de que estamos a salvo.

—Disfrútalo mientras dure.

—Siempre tan optimista —se queja—. Eh, espera —dice mientras se incorpora y pellizca mi barbilla con los dedos para que gire la cabeza—. ¿Eso fue una sonrisa?

—No sé de qué hablas.

—Vi algo en tu cara. Algo raro, parecido a una expresión humana. ¿Puede ser? —ironiza, inclinándose para besarme—. Supongo que tienes comida, ¿no? Porque me muero de hambre.

—Latas de conserva. Suficientes para durar varias semanas. Y hay un arroyo cerca con agua fresca. Incluso tengo una canalización para traer agua a la cabaña. Está fría, pero es potable.

—Así que yo tenía razón. Eres una de esas personas que se preparan para el apocalipsis. Como mi tío —bromea.

No puedo evitar poner los ojos en blanco y negar con la cabeza mientras traigo de la cocina un par de latas de judías y una de melocotón en almíbar. No es un festín, pero es lo mejor que

hemos comido en días. Cuando regreso, Isabel ha extendido la manta en el suelo frente al fuego y la perra se ha tumbado encima, ocupando más espacio del que le corresponde.

Comemos en silencio mientras observamos la madera seca crepitar en el fuego y durante un buen rato, casi puedo soñar con una vida de tranquilidad.

Casi.

Isabel se lame los dedos después de terminar el melocotón en almíbar. Un gesto simple e inconsciente. Algo que la gente hacía antes sin pensarlo.

Ahora cada comida es un lujo.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En nada.

—Mentirosa —bromea con una sonrisa—. Siempre estás pensando en algo. Puedo ver cómo tu cerebro no se detiene nunca.

—Pensaba en que hace mucho que no veía a alguien comer melocotón en almíbar como si fuese el mayor manjar del mundo.

—Es que es lo mejor del mundo. Ahora mismo, al menos. Aunque si tuvieses mantequilla de cacahuete, eso sí que sería lo mejor del mundo. No tienes, ¿verdad? —pregunta mientras se acurruca contra mi costado—. Es increíble lo que ha cambiado todo en un par de semanas. Supongo que el fin del mundo te hace apreciar las cosas pequeñas y simples. Esas que antes dabas por normales.

Las cosas pequeñas. El calor del fuego. El peso de otra persona contra tu cuerpo. El sonido de un perro respirando mientras

duerme.

Cosas pequeñas, sencillas. Nunca pensé que tendría esto.

Nunca pensé que lo querría.

—¿Te das cuenta de que incluso suponiendo que la tormenta solar haya afectado a todos los países del mundo, habrá zonas que ni siquiera se enterarán, o al menos, los cambios en su vida serán muy pequeños? —grita mientras me estoy lavando la cara con agua fría en el baño.

De pronto, se queda callada. Esperaba una charla casi filosófica sobre el impacto de la tecnología en nuestra sociedad, cómo lo que hace unos días nos daba una ventaja sobre países más pobres ahora se ha convertido en nuestro enemigo. En cambio, se ha quedado en silencio.

—¿Ocurre algo? —pregunto extrañada, aunque en cuanto entro en el dormitorio comprendo el motivo.

Me la encuentro sentada en el borde de la cama, sosteniendo un dibujo con manchas de sangre seca. Estaba boca abajo en la mesita de noche. Siempre boca abajo. Porque hay mañanas en las que no puedo mirarlo.

—Es el dibujo que te estaba haciendo esa niña, ¿verdad? —pregunta con un susurro sin levantar la vista—. Lucía.

No respondo. No hace falta.

Isabel asiente. No dice nada. Solo mira el dibujo y vuelve a colocarlo en la mesita de noche con cuidado, casi con devoción.

—¿Llegó a entregarte la muñeca de paja? ¿Esa que decía que te protegería?

—No. Después... empecé a hacerlas yo. Las muñecas —reconozco, sentándome a su lado.

—¿Por qué?

La pregunta sale casi sin querer, supongo que se escapa de su boca sin que le dé tiempo a pensarlo. Pero es pura curiosidad. Sin juicio.

—Si te soy sincera, no lo sé exactamente —reconozco, encogiéndome de hombros—. Quizá porque ella quería hacerme una y nunca pudo. Quizá porque era la única manera que tenía de... recordarla. De mantenerla viva de algún modo.

***

La radio cobra vida a las tres de la madrugada.

Isabel está obsesionada con saber más sobre esa colonia de supervivientes que se está creando en algún centro comercial abandonado. Cada vez hay más conversaciones sobre ella; se cortan, tan solo conseguimos escuchar trozos inconexos, pero alguien ha mencionado que ya hay más de doscientas personas bien organizadas. Así que mantengo la radio encendida, conectada a unos paneles solares.

—...Morana. Si estás escuchando, da señales de vida de una jodida vez.

Mierda.

Me levanto con cuidado. Sin hacer ruido para no despertarla. La perra alza la cabeza cuando me muevo, pero decide que es mejor seguir durmiendo. Bajo las escaleras del sótano y se me revuelve el estómago al escuchar su voz.

—El mundo se ha ido a la mierda, pero nosotros prosperamos. Como siempre dijimos que haríamos cuando llegase el momento.

Hijo de puta.

Su voz no ha cambiado. Ese tono de superioridad, esa calma calculada. Viktor siempre hablaba como si supiese algo que los demás no sabíamos. Y lo peor de todo es que normalmente tenía razón.

—Si me estás escuchando, tengo una propuesta para ti. Una oferta que te interesará. Mucho. La Corporación ya no existe, pero lo que estoy construyendo es mejor. Más grande. Y te necesito a mi lado. Tengo buena gente, pero nadie como tú.

Aprieto tanto los puños que las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Contacta por la frecuencia segura, ya sabes cuál. Piénsalo. No tardes demasiado. El mundo ha cambiado. Un mundo nuevo se está formando, Morana. Y los que no elijan bando pronto... bueno, ya sabes cómo funciona esto. Seremos los dueños de todo.

Una pausa. Estática.

La transmisión se corta.

Me quedo mirando la radio y mis manos tiemblan. No de miedo. De rabia. De algo más oscuro que no quiero nombrar y tampoco quiero que vuelva.

Hace dos años que no escuchaba su voz. La Corporación le había enviado a algún lugar de África después de un trabajo que se le fue de las manos y acabó con muchos más muertos de los que

estaban previstos. Tenía esperanza de que el fin del mundo me habría librado de él. Pensé que tendría la decencia de desaparecer como el resto de la Corporación.

Pero Viktor no muere.

Viktor sobrevive.

Es lo único que sabe hacer.

Recuerdo la última vez que le vi. En una cafetería en Praga, con la lluvia golpeando con fuerza los cristales. Me ofreció crear una organización paralela. Dijo que juntos podíamos construir algo grande. Que el mundo estaba podrido, que la Corporación llevaba demasiados años sin cambios y se necesitaba algo nuevo. Que nosotros dos éramos los únicos lo suficientemente fuertes como para intentarlo.

Le dije que no.

No le gustó.

—Puto Viktor —mascullo entre dientes.

—¿Son otra vez esos hombres?

Me giro de un salto. No la había escuchado. Isabel está en las escaleras, los brazos cruzados sobre el pecho, el pelo revuelto.

—Sí, lo mejor es ignorarles y seguir aquí escondidas. Si están por este estado, causarán problemas —gruño, apagando la radio.

—¿Qué quieren? —insiste Isabel

—Poder. Es lo único que les interesa. Vamos a la cama. En esta cabaña estamos a salvo. No debes preocuparte —le aseguro, llevándola de la mano hacia el dormitorio.

CAPÍTULO 17

Arizona

Tres días más tarde, el fuego crepita en la chimenea y, fuera de la cabaña, el viento arrastra hojas secas contra las ventanas. Esta mañana hemos dejado pasar las horas haciendo el amor y cada vez me convenzo más de que podríamos quedarnos aquí para siempre.

Pero Isabel tiene otros planes.

—He estado pensando en las transmisiones de radio —dice de pronto, removiendo las brasas con un palo.

—Mierda —suspiro.

—Tengo la dirección de esa colonia —añade—. No está lejos de aquí.

—Ya hablamos de esto. Es muy peligroso —le recuerdo negando lentamente con un gesto de desesperación.

—No, tú hablaste. Yo te escuché —corrige, girándose hacia mí —. Ahora me toca a mí.

Resoplo. Sabía que este momento llegaría. Isabel está totalmente obsesionada con esa estúpida colonia. Piensa que esto es algo temporal; todavía espera que el ejército tome el control, que alguien nos devuelva la electricidad como por arte de magia, que la gente como Viktor se evapore de pronto.

—Mis padres están ahí fuera, Arizona. Vivos o muertos, no lo sé. Pero si hay algún lugar donde la gente se está organizando, ese es el sitio al que irían. Los conozco bien. Mi padre siempre decía que en una crisis hay que buscar a otros, formar grupos, colaborar entre todos y encontrar soluciones. Además…

—Tu padre no ha visto lo que yo he visto —la interrumpo.

—¿Y qué has visto tú exactamente? —pregunta, alzando la voz y cruzando los brazos sobre el pecho—. Porque llevas tres días hablando de lo peligroso que es todo, de que no podemos fiarnos de nadie, de que las comunidades son trampas. De que lo único que podemos hacer es seguir encerradas en una pequeña cabaña aisladas de todo. Pero nunca me explicas por qué estás tan segura de lo que dices.

—Porque lo estoy. Si te parece que lo que vivimos en la ciudad era malo, no te puedes ni imaginar cómo pueden estar las cosas a estas alturas.

—Eso no es una respuesta —chilla.

Molly levanta la cabeza, alertada por el tono de Isabel. Nos mira a una y a otra como si estuviese siguiendo un partido de tenis.

—Mira, aquí estamos a salvo. Tenemos de todo como para aguantar meses. Incluso si las conservas se acaban, en este bosque hay caza y en el arroyo peces. La cabaña es prácticamente invisible desde cualquier camino. Hay leña de sobra para mantenernos calientes. Podemos quedarnos meses sin que nadie nos encuentre. Mientras el mundo decide si se va completamente a la mierda o hay una solución a todo esto.

—¿Y luego qué?

—Luego vemos cómo se desarrolla todo. Podemos seguir escuchando esa jodida radio si quieres. Vamos a dejar que la situación se desarrolle sola. Si dentro de un par de meses esa colonia sigue existiendo y es un lugar seguro, podemos ir. De momento, ya sabes mi opinión. Son una pandilla de gilipollas que están cavando su propia tumba. Al dar su ubicación exacta, lo único que consiguen es atraer a gente muy peligrosa. Cuando las cosas se calmen, entonces valoramos opciones.

—No puedo quedarme aquí escondida mientras mis padres podrían estar buscándome. Mientras podrían necesitar ayuda —se queja, negando rápidamente con la cabeza.

—Isabel, por favor...

—¡No! —insiste, alzando de nuevo el tono de voz—. Entiendo tu lógica. Entiendo que es más seguro quedarse y quizá hasta te doy la razón en eso. Pero no puedo. Simplemente no puedo —repite.

—Las comunidades organizadas son objetivos fáciles —le explico, tratando de mantener la calma lo mejor que puedo—. Son recursos concentrados, estructuras de poder emergentes, gente que busca con desesperación que alguien les diga qué hacer, cómo sobrevivir. Es lo perfecto para alguien que quiere hacerse con el poder. Una presa demasiado fácil.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Y ahí está. El momento que llevaba temiendo desde que la conocí. Desde que decidí no dejar que la violasen en aquel callejón.

Me levanto y camino hacia la ventana, ordenando mentalmente mis palabras. Fuera, el bosque está ya oscuro, apenas iluminado por una luna menguante.

—Porque es exactamente lo que yo haría, Isabel —admito con un suspiro de rendición.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Morana. El nombre que escuchaste en la radio. A la que esos hombres estaban buscando...

—¿Qué pasa con ese nombre?

—Soy yo —confieso, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro casi inaudible.

Isabel no se mueve. No parpadea. Solo espera. Petrificada.

Y el silencio se extiende por lo que parece una eternidad.

—¿Esa que dijeron que seguramente estaría degollando a gente con un cuchillo solo por diversión?

—Morana era mi nombre de trabajo. Me lo pusieron en Europa del Este, tras mi primera víctima, cuando todavía era una niña a la que estaban adiestrando —confieso, pasándome una mano por el pelo—. Es el nombre de la diosa eslava del invierno y de la muerte. Muy poético, supongo.

—Joder, Arizona... —suspira, llevándose ambas manos a la boca.

—Déjame terminar, por favor. Si no lo digo ahora, no lo diré nunca —suplico, tragando saliva—. Trabajaba para una organización llamada la Corporación. Hacíamos trabajos que nadie más quería hacer y éramos muy fiables. Limpieza, lo llamaban. Yo era una de las mejores.

—¿Limpieza de qué? Déjalo, prefiero no saberlo —se apresura a aclarar.

—De personas. De cualquiera que fuese incómodo para alguien que pudiese pagar nuestros servicios.

Otra vez silencio. Pero Isabel sigue sin moverse. Sin huir. Solo escucha, con esa expresión suya de científica procesando datos.

—La mayor parte de mis trabajos no eran buenas personas. Pero eso no cambia nada.

Isabel se sienta despacio en el sofá. Molly se acerca a ella y apoya la cabeza en su regazo. La perra me mira ahora con desconfianza, como si pudiese entender lo que acabo de decir.

—Te dije que hacía muñecas de paja tras lo de Lucía. No son mi firma, ni un trofeo como pensaban algunos de mis compañeros. Son… no sé. Una penitencia. Era la única manera que tenía de decirle a mi víctima que lo sentía. Un modo de reconocer que lo que hacía estaba mal, que sabía que estaba mal, aunque siguiese haciéndolo.

—¿Por qué seguías haciéndolo? —pregunta con un sollozo.

—Porque no sé hacer otra cosa. Porque es lo único que me enseñaron desde que era una niña y esa organización se hizo cargo de mí. Porque después de un tiempo ya no te importa un cadáver más o menos —admito, dejándome caer en el sillón frente a ella—. Porque es más fácil no pensar. No plantearte si lo que haces está bien o mal.

Isabel entierra las manos en el pelo de Molly, pero todo su cuerpo está temblando.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —pregunta confusa—. Podrías… no sé, podrías no habérmelo contado nunca. Supongo que

estás bastante acostumbrada a guardar ese tipo de secretos, ¿no? ¿Qué ha cambiado?

—Porque pensé que este evento Miyake, o como se llame, era mi oportunidad para vivir una nueva vida, sin mi pasado, sin la Corporación. Creí que podría enterrar a Morana para siempre y ser simplemente Arizona. Porque si vamos a cualquier comunidad, alguien podría reconocerme. Hay gente del gremio por todas partes, y un apocalipsis no cambia ese tipo de cosas. Y porque… —hago una larga pausa y por primera vez, me siento vulnerable, vulnerable de verdad—. Porque me importas y prefiero que lo sepas por mí. Que tengas la opción de irte antes de que sea demasiado tarde.

—¿Irme?

—Alejarte de mí. De esto —agrego, haciendo un gesto vago con el dedo en el que pretendo señalar el espacio entre nosotras—. Ahora sabes quién soy. Lo que hice. Más de cien personas ya no respiran por mi culpa. Si quieres coger tus cosas y buscar a tus padres sola, lo entiendo. No te detendré. Si sigues empeñada en ir a esa colonia de supervivientes, te acompañaré hasta allí y desapareceré de tu vida para siempre. No me volverás a ver. Pero sigo pensando que es peligroso.

Molly suspira.

—¿Más de cien personas? —repite.

—Sí. No llevo la cuenta.

—Y las muñecas eran tu manera de pedir perdón.

—Una manera patética. Pero sí.

—¿Cuándo fue la última vez?

La pregunta me pilla desprevenida.

—¿Qué?

—La última vez que mataste a alguien por dinero. Para esa Corporación o como se llame. ¿Cuándo fue?

Pienso. Hago cuentas.

—Cuatro meses. Quizá un poco más.

—Joder.

—Lo siento… yo… pensé que podría vivir una nueva vida. Cuando todo se fue a la mierda, creí que sería mi oportunidad de romper con todo. Pero supongo que este mundo no deja de ser una variante de mi antigua vida, solo que la violencia ahora está permitida y no tiene consecuencias.

Isabel se levanta. Lento, muy lento, como si se estuviese librando una gran batalla en su interior. Camina hacia mí y se arrodilla frente a mi sillón, cogiendo mis manos entre las suyas.

—Yo no soy nadie para perdonarte —admite, dejando escapar un larguísimo suspiro—. Esas personas tenían familias. Tenían vidas. No me corresponde a mí decirte que está bien, que no pasa nada, porque sabes que no lo está.

—Lo sé.

—Pero puedo elegir a la mujer que quiero a mi lado —continúa, apretando mis manos—. Y te elijo a ti. No a Morana. A ti. A Arizona. A la mujer que me salvó en un callejón, a la que volvió a por una perra herida, a la que arriesgó su vida y se quemó los brazos para salvar a gente que no conocía de un edificio. A la que

lee poesía en polaco y guarda un dibujo de una niña a la que no pudo salvar. Esa mujer no es ningún monstruo. No ahora, al menos.

—Isabel, no sabes lo que estás...

—Sé exactamente lo que estoy haciendo —me corta, dejando escapar una pequeña sonrisa—. Estoy eligiendo a una asesina retirada en medio del apocalipsis porque me he enamorado de ella. Mi madre estaría muy orgullosa.

—Eres idiota, joder —murmuro, besando su frente mientras se me escapa una risa nerviosa.

—Pero voy a ir a la colonia —añade, poniéndose de pie—. Voy a buscar a mis padres. Voy a intentar construir algo en medio de todo este desastre. Voy a ayudar a que el mundo regrese a la normalidad si es que eso es posible. Y me gustaría que vinieses conmigo.

—Sabes que es peligroso.

—Lo sé.

—Viktor y sus hombres irán a por cualquier comunidad organizada. Es el movimiento lógico. Recursos, control, poder. Es lo primero que haría cualquiera con su mentalidad —le recuerdo.

—Lo sé.

—Sabes que si me reconocen, si alguien sabe quién fui, nos echarán. O algo mucho peor.

—Lo sé. ¿Vienes o no? —protesta, cruzándose de brazos.

—Es una decisión tácticamente estúpida —me quejo.

—Totalmente.

—Podríamos morir.

—Podríamos —admite, encogiéndose de hombros—. O podríamos encontrar a mis padres. Construir algo. Tener una vida que merezca la pena vivir en lugar de simplemente sobrevivir perdidas en una cabaña en medio de la nada.

Pienso en los últimos tres días. En los libros que he leído mil veces. En las noches mirando al techo, contando las muñecas de paja que dejé atrás como un rosario macabro.

Pienso en Lucía. En su dibujo inacabado. En sus ojos llenos de esperanza mientras su vida se apagaba.

Pienso en Isabel. En el modo en que me mira como si fuese algo más que una asesina. Como si pudiese ser alguien algún día.

Todo mi entrenamiento me dice a voces que quedarme aquí es la opción correcta. La única, en realidad, porque ir a esa jodida colonia es un suicidio. Viktor la atacará tarde o temprano.

—Está bien, salimos al amanecer —accedo, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—Gracias —susurra, inclinándose para besar mis labios.

—Eres imposible.

—Y tú eres una borde —bromea, escondiendo los dedos en mi pelo y despeinándome—. Hacemos un buen equipo.

CAPÍTULO 18

Isabel

Llevamos dos días caminando sin descanso y estoy agotada.

El denso bosque en el que se esconde la cabaña de Arizona ha dado paso a suaves colinas cubiertas de hierba seca y el sol calienta más de lo que es habitual en esta época del año. Molly trota delante de nosotras, olisqueando cada arbusto como si fuese el primero que ve en su vida.

Arizona camina a mi lado, atenta a todo. Siempre vigilando. Ni un minuto de relajación.

—Sé que odias la idea de que vayamos a esa colonia, y te agradezco el esfuerzo que estás haciendo —le aseguro mientras subimos una cuesta.

—Ningún sitio es totalmente seguro ahora mismo. Si están bien organizados y tienen armas, los números pueden ayudar —explica, pegando con disimulo una patada a una piedra que rueda colina abajo.

—También es posible que tengan preguntas. Sobre ti.

Arizona no responde de inmediato. Sigue caminando, la mirada fija en algún punto lejano.

—Las preguntas puedo manejarlas. Es Viktor el que me preocupa.

No hemos vuelto a hablar de él desde aquella noche en la cabaña. Pero sé que continúa ahí, en su mente. Una sombra que no desaparece nunca.

—¿Sigues creyendo que atacará la colonia?

—No lo creo. Lo sé. Esa y todas las que encuentre. La única pregunta es cuándo —gruñe, deteniéndose solo un momento para mirarme—. Viktor intentará crear una especie de reino de terror y una colonia de ese tamaño es fundamental para él. Debe tenerla bajo control para que cualquier otro asentamiento más pequeño pierda la esperanza. A las personas se las maneja mucho más fácil cuando la esperanza ha desaparecido. Sueña con conseguir un imperio sobre las cenizas del antiguo mundo. Un reino en el que él dicta las leyes. La única posibilidad de que no ataque la colonia es que alguien forme un grupo más grande y más violento y acabe con él. Pero seguiríamos con el mismo problema o peor.

—¿Eso podría ocurrir?

—Podría. Desgraciadamente, la historia nos enseña que siempre existe la posibilidad de que aparezca un pez más grande… y más agresivo. La humanidad tiene una extraña habilidad para superarse a sí misma en todo lo relacionado con la violencia o el poder —suspira pensativa.

Continúa caminando en silencio y pienso que debo estar loca para empezar a enamorarme de una mujer como Arizona. Anoche, tuve pesadillas, la veía matando a personas inocentes. Quiero pensar que ha cambiado, pero ¿puede cambiar? Es lo único que

sabe hacer. Esa organización la secuestró cuando era solo una niña. Solo conoció violencia. Fue educada para bloquear las emociones, para no sentir el dolor. Para matar.

A veces lo pienso, quizá solo la tengo idealizada porque me salvó en aquel callejón, porque me ha mantenido con vida durante estos días. Es posible que yo tampoco sea una buena persona y me esté convenciendo a mí misma de que me empiezo a enamorar cuando en el fondo tan solo la utilizo para sobrevivir.

Joder, eso sería horrible.

Sé que siento algo por ella. Espero de verdad que no me decepcione.

Pero hay tantas cosas que todavía no sé. Tantas capas que no he llegado a ver. Cada vez que creo que la entiendo, descubro algo nuevo. Algo que me hace preguntarme quién es Arizona en realidad. La antigua Morana o esa mujer de pocas palabras que me mira como si fuese lo más precioso del mundo cuando hacemos el amor.

Los gritos nos llegan antes de que podamos verlos.

Arizona se detiene en seco, instintivamente lleva la mano a la culata de la pistola. Molly gruñe, el pelo del lomo erizado.

—Quédate aquí —ordena.

—Ni de coña.

Me lanza una mirada que da un poco de miedo, pero no discute. No hay tiempo.

Corremos hacia el sonido. Detrás de una loma, junto a un viejo coche volcado, uno de esos pocos que todavía funcionan, hay una escena que me revuelve el estómago.

Una familia. Un hombre, una mujer, dos niños. El hombre está en el suelo, tratando de levantarse, sangrando abundantemente por la cabeza y el brazo derecho. La mujer protege a los niños con su propio cuerpo. Y alrededor de ellos, cuatro tipos con palos y cuchillos.

Saqueadores. Los hemos visto antes, de lejos. Gente que ha decidido que es más fácil robar a los demás que buscar comida. Siempre pensé que en una situación de crisis la gente se ayudaría, que todo el mundo colaboraría con lo poco que tuviesen. Era lo que decía mi padre. Empiezo a pensar que Arizona tiene razón. Las situaciones de este tipo sacan lo peor del ser humano y están mejor adaptadas para los violentos, para aquellos que no responden a reglas ni conceptos morales.

—Dame todo lo que tengas, puta —gruñe uno de ellos, acercándose a la mujer—. Y quizá dejemos vivir a los críos.

Arizona no dice nada. Solo camina hacia ellos en silencio.

Es como ver una tormenta desatarse. Un momento está a mi lado, al siguiente está entre ellos.

El primer tipo cae antes de entender qué está pasando, su rodilla destrozada por una patada que ni siquiera ve venir. Se derrumba gritando, sus manos sujetando la articulación rota. El segundo recibe un codazo en la garganta que le deja en el suelo, agarrándose el cuello, haciendo sonidos horribles mientras intenta respirar.

Los otros dos reaccionan. Tarde, pero reaccionan. Uno levanta el cuchillo, apuntando a Arizona. Error.

Le agarra la muñeca, gira y el cuchillo acaba en el vientre de su dueño. El grito que suelta es casi animal. Se desploma, la hoja todavía clavada en su estómago, la sangre empapando sus ropas.

El último intenta huir. Es el más listo de los cuatro, pero no lo suficiente. Molly le alcanza antes de que llegue muy lejos, los dientes clavados en su pantorrilla hasta que Arizona llega. El hombre cae de bruces, gritando, tratando de quitarse a la perra de encima.

—Molly. Suelta.

La perra obedece de inmediato. Se sienta junto al hombre caído, enseñando los colmillos mientras gruñe, mirándole con esos ojos oscuros que dicen claramente: "Intenta moverte y te arranco la garganta".

Todo ha durado poco más de un par de minutos.

—Joder —susurro, corriendo hacia la mujer.

Por mucho que la haya visto pelear, dudo que algún día me acostumbre a esto. No solo a la eficiencia, sobre todo a la ausencia total de emociones mientras lo hace. No hay rabia ni ira. Está en calma.

El hombre intenta ponerse delante de su mujer, protegerla a ella y sus hijos, aunque apenas puede mantenerse en pie.

—No vamos a haceros daño, tranquilo. Déjame ver ese brazo. Sangra mucho —le dice, levantando las manos en señal de que no pretende causar ningún problema.

El hombre duda. Mira a su mujer. Ella asiente lentamente con la cabeza.

Me acerco mientras Arizona examina la herida. No es profunda, pero necesita limpieza y vendaje. El hombre nos dice que se llama David. Su mujer Alexandra. Los niños son Leo, de seis años, y Sara, de cuatro. La niña tiene el pelo oscuro y unos ojos enormes. Y Arizona se ha quedado paralizada al verla.

Lucía. Debe estar viendo a Lucía.

No creo que se le parezca, sería casi imposible, pero supongo que está teniendo algún tipo de flashback. El pelo oscuro. Los ojos demasiado grandes para su cara. Todo lo que Arizona perdió, concentrado en una niña que acaba de salvar.

Sara, ajena a todo, se suelta de la mano de su madre y corre hacia Arizona. Se agarra a sus piernas, llorando.

—Gracias. Eres muy buena —dice entre sollozos.

Arizona se queda inmóvil. La mano cerca de la empuñadura de la pistola, la otra mano rígida, pegada al cuerpo, sin saber qué hacer. Su expresión es... no sé cómo describirla. Dolor. Miedo. Puede que algo más profundo que no tiene nombre.

Durante un segundo terrible, creo que va a apartarse. Que el fantasma de Lucía es demasiado fuerte. Que no puede seguir y le romperá el corazón a esa cría.

Luego, lentamente, con torpeza, se arrodilla y la abraza.

Es un abrazo demasiado rígido, como si no supiese cómo hacerlo. Como si hubiese olvidado que los abrazos existen o nunca hubiese abrazado a nadie. O quizá nunca la abrazaron a ella cuando era una niña. No lo sé. El caso es que poco a poco se relaja. Cierra

los ojos y acaricia el pelo de la cría con una ternura que me desarma.

Y una lágrima solitaria rueda por su mejilla.

CAPÍTULO 19

Isabel

Nos encuentran antes de que los encontremos a ellos.

Tres figuras emergen de entre los árboles, sus rifles apuntando de manera amenazante, dispuestos a disparar. Arizona se tensa, pero no saca el arma. Molly gruñe.

—Alto. Identificaos —ordena el que parece estar al mando.

Es un hombre de unos cuarenta años, pelo canoso cortado casi al cero, postura militar. Los otros dos son más jóvenes, se les ve un poco nerviosos. Novatos.

—Somos supervivientes —explico, levantando las manos—. Buscamos refugio. Hemos escuchado por la radio que existe una comunidad por aquí que se está organizando y…

—¿De dónde venís? —me corta.

—De Seattle. O lo que queda de esa ciudad —respondo.

El hombre se acerca a mí y me examina. A continuación, a Arizona. Le indica que deje en el suelo muy despacio las armas y la mochila. Se detiene en ella más tiempo del necesario. Reconoce algo. Quizá la forma en que se coloca, siempre lista para moverse. Quizá sus cicatrices o los brazos bien definidos.

—¿Militar? —pregunta, dirigiéndose a Arizona.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Seguridad privada.

No es mentira del todo, supongo. Tampoco es toda la verdad. Pero el hombre asiente. Imagino que es una explicación que Arizona ha tenido que dar unas cuantas veces a lo largo de su vida.

—¿Y ellos? —inquiere, señalando a la familia.

—Nos encontraron hace unas horas. Fuimos atacados por un grupo de saqueadores mientras veníamos hacia aquí. Nos ayudaron. Richard me está esperando, hablamos por radio, soy médico —explica David.

El hombre que está al mando asiente lentamente con la cabeza y su expresión cambia por completo, como si llevasen tiempo esperando por el médico y su familia y ya los diesen por perdidos.

—Esa mujer nos salvó la vida —continúa David—. Eran cuatro contra nosotros y ella se encargó en un par de minutos.

El hombre de pelo canoso observa a Arizona con renovado interés.

—¿Cuatro?

—Sí. Me ayudó la perra —explica, haciendo un gesto con la barbilla hacia Molly, que gruñe desconfiada pegada a mis piernas.

—¿Armados?

—Cuchillos y palos.

—¿Bajas?

—Ninguna nuestra. Ellos... no lo sé, uno de ellos puede que esté muerto.

El hombre casi sonríe. Casi.

—Soy el sargento Torres. O lo era al menos, aunque todo el mundo me sigue llamando sargento. Seguidme. Richard querrá hablar con vosotros.

***

La colonia es más grande de lo que esperaba.

Un antiguo centro comercial, bastante aislado de cualquier zona urbana, reconvertido en una especie de fortaleza. Han bloqueado los accesos principales con autobuses volcados y contenedores de obra, reforzados con planchas de metal y sacos de arena. Han montado puestos de vigilancia en cada esquina usando andamios de construcción, protegidos con lonas y palés de madera. Alambre de espino en el perímetro exterior. Profesional. Parece que hay alguien que sabe lo que hace.

La entrada principal ha sido tapiada y nos conducen a través de una de las antiguas puertas de carga que dan acceso al almacén, ahora flanqueada por barriles llenos de tierra que sirven como barricadas. Dos guardias más esperan ahí, armados con rifles de caza.

Dentro, en la zona principal, el cambio es aún más impactante.

Hay gente por todas partes. Más gente de la que he visto desde que empezó todo. Familias, parejas, niños jugando en lo que solía ser la zona de restaurantes. Una mujer tiende ropa en una

cuerda entre dos columnas. Un grupo de hombres trabaja en algo que parece un generador improvisado. Hay sonido de voces, de risas, de vida.

—Es increíble —susurro—. Siento casi como si hubiese vuelto a la civilización.

Me había acostumbrado al silencio. Al eco de nuestros propios pasos. Esto es... diferente. Esto es esperanza.

Arizona no dice nada, pero puedo ver cómo lo evalúa todo. Las entradas, las salidas, los puntos débiles, las líneas de fuego. Cuenta mentalmente los guardias, mide las distancias, identifica posiciones de cobertura. Su cerebro nunca para. Es a la vez fascinante y un poco triste.

¿Alguna vez podrá mirar un sitio sin buscar maneras de defenderlo?

¿O de atacarlo?

El sargento Torres nos guía a través del mercado improvisado que han montado en el atrio central. La gente intercambia lo poco que tiene: comida, ropa, herramientas. Una economía primitiva renaciendo de las cenizas, aunque uno de los hombres que nos acompaña nos explica que todo lo importante se pone en común.

—¿Cuánta gente hay aquí? —pregunto curiosa.

—Doscientos doce, contando a los que llegaron ayer —explica Torres, mirando hacia atrás—. Doscientos dieciocho si os quedáis.

Nos conduce hacia una antigua tienda de deportes. Dentro, sentado detrás de un mostrador, hay un hombre de unos cincuenta

años, está perdiendo el pelo, lleva unas gafas gruesas de pasta y su tamaño indica que en su juventud debió ser muy atlético.

Levanta la vista cuando entramos.

—Richard —anuncia Torres—. Ha llegado David, el médico que estábamos esperando, con su familia. Van acompañados de dos mujeres, una con entrenamiento militar y de un perro pastor alemán.

La conversación dura casi una hora.

Richard hace preguntas. Muchas preguntas. De dónde venimos, qué hacíamos antes, qué habilidades tenemos, si tenemos familia buscándonos, si alguien nos persigue. Es metódico, cuidadoso. Muy cuidadoso. El tipo de líder que ha aprendido a desconfiar, pero que también sabe que necesita gente si quiere proteger la colonia.

—Arizona nos salvó —le recuerda la niña de cuatro años antes de irse con su familia a la zona que les tienen reservada.

Noto cicatrices en sus manos. Y la forma en que se mueve sugiere una lesión en la espalda que nunca terminó de sanar.

—Era bombero —explica al notar que estoy pendiente de sus manos—. Treinta años. Hasta que el mundo decidió quemarse de verdad.

—¿Cómo empezó todo esto? —pregunto, señalando alrededor con el dedo—. La colonia. Es impresionante.

—Éramos veinte cuando llegamos aquí. El segundo día después del apagón. Pensamos que sería algo temporal, ya sabes, que el ejército vendría. La zona en la que vivíamos se fue pronto a la

mierda —admite con una risa amarga—. Nadie vino, por supuesto. Así que empezamos a construir. A aceptar a mucha gente. A rechazar a otros.

—¿Rechazar? —inquiero, alzando las cejas.

—No todo el mundo merece un lugar aquí. Algunos vienen a aprovecharse de la comunidad, no a ayudar. Otros traen problemas que no podemos manejar. Drogas, alcohol, violencia —explica mientras me clava la mirada—. Tenemos que ser selectivos. Es la única manera de sobrevivir. No sé cuándo volverá la normalidad, si es que un día vuelve.

Solo asiento lentamente con la cabeza y ruego en mi interior que decida que podemos quedarnos.

—Así que eres física —repite cuando le digo mi profesión—. ¿Sabes algo de medicina?

—Casi nada. Lo básico. Primeros auxilios, anatomía general.

—Más de lo que sabe la mayoría. Nuestra enfermería necesita ayuda. ¿Te interesaría? Ya conoces a David, llevábamos un tiempo esperando que llegase un médico.

Desvío la mirada hacia Arizona, que asiente de un modo casi imperceptible.

—Sí. Me interesaría. Quiero ayudar. Haré lo que pueda —le aseguro.

Richard se gira a continuación hacia Arizona, aunque su expresión cambia por completo.

—Y tú. Torres me ha contado lo de los saqueadores. Cuatro hombres armados. Tú sola —expone, mirándola por encima de sus

gafas de pasta.

—Me ayudó la perra.

—¿Dónde aprendiste a pelear así?

Una larga pausa. Arizona elige sus palabras con cuidado.

—En muchos sitios diferentes. Durante muchos años.

—¿Ejército? ¿Operaciones especiales?

—No exactamente.

—¿Entonces qué exactamente?

El silencio se estira demasiado. Richard no es estúpido. Seguramente ha tenido que lidiar con mucha gente en poco tiempo y debe confiar en su instinto para evitar problemas. Sabe que hay algo que Arizona no está contando.

—Sector privado —dice al fin—. Seguridad. Protección de personas. A veces... resolución de problemas.

—¿Resolución de problemas?

—El tipo de problemas que requieren habilidades específicas.

Richard la estudia durante lo que parece una eternidad. Luego asiente.

—¿Sois pareja?

—Sí —respondo sin dudar y creo que Arizona se ha quedado algo sorprendida.

—Mira, me importa una mierda a qué te dedicabas antes. Está claro que no quieres hablar de ello. Quizá estabas en algún tipo de operaciones clasificadas del ejército o algo así. No importa. Lo que sí me importa es lo que hagas ahora. Necesitamos gente que

sepa defenderse. Que pueda enseñar a otros a defenderse. Que sepa usar armas y enseñe a otros a usarlas. ¿Puedes hacer eso?

—Sí. No hay problema —murmura Arizona.

—Entonces tenemos un trato —confirma, levantándose y extendiendo la mano—. Bienvenidas a la colonia. Estáis a prueba durante dos semanas. Demostrad que sois útiles y tendréis un lugar permanente aquí. Una cosa más —añade Richard antes de que nos vayamos—. Aquí no toleramos violencia entre los nuestros. Ni robos. Ni abusos. Lo que haya pasado fuera, se queda fuera. ¿Entendido?

—Entendido —decimos casi a la vez.

Richard sonríe.

—Torres os mostrará vuestro alojamiento. No es gran cosa, pero es lo que tenemos. Descansad esta noche. Mañana empezáis a trabajar.

***

Nuestro alojamiento es una antigua tienda de material deportivo en la que han vaciado las estanterías y han colocado colchones en el suelo. Está dividida con telas que cuelgan del techo y dan una intimidad mínima. Hay incluso una lámpara de aceite en una esquina, que proporciona algo de luz. No sé cuánta gente vivirá en esta misma tienda, quizá otras cuarenta personas además de nosotras.

—Creo que lo del sexo se ha acabado por un tiempo —bromeo con un guiño de ojo—. A no ser que puedas ser extremadamente silenciosa.

CAPÍTULO 20

Arizona

—Repítelo otra vez. Y ahora, no te dejes caer hacia la izquierda.

El chico frente a mí, quizá unos diecisiete años, los brazos delgados y el miedo en los ojos, asiente lentamente con la cabeza y levanta los puños de nuevo. Se llama Ethan. Llegó a la colonia con su abuela hace seis días. Nunca ha pegado a nadie en su vida.

—Los pies separados. Las rodillas flexionadas. El poder viene de las piernas, del giro de la cadera, no de los brazos —le repito una y otra vez, aunque no se lo cree.

Lanza un nuevo puñetazo. Torpe, lentísimo, predecible. Lo esquivo sin esfuerzo y le doy un golpecito en el hombro.

—Estás muerto. Otra vez.

Llevamos una hora más o menos así. El sol de media mañana calienta el patio trasero del centro comercial, donde Richard ha montado una zona de entrenamiento improvisada. Hay otros seis alumnos esperando su turno, observando. Algunos toman notas mentales. Otros simplemente intentan no parecer asustados.

Es extraño.

Estas habilidades que usé para matar, ahora quizá sirvan para algo diferente. Para proteger a estas personas. Para darles una oportunidad de sobrevivir cuando el mundo intente matarlas.

Ethan vuelve a atacar. Esta vez, su forma es un poco mejor. El golpe sigue siendo muy lento, pero ya no se inclina hacia la izquierda. Progreso, supongo.

—Mucho mejor. Descansa cinco minutos —ordeno, levantando el dedo pulgar en un intento de darle ánimos.

El chico se aleja, jadeando y agotado. Torres se acerca mientras me paso una botella de agua fría por la frente.

—Tienes paciencia —dice a modo de saludo—. No te imaginaba así.

—¿Cómo me imaginabas?

—No lo sé. Más... dura.

—¿No te parezco lo suficientemente dura? ¿Quieres probar?

—No me refería a eso, pero he visto tus movimientos. Eso no se aprende en un gimnasio.

No respondo. Torres es listo. Supongo que ya ha deducido que mi pasado es algo más oscuro de lo que he contado. Pero también es un hombre práctico. Necesita lo que puedo ofrecer, así que prefiere no hacer las preguntas cuyas respuestas no quiere escuchar.

—¿Crees que pueden aprender? —pregunta, señalando al grupo.

—Algunos. Y depende de lo que consideres aprender. Una cosa es una pelea en un bar y otra muy diferente enfrentarnos a un

ataque de un grupo bien armado y entrenado. Pero eso ya lo sabes —le recuerdo.

—Lo sé. ¿Qué opinas de las defensas? —insiste.

—De nuevo, depende de contra qué nos enfrentemos. Un grupo de saqueadores comunes no osaría atacarnos, pero…

—Pero hay cosas peores —termina por mí.

—Sí, hay cosas mucho peores. Y vendrán, tarde o temprano, si esta situación se alarga, vendrán. Te lo aseguro. Si yo tuviese que atacar estas instalaciones, lo haría desde el sur. Crearía una distracción en la puerta este y atacaría en la zona del sur.

—Tiene lógica —admite—. Tengo un grupo de cazadores bien armados. Sin embargo, las prácticas de tiro quedan totalmente descartadas por razones obvias. No podemos desperdiciar ni un solo cartucho de munición, salvo que alguna de las patrullas de reconocimiento encuentre un arsenal o algo parecido. Y ni siquiera sé si serán capaces de disparar cuando llegue el momento.

—Ya, supongo que los ciervos no te disparan de vuelta si fallas el tiro —murmuro.

—Exacto. Por eso necesito a gente como tú.

—¿Como yo?

—Que haya matado antes —masculla entre dientes.

Por suerte, Sara aparece corriendo, seguida de cerca por su hermano Leo, e interrumpe una conversación que se estaba volviendo demasiado incómoda para mi gusto. Se detiene a unos metros de la zona de entrenamiento, mirándome con esos ojos enormes.

—¡Arizona! —grita, saludando con la mano.

La niña ha venido a verme cada uno de los tres días que llevamos aquí. Mañana y tarde. A veces, se queda mirando el entrenamiento. Otras veces me trae dibujos que ha hecho con los lápices de colores que alguien encontró en una papelería abandonada hace varios días. Ayer me regaló un dibujo de nosotras dos: ella pequeñita, yo alta y seria, Molly, o algo parecido a ella, sentada a nuestros pies.

Lo guardé. No sé por qué. Pero lo guardé.

—Parece que tienes una admiradora —bromea Torres, siguiendo mi mirada.

—Se quedó muy impresionada cuando les ayudé con aquellos saqueadores. Eso es todo —respondo, encogiéndome de hombros.

—Los niños suelen tener buen instinto para las personas.

Prefiero no responder, porque si Sara supiese las cosas que he hecho, no me miraría así.

Nadie lo haría.

***

Al día siguiente, llega un grupo de supervivientes.

El alboroto se escucha desde el patio de entrenamiento. Gritos, pero no de miedo. De alegría cuando algunos refugiados se juntan con sus seres queridos.

—¡Han llegado más! ¡De la zona norte de la ciudad!

Sigo a la multitud hacia la entrada principal. Un grupo de unas quince personas entra por las puertas, sucios, agotados, pero

vivos. Familias enteras. Algunos heridos. Todos con esa mirada de quien ha visto demasiada crueldad y violencia en tan solo unos días.

Richard les recibe con esa cortesía siempre distante y atenta. Evaluando, organizando. Torres dirige a los recién llegados hacia la zona de recepción donde se les interrogará y se les asignará un espacio. Pronto, no habrá sitio para todos, espero que lo tengan en cuenta.

Y, de pronto, lo escucho.

—¡ISABEL!

El grito de una mujer. Desesperada. Rota de emoción.

Me giro y, entre el grupo de supervivientes, una mujer de unos sesenta años corre hacia la puerta de la enfermería. Detrás de ella, un hombre de una edad similar intenta seguirle el paso.

Isabel sale corriendo del edificio y se abraza a ella llorando. El padre se une al abrazo, dejando escapar también las lágrimas sin importarle quién pueda estar mirando.

Me quedo atrás. Observando. Al final lo ha conseguido. Ha encontrado a sus padres. Tenía razón. Han venido al sitio en el que se han organizado los supervivientes, buscando la protección de los números. Supongo que para ellos puede tener sentido.

A mi alrededor, se producen dos o tres reencuentros similares. Una mujer abraza a un hombre que debe ser su hermano. Un anciano llora sobre el hombro de alguien más joven. Lágrimas de alivio, de alegría, de incredulidad.

Supongo que yo alguna vez tuve una familia. Quizá me quisieron, pero no lo recuerdo. Mis recuerdos empiezan ya dentro de

la Corporación, con sus duros entrenamientos, con sus castigos físicos en los que aprendíamos a soportar el dolor.

Los recuerdos de mi niñez están llenos de lágrimas, nunca de amor.

Isabel me busca con la mirada y señala hacia sus padres. Me dedica una sonrisa hermosa y en sus labios puedo leer "están vivos, ¿te lo puedes creer? Están vivos".

Debería sentir alegría por ella, pero también me preocupa.

Porque los padres hacen preguntas. Los padres quieren saber con quién está su hija. Los padres investigan, juzgan, protegen.

Y cuando sepan quién soy yo o cuando las cosas que puedan ir descubriendo de mí no encajen, no les va a gustar.

Las presentaciones llegan tres horas más tarde, una vez que Torres y Richard han interrogado y alojado a todos los supervivientes nuevos.

—Quieren conocerte —dice a modo de saludo mientras estoy tumbada en nuestra cama—. Les he hablado de ti.

—¿Qué les has contado?

—Que me salvaste la vida. Que estamos juntas —hace una larga pausa—. Lo básico.

Lo básico. Es decir, nada de lo que realmente importa. Nada de Morana. Nada de Viktor. Nada de los fantasmas que me persiguen.

—Isabel...

—Sé lo que vas a decir, joder, Arizona, ya hemos hablado de eso. Es tu oportunidad de empezar desde cero, es un nuevo mundo

y quizá el anterior no regrese nunca. Es una auténtica putada para la mayor parte de la gente, pero para ti puede ser hasta bueno. A ti te da una oportunidad de ser alguien diferente —me asegura, cogiendo mis manos entre las suyas y apretándolas—. Eres la persona que me ha mantenido viva. Eres la persona que he elegido. Mis padres lo entenderán y no tienen por qué conocer toda la verdad. Por favor, Arizona, haz un esfuerzo. Hazlo por mí —insiste.

Los padres de Isabel nos esperan en una de las zonas comunes. Violet, la madre, es una mujer menuda, el pelo canoso recogido en un moño práctico, ojos marrones idénticos a los de su hija. Miguel, su padre, es más alto, ancho de hombros, con las manos grandes y fuertes de alguien que ha trabajado toda su vida.

Me evalúan en cuanto me ven llegar. Miguel con curiosidad. Violet con desconfianza.

Antes de las presentaciones, Isabel se gira hacia su padre.

—¿Habéis sabido algo del tío Eduardo?

Miguel niega con la cabeza, aunque no parece preocupado.

—Estará en su cabaña de Vermont, ya le conoces. Lleva años esperando algo así. Siempre nos hemos reído de él y ya ves, al final tenía razón. Si alguien está listo para sobrevivir, es él.

—Está muy lejos —murmura Isabel.

—Por eso mismo estará a salvo —responde Violet—. Lejos de todo este caos.

Isabel asiente y parece quedarse más tranquila. A continuación, me señala con la mano.

—Mamá, papá... esta es Arizona. Ella me salvó la vida. Varias veces. Como os dije, ahora estamos juntas.

Asiento, incómoda. Trato de sonreír sin conseguirlo. No sé qué hacer con las manos.

—Buenas tardes —saludo sin saber muy bien qué decir.

Su padre se acerca, coge mis manos entre las suyas. Noto cómo registra la frialdad de mi piel, pero no dice nada.

—Gracias —suspira emocionado—. Gracias por cuidar de mi hija.

—Ella también me ha cuidado a mí —le aseguro.

Violet no se mueve. Mantiene la mirada fija en mí y la mandíbula apretada.

—¿Arizona? ¿Es un nombre o un apodo? —pregunta al fin.

—Es como me llama la gente.

Isabel me lanza una mirada de advertencia.

—Es mi nombre. Mi abuela era de ese estado y supongo que a mis padres les gustó —disimulo.

—¿Y qué hacías antes? ¿Antes del apagón?

—Papá... no seas cotilla —protesta Isabel.

—Seguridad privada —respondo sin dudar—. Protección de personas.

—¿Guardaespaldas?

—Algo parecido.

Miguel asiente, pero su madre duda, desconfía.

—¿Y tu familia? ¿Tienes padres? ¿Hermanos?

—No.

—¿No los tienes o no quieres hablar de ellos? —insiste Violet.

—Ambas cosas.

—Ya basta, mamá. Arizona no es tu enemiga. Te repito que estamos juntas —protesta Isabel al ver la hostilidad de su madre.

Más tarde, al atardecer, Miguel me encuentra sola practicando en el patio de entrenamiento.

—¿Molesto?

Me detengo. Sostiene dos tazas humeantes.

—Té de hierbas. Es lo único que tienen, pero está caliente —explica, ofreciéndome una de las tazas—. Mi mujer es una persona un poco difícil —admite sin preámbulos—. Es sobreprotectora. Especialmente con Isabel.

—Es su madre. Supongo que es lo normal.

—Sí, aunque también es injusto. Te está juzgando sin conocerte. Ni siquiera sabe de dónde vienes, pero eso le asusta —me explica, bebiendo un largo sorbo de té.

—¿Y a ti?

Miguel sonríe. Una sonrisa cansada pero auténtica.

—A mí lo que me interesa es cómo te mira mi hija. El modo en que se le ilumina la cara cuando habla de ti. Cómo parece una persona mucho más segura de sí misma en tan solo unas semanas.

—Isabel siempre fue fuerte.

—Sí, pero de otra manera. Mira, antes de ser panadero, estuve en el ejército. Sé que hay cosas que no nos cuentas —continúa—. Cosas de tu pasado. No soy tonto. He visto cómo te mueves, cómo observas todo a tu alrededor. Me recuerdas a los comandos de operaciones especiales con los que me crucé alguna vez. Quizá no quieras hablar de tu anterior trabajo, y lo respeto.

—Señor...

—Miguel —me interrumpe—. Y no te estoy pidiendo que me cuentes nada. No es mi lugar. He vivido lo suficiente para saber que todo el mundo tiene secretos. Algunos peores que otros —añade con una larga pausa—. Solo te pido una cosa. No hagas daño a mi hija. El mundo se ha vuelto loco, todos sus planes de futuro se han ido a la mierda. Ahora parece feliz contigo, pero no pareces el tipo de persona que se queda mucho tiempo en el mismo lugar.

—No voy a marcharme a ningún sitio sin ella —le aseguro.

—Bien, entonces nos llevaremos bien —murmura, asintiendo lentamente con la cabeza antes de levantarse y alejarse de mí.

CAPÍTULO 21

Arizona

La reunión del consejo de seguridad de la colonia comienza a las nueve de la mañana en punto.

Es la primera vez que asisto. Richard me ha invitado después de ver cómo estaba entrenando a los voluntarios de las patrullas de reconocimiento.

—Necesitamos tu perspectiva táctica —me dijo ayer. No estoy muy segura de si es un cumplido o una trampa, pero aquí estoy.

Han preparado café. No sé de dónde lo han sacado, porque teóricamente ya no quedaba nada desde hace días, solo té. Richard preside la mesa, flanqueado por Torres y David, el médico que rescatamos hace unos días. Emily, la jefa de patrullas, se sienta al fondo con los brazos cruzados sobre el pecho. Hay un par de personas más cuyos nombres no recuerdo. Civiles que probablemente tenían trabajos de oficina antes de que el mundo se fuese a la mierda y que se han convertido en las personas de confianza de Richard.

Yo me quedo de pie junto a la puerta. Viejo hábito. Siempre cerca de la salida por si tengo que escapar corriendo.

—Los números son buenos —anuncia Richard, revisando un papel lleno de anotaciones a mano—. Llegaron doce personas más ayer. Familias, sobre todo. Las transmisiones de radio están funcionando. Estamos creciendo.

Hay satisfacción en su voz. Yo diría que incluso orgullo. Ha construido algo aquí, algo verdaderamente importante, y lo ha hecho en apenas unas semanas. Un refugio en medio del caos. Más de doscientas personas que duermen con el estómago más o menos lleno, un techo sobre sus cabezas y una sensación de seguridad.

Es admirable.

También es un problema.

—Las transmisiones son un riesgo cada vez más grande —interrumpo.

Todos se giran hacia mí. Mis palabras les han dolido y creo que ninguno se esperaba que la nueva hablase tan pronto. Mucho menos criticando aquello de lo que están más orgullosos.

—¿Perdona? —pregunta Richard frunciendo el ceño.

—Las transmisiones de radio —repito—. Se están convirtiendo en un problema. Estamos emitiendo nuestra ubicación en abierto. Frecuencias sin cifrar, de continuo, día y noche, con información detallada. Cualquiera que tenga una radio que funcione puede llegar a nosotros.

—Ese es precisamente el objetivo —interviene uno de los ayudantes de Richard, el que se sienta a su derecha, utilizando un tono de voz que parece que le está explicando algo obvio a una niña pequeña—. Queremos que nos encuentren. Hay un montón de

supervivientes que buscan refugio. Familias perdidas. Gente que necesita ayuda.

—Los supervivientes no son los únicos que escuchan —murmuro.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Una señal así no solo atrae a familias perdidas o gente que lo ha perdido todo. Más temprano que tarde, atraerá a grupos organizados. Saqueadores con recursos. No hablo de pequeños grupos de cuatro o cinco personas que viven de lo que pueden robar por los caminos. Hablo de gente que seguramente ya se estará organizando igual que nosotros, pero para un fin totalmente diferente, para obtener el poder sobre todos los demás. Los líderes de esos grupos verán la colonia no como un refugio, sino como un objetivo.

—Tenemos guardias armados —replica el ayudante de Richard —. Muros. Más de doscientas personas. No somos una presa fácil.

—Doscientas personas, la mayoría civiles sin entrenamiento. Muchos niños. Los que llamas guardias de seguridad son cazadores que saben utilizar un rifle, pero que nunca han disparado a otro ser humano. ¿Cuántos crees que podrían hacerlo cuando llegue el momento? La gente de la que te hablo serán antiguos delincuentes, personas que no tienen nada que perder y que aprovecharán las nuevas reglas donde la violencia no tiene consecuencias.

El silencio que se forma a continuación es demasiado incómodo. Richard mira al sargento Torres. El jefe de seguridad aprieta la mandíbula, pero no responde. Sé que piensa más o menos como yo; lo hemos hablado alguna vez.

—¿Qué propones exactamente? —pregunta Richard, su tono de voz mucho más cauteloso ahora—. ¿Quieres que dejemos de transmitir? ¿Que abandonemos a la gente que nos busca? ¿Que les dejemos vagar sin ayuda hasta que mueran?

—Solo digo que debemos ser mucho más cuidadosos. Utilizar códigos de verificación antes de revelar la ubicación exacta. Protocolos para confirmar que quien responde es realmente un superviviente y no alguien recopilando información para un posible ataque —hago una larga pausa, ordenando mentalmente las palabras—. O al menos, que estemos realmente preparados para lo que puede ocurrir cuando alguien con recursos decida que este lugar vale la pena ser atacado.

—¿Por qué estás tan segura de que eso podría llegar a ocurrir? —inquiere Richard, observándome por encima de sus gafas de pasta.

—En cualquier circunstancia de la vida, siempre hay personas que buscan el poder por encima de todo lo demás. Aquí habéis construido algo admirable, estáis ayudando a mucha gente, pero no hemos visto ni rastro del ejército o la policía. Todo indica que más o menos el tercer día tras el apagón perdieron el control de la situación. Al mismo tiempo, nada indica que lo vayan a recuperar pronto, si es que siguen organizados en algún sitio y todavía obedecen órdenes de algún gobierno. Ellos también tienen familias que proteger. Solo digo que tenemos que operar como si no fuese a venir nunca nadie a restaurar el orden, porque no sabemos si eso ocurrirá algún día. Es lo único que nos puede mantener con vida a largo plazo.

De nuevo, todo el mundo desvía la mirada hacia el sargento Torres y la situación se vuelve muy incómoda. Creo que al menos les he hecho pensar.

—Hay un segundo problema —añado—. Más urgente.

Richard deja escapar un suspiro de frustración y se recuesta en la silla. Creo que está demasiado acostumbrado a que todo el mundo le diga lo bien que lo está haciendo y la gran labor que lleva a cabo. No está acostumbrado a las críticas.

—Ilumínanos, por favor —bufa.

—La capacidad. Ahora mismo se acepta básicamente a todo el que llega. Doce personas ayer, ¿cuántas la semana pasada? ¿Veinte? ¿Treinta?

—Veintiocho —confirma Emily desde el fondo.

—¿Y cuánta comida tenemos almacenada? ¿Cuánto durará si la población de la colonia sigue creciendo a este ritmo? Las patrullas de reconocimiento cada vez tienen más problemas para encontrar comida o medicinas. En los últimos tres días no han encontrado nada salvo un poco de fruta que han traído del bosque.

Otro silencio. Este más largo. Richard intercambia una mirada con el médico que me dice todo lo que necesito saber.

—Estamos gestionando los recursos —dice al fin—. Las patrullas traen suministros. Es cierto que en los últimos días menos, pero eso no indica que vaya a seguir siendo así. Tenemos un sistema de racionamiento.

—Un sistema que funciona ahora. ¿Funcionará cuando seamos trescientas personas? ¿Cuatrocientas? ¿Cuándo cada boca

nueva signifique menos comida para los que ya están aquí? Eso sin contar con que el espacio empieza a quedarse pequeño. En el instante en el que la gente se sienta hacinada, será mucho más difícil mantener el orden.

—¿Estás sugiriendo que dejemos de aceptar gente? —protesta Emily, alzando la voz—. ¿Que cerremos las puertas y dejemos que mueran fuera?

—Estoy sugiriendo que en algún momento quizá haya que elegir, pero, en cualquier caso, es algo que habrá que plantearse, no cerrar los ojos y creer que todo va a ir bien para siempre —le explico.

Mis palabras caen como una bomba. Puedo ver cómo impacta en cada rostro alrededor de la mesa. Horror. Incredulidad. En algunos casos, algo que se parece sospechosamente al alivio de que por fin alguien se ha atrevido a decirlo en voz alta.

—Elegir —repite Torres, que claramente ha estado pensando en esa posibilidad—. ¿Y quién decide? ¿Tú? ¿Nosotros? ¿Jugamos a ser dioses y decidimos quién merece vivir y quién no? Lo que propones es muy duro, Arizona.

—No se trata de merecer. Se trata de matemáticas y lógica —indico, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Cuántos médicos tenemos? ¿Cuántos ingenieros? ¿Cuántos saben cultivar, reparar generadores, purificar agua? ¿Cuántos saben cómo disparar un arma? Ahora pensemos… ¿Cuántos contables? ¿Cuántos abogados? ¿Cuántos antiguos influencers de Instagram? Lo siento mucho, pero no todo el mundo puede aportar igual en una sociedad que ha caído en el caos. Las prioridades han cambiado.

—Todas las vidas tienen el mismo valor —rebate Richard, aunque su voz suena menos convencida de lo que probablemente pretende.

—En el mundo de antes, sin duda. En este mundo, una persona que sabe suturar una herida vale más que diez que no saben hacer nada útil con las manos. No es justo. No es bonito. De hecho, es una auténtica putada. En eso estamos de acuerdo. Pero es la realidad.

—Acabas de llegar —interviene un hombre al que no conozco, pelo canoso, gafas; al parecer, era profesor universitario de literatura, según anuncia—. Llevas aquí, ¿qué, una semana? ¿Y ya quieres decidir quién entra y quién se queda fuera?

—Llevo aquí una semana, pero llevo sobreviviendo toda mi vida —gruño, sosteniendo su mirada—. ¿Cuánto tiempo crees que durarán tus principios éticos cuando no haya comida suficiente? ¿Qué hará la gente cuando tenga que elegir entre alimentar a su familia o a la del vecino? ¿Se lo vas a explicar tú a los que monten la primera revuelta porque tienen hambre o quieren más espacio para vivir? No, claro, te quedarás en tu oficina y enviarás al sargento Torres o a las patrullas voluntarias para que pongan orden. Hasta que quizá un día no sean suficientes.

—Eso no va a pasar —dice Richard, pero veo claramente que hay una grieta en su voz. Una duda.

—Eso ya está pasando. Nuestras patrullas de voluntarios cada vez tienen que ir más lejos para encontrar suministros. Todos los lugares cercanos ya están saqueados. Pronto tendrán que visitar alguna zona muy peligrosa y alguna de las patrullas no volverá. Y

cuando eso ocurra, cuando la gente empiece a pasar hambre, ¿crees que seguiremos siendo una comunidad unida? ¿O empezaremos a preguntarnos por qué compartimos la poca comida que queda con desconocidos que llegaron ayer?

Emily se levanta con tanta brusquedad que la silla cae hacia atrás.

—¡Esto es ridículo! —chilla—. No podemos convertirnos en aquello de lo que estamos intentando escapar. Si empezamos a rechazar a la gente que llega a nosotros, si empezamos a elegir quién vive y quién muere, ¿en qué nos diferenciamos de los saqueadores?

—En que la mayor parte de la gente seguirá viva —respondo con un suspiro.

—¿Y de qué sirve sobrevivir si perdemos nuestra humanidad en el proceso? —insiste Richard.

Es una buena pregunta. La que me he hecho a mí misma muchas veces. Y no tengo respuesta para ella.

—Solo para que quede claro —explico, bajando el tono de voz —. Yo no estoy diciendo que cerremos las puertas esta misma tarde o mañana. Reconozco que no soy la persona más indicada para opinar y que no tengo ni idea de cómo se podrían tomar ese tipo de decisiones. Lo que estoy diciendo es que se necesita un plan de futuro. Unos criterios. Un límite. Porque si no lo establecemos nosotros mismos, pensado, meditado y consensuado, lo establecerá la realidad, y eso será mucho más duro.

—¿Y cuál sería ese límite? —pregunta Richard—. ¿Trescientas personas? ¿Cuatrocientas? ¿Dónde trazamos la línea?

—Donde nuestros recursos lo permitan. Crea un comité que calcule cuánta comida podemos conseguir de una forma sostenible, que estudie la posibilidad de tener plantaciones cerca o una pequeña granja. Cuánta agua potable podemos conseguir. Cuánto espacio. Y a partir de ahí, podemos ajustar la población a eso. No al revés. Sé que resulta muy duro decirlo, pero estamos en una situación extrema y, al menos, deberíamos pensarlo. Si se decide que de igual modo se tira hacia delante y se acepta a cualquiera que necesite ayuda, bienvenido sea, pero al menos lo haríamos con conocimiento de causa, sabiendo lo que puede ocurrir.

El profesor universitario deja escapar un soplido de disgusto.

—Nadie sabe cuándo volverá la electricidad, nadie sabe cuándo el gobierno recuperará el control —continúo—. Podrían ser semanas. Meses. Años. Quizá nunca. Y si es nunca, si este es el mundo en el que viviremos a partir de ahora, entonces más vale que empecemos a pensar en el largo plazo. En construir un lugar que pueda durar generaciones y no solo hasta que se acaben las latas de conserva.

Richard se frota los ojos. Parece haber envejecido diez años en los últimos diez minutos.

Emily golpea la mesa con el puño. Nunca le caí bien.

—No tenemos por qué escuchar esto. Es una desconocida. No sabemos nada de ella, ni de dónde viene, ni qué hacía antes. ¿Vamos a dejar que nos diga cómo gestionar nuestra comunidad? —rebate, alzando la voz y ganando el asentimiento del profesor universitario.

—Emily tiene razón en una cosa —admito, caminando hacia la puerta—. No me conocéis de nada. No sabéis lo que he visto ni lo que he hecho. Pero os aseguro una cosa: he sobrevivido a situaciones que harían que esto parezca un campamento de verano. Y lo hice porque entendí una verdad muy simple.

Me detengo en el umbral. Los miro a todos, uno por uno.

—En un mundo sin reglas como el que nos ha tocado vivir, la compasión sin límites es un lujo que puede matar. Primero a los que ayudas. Después a ti.

Salgo antes de que puedan responder.

Isabel se reúne conmigo diez minutos más tarde.

—Tienes cara de que ha ido muy mal —ironiza, sentándose a mi lado.

—Un desastre. No me creyeron. O no quieren creerme. Es más fácil pensar que soy una exagerada.

—¿Y si tienen razón? ¿Y si las cosas no son tan oscuras como crees? —insiste.

La miro. Su mirada todavía está llena de esa esperanza que no entiendo cómo conserva, sobre todo desde que han aparecido sus padres.

—Pues ojalá tengan razón —suspiro—. De verdad. Ojalá yo sea la paranoica y ellos los cuerdos. Es una situación en la que no me importaría en absoluto equivocarme.

CAPÍTULO 22

Isabel

Nuestra peor pesadilla llega dos semanas más tarde.

Escucho los gritos mientras estoy en la enfermería, ayudando a David a cambiar unos vendajes.

—¡Vehículos acercándose! ¡Tres, no, cuatro! ¡Vienen por el camino norte!

Salgo corriendo, al igual que el resto de habitantes de la colonia. La gente se mueve en todas direcciones. Algunos hacia las defensas, otros hacia el interior, buscando refugio. Hemos practicado este escenario cada semana; es algo en lo que el sargento Torres ha insistido mucho, pero nada te prepara para cuando ocurre de verdad.

Arizona está en el muro norte. Inmóvil en una de las defensas, observando a través de unos prismáticos.

—¿Qué ves? —pregunto nerviosa.

No responde. Baja los prismáticos muy despacio. Y entonces veo su cara.

La chispa en su mirada de los últimos días desaparece. Sus ojos se vuelven fríos. Distantes. Es como ver a alguien ponerse una máscara. O quizá quitársela.

Y juro que la temperatura baja un par de grados.

—Arizona. ¿Qué ocurre, joder? —insisto.

—Viktor.

Una sola palabra. Pero es suficiente para que todo mi mundo se venga abajo.

Los vehículos se detienen a cien metros de la entrada principal.

Son cuatro todoterrenos negros, antiguos, de hace mucho tiempo, seguramente de principios de los años 80, reforzados con placas de acero. De ellos bajan varios hombres armados. Diez, quizá alguno más. Disciplinados. Organizados. Nada que ver con los saqueadores que habíamos visto hasta ahora.

Y del vehículo del centro, sale un hombre.

Es más bajo de lo que esperaba. El pelo oscuro peinado hacia atrás, la barba recortada con precisión, un chaleco antibalas bien ajustado a su pecho. Camina con la confianza de alguien que nunca ha dudado de nada en su vida.

Richard sale a recibirlo, flanqueado por el sargento Torres, Emily y otros guardias. Arizona se mantiene atrás, en una de las torres de defensa, con un rifle apoyado junto a ella. Yo me quedo a su lado.

—Soy Viktor —anuncia el hombre con un ligero acento del este de Europa—. Vengo en son de paz.

—Traer a todos esos hombres armados no me parece un gesto muy pacífico —responde Richard.

Viktor sonríe. Es una sonrisa encantadora, carismática. La sonrisa de alguien que podría venderte cualquier cosa. Si no hubiese sido un asesino, antes del apocalipsis seguramente podría haber sido un buen comercial.

—Vivimos en tiempos peligrosos. Uno nunca sabe qué puede encontrar en el camino.

Su mirada recorre la multitud, buscando algo. O a alguien.

Y encuentra lo que busca.

Sus ojos se detienen en Arizona y sonríe.

—Morana. Cuánto tiempo —saluda.

—No el suficiente —responde Arizona desde la torre de defensa.

Viktor se ríe.

—Veo que has encontrado un nuevo... hogar —indica, recorriendo con la mirada el exterior de la colonia—. Encantador. Rústico. ¿Esta es tu nueva vida, entonces? No esperaba verte aquí.

—¿Qué quieres, Viktor? —gruñe.

—Vengo a ofrecer mi protección a la colonia esta o como lo llaméis. Como digo, nos ha tocado vivir en tiempos peligrosos y…

—No la necesitamos —corta Richard, levantando la mano.

—Oh, yo diría que sí la necesitáis. Y mucho. Hay grupos de saqueadores. Bandas organizadas. Gente desesperada dispuesta a todo —de pronto, hace una larga pausa, casi teatral—. Yo estoy construyendo algo diferente. Una federación de comunidades. Protección mutua. Intercambio de recursos. Orden en medio del caos. Una vuelta a la normalidad, o a algo parecido.

—¿A cambio de qué?

—Un tributo razonable. Recursos, mano de obra, alguna diversión para mis hombres, lo que podáis ofrecer. A cambio, garantizaremos que nadie os moleste. Es un buen trato.

Richard mira a Torres. Luego a la multitud. Puedo ver cómo calcula los riesgos.

—No estamos interesados en pagar tributos a nadie.

—Lástima. Eh, no digo que tener a Morana con vosotros no sea una buena protección. No sé qué trato habéis hecho con ella. No os estará saliendo barato, de eso estoy seguro. Solo digo que os vendría bien una protección adicional.

—¿Morana?

Richard mira confuso al sargento Torres, que se encoge de hombros, y Viktor sonríe. Es inteligente, acaba de comprender que Arizona no está aquí vendiendo sus servicios, sino como una habitante más de la colonia. Y de incógnito.

Y en ese instante, sé que todo está a punto de saltar por los aires.

—Ya veo —murmura Viktor, pasándose una mano por la barba —. Os voy a contar una historia. Os resultará muy interesante. Yo antes me dedicaba a los asesinatos. Es un trabajo como otro cualquiera, todos teníamos uno. Trabajaba en algo llamado la Corporación y cada operativo tenía un nombre. No un apodo —explica—. Un nombre. Algo que te definía. Que te convertía en leyenda.

Viktor pasea frente a la multitud como un profesor dando una lección. Todos los ojos están en él. Excepto los míos. Yo miro a Arizona.

Está inmóvil. Parece una estatua de hielo.

—Y no había una leyenda más grande que Morana —añade, señalando con la barbilla hacia la torre donde está Arizona—. Lleva el nombre de la diosa eslava de la muerte y del invierno. Del frío que mata todo lo que toca.

Escucho murmullos. La gente comienza a mirar a Arizona de otra manera.

—En el gremio teníamos un dicho sobre ella —continúa, saboreando cada palabra—. No la busques. Cuando llegue tu hora, sentirás el frío antes de morir.

Escucho varios suspiros.

—No había nadie mejor que ella. Más de cien muertes a sus espaldas. Todas ejecutadas a la perfección, sin dejar ni un solo rastro que la policía pudiese seguir para capturarla. Había una tradición en algunos países de Europa del Este —prosigue Viktor, paseando—. Cada primavera, hacían una muñeca de paja representando a Morana, la diosa de la muerte. Y la ahogaban en el río. Para matar al invierno y así traer la primavera.

Su sonrisa se vuelve cruel.

—Ella tenía su propia versión de esa tradición. Dejaba una muñeca de paja junto a sus víctimas. Era su firma. Su manera de decir: el invierno estuvo aquí y no podréis acabar con él.

Más murmullos horrorizados. La gente retrocede, alejándose de la torre en la que se encuentra Arizona como si pudiese contagiarles alguna enfermedad.

Las muñecas de paja.

El dibujo de Lucía.

Oh, joder.

—¿Sabíais que la diosa de la muerte se sienta a vuestra mesa? ¿Qué comparte con vosotros vuestros alimentos? Dos días —concluye—. Os doy dos días para pensarlo —repite antes de montarse de nuevo en su Jeep y alejarse entre una nube de polvo.

CAPÍTULO 23

Isabel

El polvo que levantan los vehículos de Viktor tarda varios minutos en asentarse.

Nadie se mueve. Nadie habla. Doscientas personas conteniendo la respiración, procesando lo que acaban de escuchar. El nombre. El número de muertes. La verdad con la que Arizona había estado cargando en silencio desde que la conocí.

Morana.

Las palabras de Viktor se quedan flotando en el aire como la ceniza tras un incendio. Puedo ver cómo impactan en cada rostro. El horror. La incredulidad. El miedo. La gente que estos días bromeaba con Arizona, la misma gente que le pedía consejos sobre defensa personal, que la miraba con respeto, ahora retrocede como si tuviese algo contagioso… o como si se le fuese a ir la cabeza en cualquier instante y matar al que tiene más cerca.

—Todo lo que ha dicho es verdad.

Su voz corta el silencio y los murmullos se convierten en exclamaciones de horror.

—Todos tenemos un pasado. Yo era Morana. Maté a muchas personas. No tengo excusas ni voy a negar lo que ese hombre ha

dicho de mí.

Alguien grita algo que no distingo. Otro le sigue. De pronto, el patio se llena de voces airadas, de insultos, de acusaciones. Arizona no se defiende. No intenta justificarse. Solo permanece ahí, recibiendo cada palabra como si fuese un castigo que lleva años esperando.

—Pero ya no trabajo para nadie —continúa, alzando la voz por encima del ruido—. Llevo varias semanas con vosotros y siempre he ayudado a todo el que me lo ha pedido. Si queréis que me vaya, me iré. Solo os diré una cosa: lo peor que podéis hacer es confiar en Viktor. Incluso para un asesino, es lo peor. No tiene ningún tipo de moral.

Viktor es inteligente. Ha conseguido exactamente lo que quería. Les ha mostrado al monstruo. Ha dividido a la comunidad. Ahora será mucho más fácil que acepten su propuesta, o que se destruyan entre ellos intentando decidir qué hacer.

Pero ellos no conocen a la verdadera Arizona. Ahora tan solo ven a Morana.

No han visto a la mujer que se rompía por dentro mientras me contaba sobre una niña que murió en Colombia sin llegar a terminar el dibujo que estaba haciendo para ella. No han visto a la que empezó a dejar muñecas de paja, no como trofeo, sino como una penitencia. No han visto a la que me ha mantenido con vida hasta llegar aquí, la que me sostuvo cuando temblaba de miedo, la que eligió venir conmigo a pesar de saber que era una decisión tácticamente estúpida.

Yo elijo ver a esa mujer. La que intenta dejar de ser lo que un día fue.

—¿Sabías todo eso?

El grito de mi madre me golpea como un puñetazo en el estómago. Se ha abierto paso entre la multitud y se coloca frente a nosotras, los brazos en jarra, la cara desencajada.

—¿Sabías que te estabas acostando con una asesina? ¿Con alguien que ha matado a cientos de personas?

—Sabía que Arizona tenía un pasado. Sabía que había matado —admito, respirando hondo y dejando que el aire salga poco a poco —. No me importa el número exacto, pero conozco lo suficiente de ella como para saber quién es ahora.

—¿Quién es ahora? —mi madre prácticamente escupe las palabras mientras sacude la cabeza—. Es la misma mujer que ha asesinado a más de cien personas a sangre fría. Y tú la has traído aquí. A una comunidad llena de familias. De niños. Les has puesto a todos en peligro por... ¿qué? ¿Por sexo?

—Mamá...

—¿Crees que matar gente es algo que desaparece? ¿Que se borra porque ahora sonríe y ayuda a entrenar a la gente? Es una asesina y siempre será una asesina. Está en su naturaleza —insiste a voz en grito.

—La gente puede cambiar.

—La gente como ella no cambia, Isabel. No. Esto se acabó. Te vienes con nosotros. Ahora. Encontraremos otro lugar, otra

comunidad. Cualquier sitio es mejor que estar cerca de ese... de ese...

—¿Monstruo? —termino por ella—. Es lo que ibas a decir, ¿verdad? ¿Monstruo?

No responde. No hace falta. Lo veo en sus ojos. En los de todos los que nos rodean.

—¡No! —chillo.

—Isabel...

—He dicho que no. Esa mujer me ha salvado la vida. Varias veces. Cuando el mundo se fue a la mierda, ella me encontró. Me protegió. Me enseñó a sobrevivir. Me respetó. Me trató como a una igual, no como a alguien que necesita que la cuiden constantemente.

—¡Solo porque eres útil para ella! Porque se acuesta contigo; cuando se aburra, te abandonará —protesta mi madre, alzando de nuevo la voz, y muchos asienten, dándole la razón—. ¡Es lo que hace la gente como ella! Manipulan, usan, descartan. ¿Crees que le importas algo? ¿Crees que alguien capaz de matar a más de cien personas puede sentir algo por alguien?

—Está conmigo porque me quiere. Y yo a ella —murmuro tan bajito que apenas se escucha, acercándome más a Arizona para entrelazar mis dedos con los suyos.

Mi madre cierra los ojos como si acabase de recibir una bofetada y se tapa la boca con las manos.

—No puedes… —dice con la voz ahogada.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer, mamá. Soy una adulta. El mundo se ha ido a la mierda y la persona que amo acaba de ser expuesta delante de doscientas personas por un psicópata que quiere destruirnos. Así que perdona si ahora mismo me importa mucho más ella que tu opinión sobre con quién me acuesto —me quejo, apretando la mano de Arizona.

Las cosas se complican pronto. Más todavía.

Un hombre, alto, la barba descuidada, ojos llenos de odio. No recuerdo su nombre, pero sé que perdió a su hermano hace dos semanas en una patrulla que salió mal.

—¿Vas a defenderla? —ladra—. ¿A una asesina profesional?

—Déjanos en paz.

—Mi hermano murió intentando proteger esta comunidad. Murió siendo un héroe. Y tú quieres que aceptemos a una asesina. ¿Cómo puedes vivir contigo misma?

A continuación, se gira hacia la multitud.

—¿Vamos a permitir esto? ¿Vamos a dejar que se quede después de lo que hemos escuchado sobre ella?

Se escuchan muchos murmullos de aprobación. Demasiados. Algunos asienten. Otros miran al suelo, incómodos, sin saber muy bien qué decidir.

Una mujer mayor da un paso adelante. La conozco de vista. Creo que se llama Rachel y trabaja en la cocina.

—Mi marido era policía —masculla entre dientes—. Lo mataron hace tres años. Nunca encontraron a quien lo hizo —añade,

clavándome la mirada—. ¿Y si fue ella? ¿Y si la mujer que defiendes mató a mi marido?

—Os ha estado ayudando cada día desde que llegamos. Mejorando las defensas, entrenando a las patrullas de reconocimiento. Es la misma persona, solo que ahora la estáis juzgando por lo que os ha contado un psicópata que está creando un pequeño ejército. ¿La queréis fuera de aquí? Muy bien, yo me voy con ella… pero ¿quién ayudará a defender la comunidad cuando os ataquen? ¿El profesor universitario? ¿Los contables? ¿Los abogados? Buena suerte negociando con Viktor. No sé si habéis escuchado la parte donde mencionó eso de "algo de diversión para sus hombres". Significa mujeres, por si no lo habéis pillado —chillo, tirando de la mano de Arizona para salir de aquí cuanto antes.

El patio central se queda en silencio.

Pero no es un silencio de aceptación. Es el típico silencio de la gente que no sabe qué pensar. Que tiene miedo. Que busca a alguien a quien culpar de todo lo que ha perdido. Que prefiere tener un enemigo común porque es más cómodo.

Y, de pronto, una voz muy aguda corta el aire.

—¡Dejadla en paz!

Todo el mundo se gira.

Sara, la niña de cuatro años, ha soltado la mano de su madre y corre hacia nosotras.

—¡Arizona nos salvó! —grita—. ¡A mí, a mi hermano y a papá y a mamá! ¡Unos hombres malos querían hacernos daño y ella les paró! ¡Es buena!

Los habitantes de la colonia se miran los unos a los otros, confusos.

David, el médico de la comunidad, el padre de Sara, da un paso adelante. Su esposa le sigue.

—Mi hija tiene razón —dice con voz calmada—. No me importa quién fue antes. Solo sé que mi familia está hoy aquí gracias a ella. Arriesgó su vida por unos desconocidos. Podría haber seguido, podría haber pasado de largo, no tenía ninguna obligación de ayudar ni ganaba nada con ello. Es posible que haya hecho cosas terribles en el pasado, pero de lo que estoy seguro es de que hoy estoy vivo gracias a que se paró a ayudar.

Emily, la jefa de patrullas, alguien que ha tenido más de una discusión con Arizona, se une al debate.

—Ha entrenado a mi gente. Ha mejorado nuestras defensas. Sin ella, habríamos perdido a más personas en las últimas semanas. Nos ha estado ayudando. Eso es lo que importa ahora, no quién era antes de que el mundo se fuese a la mierda —concluye.

La multitud empieza a dispersarse con lentitud. Algunos se alejan murmurando, todavía furiosos. Otros se quedan mirando, indecisos. Mis padres siguen en el mismo lugar, observándonos desde lejos. Mi madre ya no llora, pero su expresión es peor que las lágrimas. Es puro odio.

No me acerco a ella. No sé si algún día podré hacerlo.

CAPÍTULO 24

Arizona

La tenue luz del amanecer entra por los tragaluces rotos del centro comercial e ilumina el polvo que flota en el aire. No he dormido. Nadie ha dormido. Lo veo en las ojeras, en los hombros caídos, en las miradas que se apartan cuando paso junto a ellos.

Hasta ayer, era la mujer que entrenaba a sus patrullas, la que respondía sus dudas sobre posibles brechas de seguridad o la que les daba consejos sobre cómo preparar trampas para cazar y así poder añadir algo de carne a nuestra dieta.

Hoy soy el monstruo que mató a más de cien personas.

Me mantengo al fondo del atrio, junto a una columna de hormigón que todavía tiene restos de la publicidad de una tienda de electrónica que hace tiempo que no existe. Isabel se ha colocado a mi lado, pero no me toca. Sabe que cualquier muestra de afecto ahora mismo sería como echar gasolina al fuego.

Más de noventa personas se han reunido en el centro. Los niños no están; alguien tuvo la sensatez de llevarlos a otra zona. Esto no es para ellos. Quizá no debería ser para nadie. Otros no se han molestado en venir. Han perdido la esperanza y les da igual quién viva junto a ellos, tan solo dejan pasar los días.

Richard sube a una tarima que han improvisado con unos palets de madera. El sargento Torres se coloca a su derecha, los brazos cruzados sobre el pecho, demasiado tenso. Incómodo. A su izquierda, Emily y un par de personas del consejo que sigo sin recordar cómo se llaman. No importa. Lo que importa es lo que van a decidir sobre mí.

—Todos sabéis por qué estamos aquí —comienza Richard—. Ayer recibimos información sobre el pasado de una de las personas que conviven con nosotros. Información que algunos consideran... relevante para la seguridad de la colonia.

Murmullos. Varias personas se giran para mirarme.

—Antes de decidir qué hacer con la propuesta de Viktor, debemos resolver otra cuestión —continúa Richard, haciendo una pausa que se alarga demasiado—. Arizona. ¿Debe quedarse o debe irse?

El hombre de la barba, el que perdió a su hermano, se levanta antes de que Richard termine de hablar. Miller, me han dicho que se llama.

—¿Qué hay que debatir? —alza la voz mucho más de lo que sería necesario, quizá tratando de intimidar a los demás. Quizá tan solo está nervioso—. Es una asesina. ¿Vamos a dormir tranquilos sabiendo que tenemos a alguien así entre nosotros? ¿Junto a nuestros hijos?

—¡Que se vaya! —grita alguien desde el fondo.

—¡Que la echen! —se suma una mujer.

Torres da un paso adelante.

—Arizona ha entrenado a nuestras patrullas. Ha mejorado nuestras defensas. Nos ha ayudado a cazar. Sin ella, habríamos perdido a más gente en las últimas semanas.

Miller le interrumpe de inmediato, escupiendo en el suelo.

—¿Y qué? ¿Eso borra todo lo que hizo? Mi hermano murió siendo un hombre bueno. Ella ha matado a más de cien personas y sigue respirando. ¿Dónde está la justicia en eso?

No tiene respuesta. Yo tampoco la tengo.

Nadie la tiene.

Isabel se mueve a mi lado. Intento sujetarla por el codo, pero se suelta con un movimiento brusco.

—No es el momento —susurro.

No me escucha. Nunca me escucha cuando debería hacerlo.

Camina hacia el centro del atrio, y el murmullo se apaga como si alguien hubiese cerrado un grifo. Noventa personas conteniendo la respiración para ver qué dice la novia del monstruo.

—No voy a pediros que la perdonéis —anuncia con voz firme —. Tampoco voy a deciros que es buena persona. Eso no me corresponde a mí.

Hace una pausa y el silencio que se forma es tan denso que puedo escuchar mi propio corazón.

—Lo que sí voy a deciros es esto: Viktor viene. En dos días. Tiene hombres armados, vehículos, experiencia —mira a la multitud, uno por uno, como si pudiese ver el miedo dentro de cada uno de ellos—. Si tenemos que defendernos… ¿Cuántos de vosotros habéis matado a alguien?

Nadie responde.

—¿Cuántos sabéis cómo defenderos cuando entren por cualquiera de los muros de la colonia?

Más silencio.

—Ella sí sabe. Y ahora mismo, eso es lo único que importa.

Miller da un paso hacia Isabel y, por un instante, me preparo para salir corriendo hacia ellos. Juro que si la toca, le arranco la cabeza, aunque sea lo último que haga.

—¡Estás ciega! —ruge—. ¡Te has enamorado de un monstruo y quieres que todos paguemos por ello!

Isabel ni siquiera parpadea.

—Mi madre piensa lo mismo que tú. Pregúntale a ella si me importa —grita, girándose de nuevo hacia la multitud—. No os pido que la queráis. Os pido que seáis prácticos. Cuando Viktor ataque, ¿quién preferís que esté de vuestro lado? ¿El contable? ¿El profesor de literatura? ¿O alguien que sabe exactamente cómo piensa ese hombre porque trabajó con él?

David se levanta. Es, junto con Richard y Torres, la persona más respetada de la colonia, a pesar de que lleva en ella el mismo tiempo que nosotras.

—Mi familia está viva gracias a ella. No me importa cuántas personas mató antes. Me importa que salvó a mis hijos y a mi mujer. El mundo ha cambiado por completo. Todos hemos cambiado en mayor o menor medida —añade, haciendo una pausa—. Yo lo tengo claro, voto que se quede.

La gente empieza a murmurar, unos a favor, otros en contra. Pronto, los murmullos van subiendo de nivel hasta convertirse en auténticas discusiones. Por suerte, Richard levanta las manos pidiendo orden y le hacen caso. Es algo que siempre me sorprendió de esta comunidad, confían en ese hombre ciegamente. Al menos, de momento.

—Votemos. Los que estén a favor de que Arizona sea expulsada, levantad la mano.

Cuento. Es un hábito. Cuarenta y dos manos en el aire. Algunas firmes, otras temblando.

—Los que estén en contra de la expulsión.

Cuarenta y cinco. Más de las que esperaba.

—Abstenciones.

Dieciséis personas que no pueden decidir si quieren dormir junto a un monstruo o quedarse sin protección.

Richard asiente lentamente con la cabeza.

—Se queda. Por ahora.

Miller escupe de nuevo al suelo, me lanza una mirada que promete que esto no ha terminado, y se aleja con su grupo de amigos, murmurando algo que no consigo escuchar. Unos quince hombres y mujeres que piensan como él. Que quizá tienen razón en pensar como él.

Isabel regresa a mi lado. Tiembla. No sé si de rabia o de alivio.

—Gracias —susurro, acariciando su brazo izquierdo.

—No me las des todavía —responde sin mirarme—. Esto no ha terminado.

Isabel

Richard apenas nos da tiempo para respirar.

—Ahora, la segunda cuestión —anuncia, y el murmullo que empezaba a formarse se apaga de golpe—. Ese tal Viktor. Nos ha ofrecido un trato: protección a cambio de pagar un tributo. ¿Qué hacemos?

Miller, que no se había alejado tanto como parecía, regresa al centro.

—Negociamos —propone, y esta vez su voz es más calmada, más razonable, quizá más peligrosa—. Es la única opción sensata. Pagamos el tributo y así nos dejan en paz. ¿Qué importa entregar algo de comida si podemos vivir tranquilos?

Una mujer a nuestra izquierda asiente.

—Mi marido dice lo mismo. No podemos luchar contra ellos. Tienen armas, son más jóvenes...

Arizona da un paso adelante y el silencio es inmediato. Absoluto. Como si el aire mismo se hubiese congelado.

—¿Queréis saber lo que significa negociar con Viktor?

Nadie responde.

—El tributo de hoy es comida. El de la semana que viene será medicinas. El del mes que viene será todas nuestras armas —hace una pausa, y cuando continúa, su voz es más baja, más fría—. A continuación, mujeres. Y cuando no tengáis nada más que ofrecer...

Deja la frase en el aire. Todos sabemos cómo termina.

Silencio. Puedo ver a un grupo de chicas jóvenes quedarse pálidas.

—Por si no lo recordáis, mencionó "diversión para sus hombres" —anuncia, haciendo unas comillas en el aire al pronunciar esa frase—. Eso significa vuestras hijas. Vuestras esposas. Vuestras hermanas. Significa que un día vendrán y se llevarán a quien ellos quieran, y vosotros no podréis hacer nada porque ya les habréis entregado todo lo demás.

Miller sacude la cabeza. Chasquea la lengua con desdén.

—¡Estás exagerando! No todos son...

—Trabajé con Viktor durante años, prácticamente crecimos juntos —le corta Arizona, y hay algo en su voz que hace que Miller retroceda un paso—. No estoy exagerando lo más mínimo. De hecho, lo estoy suavizando. Lo que le he visto hacer a ese hombre... —se detiene, como si el recuerdo le doliese—. No queréis saberlo. Solo necesitáis saber una cosa: el tributo de hoy es la esclavitud de mañana. No hay término medio con él. Y solo tenéis que repasar un poco la historia para ver cómo acaban las mujeres de los vencidos en una batalla.

Y entonces mi madre se levanta.

Y se me corta la respiración.

Mi madre, la que no me ha mirado a los ojos desde ayer. La que votó en silencio durante la primera votación, aunque no pude ver hacia qué lado. La que lleva toda la mañana con la mandíbula apretada como si estuviese masticando cristales.

—Odio a esa mujer —chilla, señalando a Arizona con el dedo índice—. No confío en ella. Y no me gusta que mi hija haya elegido... lo que ha elegido.

No puedo respirar.

—Pero no sobreviví al fin del mundo cuando toda la ciudad se fue a la mierda para vivir de rodillas ante un matón —añade, mirando ahora a Richard directamente a los ojos—. Voto que no negociemos.

Alguien menciona que él antes era psicólogo y lo de Viktor es tan solo un farol. Asegura que no se arriesgará a atacar la colonia cuando tiene objetivos mucho más fáciles. Gran parte de la gente asiente, quiere creerle. Arizona niega lentamente con la cabeza, pero no dice nada.

La segunda votación es más rápida. Sesenta y siete a favor de no negociar. Once abstenciones.

—Está decidido —anuncia Richard—. No negociamos y nos preparamos para la guerra.

Busco a mi madre con la mirada, pero ya se ha dado la vuelta. Se aleja entre la multitud sin mirar atrás.

CAPÍTULO 25

Arizona

No hay tiempo para celebrar victorias que no lo son.

Paso el resto del día organizando las defensas con la velocidad que la situación requiere. No hay tiempo para ser amable. No hay tiempo para dar explicaciones largas y detalladas.

—Las trampas van aquí, aquí y aquí —señalo en el mapa improvisado que hemos extendido sobre una mesa—. Cables de nylon transparente a la altura del tobillo, todos los caltrops que podamos fabricar hasta agotar los clavos. Latas con piedras dentro para hacer ruido cuando tropiecen con uno de los cables.

No pretendemos matar, no tenemos explosivos, pero les hará ir más despacio y nos avisará de su llegada.

Uno de los voluntarios, un chico que no debe tener más de veinte años, levanta la mano como si estuviese en clase.

—¿Y si tropezamos nosotros? —pregunta confuso.

—Aprended dónde están. Colocad primero los más lejanos y más tarde id colocando en dirección al centro comercial. No tenemos tiempo de andar haciendo dibujitos con las localizaciones —gruño, poniendo los ojos en blanco y meneando la cabeza.

Richard me observa mientras trabajo. Se encuentra en una posición difícil. Supongo que, si pudiese elegir, no tendría a alguien como yo en la colonia. Pero no puede elegir, nadie ha podido elegir que un buen día el sol decidiese lanzar una gran llamarada y todo se fuese a la mierda. Sabe que me necesita, aunque me mira con recelo. No le culpo.

—¿Crees que esperará los dos días que nos prometió para empezar a negociar? —pregunta cuando los voluntarios se dispersan.

—Viktor nunca cumple su palabra. No va a negociar. Atacará de noche, probablemente mañana. Quizá lo haga hoy mismo —le aseguro.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque es lo que yo haría —respondo, clavándole la mirada.

***

La armería de la colonia es un pequeño almacén reconvertido que tiene una puerta metálica en la parte trasera del centro comercial. Estanterías metálicas con algunos rifles de caza, escopetas, pistolas de distintos calibres. Munición ordenada en cajas etiquetadas a mano. No es un arsenal militar, pero es más de lo que cualquiera tendría en la ciudad. Han ido consiguiendo cosas poco a poco, aunque llevamos muchos días sin nueva munición ni armas. Junto a la comida y las medicinas, son lo más valioso.

Me encuentro revisando uno de los rifles cuando la puerta se abre.

Violet.

La madre de Isabel se queda parada en el umbral, observando las armas como si fuesen serpientes venenosas a punto de morderla.

—Si vas a estar en la enfermería con Isabel, me quedo más tranquila si vas armada —gruño sin desviar la mirada del rifle que tengo en las manos.

—No sé usar ninguna de estas cosas —suspira.

—Elige una pistola pequeña. Esa de ahí, la de la culata negra. Es más fácil —indico, señalando con la barbilla hacia una caja en la que hay varias pistolas de pequeño calibre.

Se acerca con la pistola en la mano, temblando mientras le enseño a montar el arma.

—Si estás en peligro, no pienses, dispara. No trates de apuntar a la cabeza, vete directamente al pecho, es mucho más sencillo, salvo que tenga un chaleco antibalas, pero me imagino que solamente Viktor y sus personas de confianza tendrán uno. Dispara sin miedo y si ves que sigue avanzando, corre. Al menos, irá más despacio.

La escucho moverse. Se acerca. Puedo sentir su presencia detrás de mí, tensa como un cable a punto de romperse.

—¿Por qué me ayudas? Sabes que te odio —pregunta mientras guarda en el bolso la pistola.

—Porque Isabel te quiere. Y si mueres, ella sufrirá.

—Qué romántico —añade chasqueando la lengua con desprecio.

Prefiero no responder.

—Ese hombre dijo que eras muy buena asesinando. Si mi hija muere porque tú no haces bien lo que se supone que es tu trabajo, te mataré yo misma —murmura antes de despedirse.

***

Cuando llego al pequeño espacio que nos han asignado para dormir, Isabel ya está tumbada en la cama. Molly levanta la cabeza al verme y menea la cola.

—He hablado con mi madre hace un rato. Me dijo que le habías dado una pistola —dice, incorporándose ligeramente sobre el antebrazo.

—Espero que no tenga que usarla, pero me quedo más tranquila si tiene una, sobre todo si va a estar en la enfermería contigo.

—Dijo también que me quiere. Que soy idiota y que espera que no nos maten por tu culpa —explica con una sonrisa—. En ese orden.

—Suena a que hemos hecho algo de progreso, ¿no?

—Te llamó asesina psicópata, así que no lo tengo muy claro —bromea, encogiéndose de hombros—. ¿Crees que atacará esta noche?

—No. Mañana por la noche. O eso espero. Querrá que pensemos que es de fiar, que va a venir a negociar como prometió, que nos relajemos y bajemos la guardia.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si ataca esta noche?

—Entonces espero que tu madre tenga buena puntería o que no entre en la enfermería mientras estás allí —susurro, acercándome

a ella para besar su frente.

—Eres imposible.

—Y tú eres idiota por quedarte conmigo. Ahí le tengo que dar la razón a tu madre —ironizo, acostándome a su lado.

—¿Tú también tienes miedo? —suspira, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Ahora tengo mucho que perder —reconozco, acariciando su espalda.

Isabel levanta la cabeza y me clava la mirada con una sonrisa preciosa.

—¿Yo?

—Me refería a Molly, pero bueno.

—Eres una idiota —murmura, abrazándome.

—Supongo que es extraño. Nunca tuve nada que me importase perder hasta ahora —admito, besando su cabeza.

—¿Extraño bueno o extraño malo?

—Extraño aterrador. Pero bueno, muy bueno. No lo cambiaría por nada del mundo —le aseguro.

CAPÍTULO 26

Arizona

No puedo dormir.

He dejado a Isabel en la cama hace una hora junto a Molly y me he escabullido sin hacer ningún ruido, como he hecho mil veces en mi otra vida.

Mientras me dirijo a la torre de vigilancia del sur, el reloj mental que llevo dentro me dice que son las tres de la madrugada. Quizá las cuatro. Ya no importa. El tiempo se mide de otra manera cuando esperas un ataque en cualquier momento.

El sargento Torres sube las escaleras. Le escucho antes de verle. El sonido de sus botas sobre los peldaños, incluso el crujido de su rodilla mala. Ha vuelto a fumar, al menos hasta que se acabe el tabaco. Lo había dejado hace más de veinte años.

—Deberías descansar —jadea cuando llega arriba, su respiración ligeramente entrecortada.

—No puedo.

—Dijiste que atacaría mañana.

—Dije que probablemente atacaría mañana. Es lo que yo haría, hacernos creer que podemos fiarnos de él, pero quizá haga justo lo contrario. Viktor es un buen estratega. Antes me vino esa

idea a la cabeza, si sabe que yo pienso que atacará mañana, quizá lo haga hoy.

—O quizá no lo haga. Ya has escuchado a aquel psicólogo en la reunión, puede que sea solamente un farol y se conforme con comunidades más pequeñas… o que realmente quiera negociar.

Torres se coloca a mi lado y ambos nos quedamos mirando a la nada. Árboles que son sombras. La carretera, que es una línea más oscura que las otras líneas oscuras. Una noche sin luna.

Y entonces lo escucho.

Un rumor. Lejano. Grave. Como un trueno que no termina de estallar.

—Mierda, joder —gruño.

Torres niega con la cabeza. Luego se detiene. Entorna los ojos.

—Joder, ¿crees que son…?

No termina la frase.

No hace falta.

La noche explota.

Un viejo camión emerge de la oscuridad como un monstruo que despierta. Sin luces. Solo el rugido del motor y la masa de metal que se estrella a toda velocidad contra la barricada que hemos colocado al este.

El impacto es ensordecedor.

Fuego. El camión estaba cargado de bidones de combustible y la barricada estalla en llamas. Metal retorciéndose. Madera ardiendo.

Gritos que empiezan a brotar de todas partes. Debieron poner una roca en el acelerador.

—¡TODOS A SUS PUESTOS! —grito mientras bajo de la torre de vigilancia—. ¡AHORA!

Torres ya está en la radio, chillando órdenes.

—¡Brecha en el sector este! ¡Repito, brecha en el este! Nos atacan desde el este.

La gente corre hacia el fuego. Lo veo desde la distancia, pero ahí no está el verdadero problema. Estoy segura de que el ataque principal vendrá por la zona en la que me encuentro.

El caos es total.

Humo por todas partes. Gritos. Disparos esporádicos que podrían ser nuestros o de ellos. Las llamas del camión iluminan la noche con una luz naranja que convierte las sombras en monstruos.

Los hombres de Viktor entran por la brecha que dejó el fuego. No son muchos al principio. Una avanzadilla. Cinco, quizá seis. Pero están armados y se mueven como si supiesen lo que hacen.

Por la zona sur entran muchos más.

Uno de ellos me ve. Levanta el rifle.

Soy más rápida.

El familiar retroceso de la pistola me recorre el brazo. El hombre cae con un disparo en la cabeza. No miro si está muerto. Ya sé que lo está.

—¡Cubrid la brecha! —grito a los defensores que empiezan a llegar—. ¡No dejéis que se dispersen! Vigilad la torre sur.

Las trampas funcionan. Un atacante tropieza con los cables, cae de bruces sobre los caltrops. Grita de dolor. Las latas suenan, nos alertan. Más gritos al pisar los clavos de los caltrops.

Viktor ha decidido lanzar el ataque real por el sur, tal como le había dicho a Torres.

Desde mi posición observo al profesor de literatura. Creo que se llama Henderson. O Harrison. Algo así. Cincuenta y tantos años, gafas de pasta, tiembla de la cabeza a los pies. Hace unas semanas daba clases en una universidad de prestigio. Ahora está parapetado detrás de una barricada con un rifle que no sabe usar.

Uno de los hombres de Viktor emerge del humo. Va directo hacia un niño que se ha quedado paralizado de miedo en medio del caos. Tendrá unos ocho o nueve años, con el pijama todavía puesto, debió separarse del resto mientras los llevaban al sótano del edificio.

El profesor ve al niño. Ve al atacante.

Sus manos tiemblan.

No puede. Nunca ha disparado a nadie. Nunca ha hecho daño a nadie. Es un hombre que dedicó su vida a enseñar poesía a jóvenes aburridos con mucho dinero.

El atacante levanta el arma hacia el niño.

El profesor dispara.

El retroceso le tira al suelo. El rifle se le escapa de las manos. Pero la bala encuentra su objetivo. El atacante cae.

El profesor se queda mirando el cuerpo. Luego al niño. A continuación a sus propias manos.

—Dios mío —susurra—. Dios mío.

Por suerte, el sargento Torres aparece a su lado y aprieta su hombro.

—Lo has hecho bien —le asegura—. Ahora sigue. Dispara primero, piensa después.

Una mujer se lleva al crío. El profesor asiente. Recoge el rifle. Sus manos ya no tiemblan tanto.

Algo acaba de morir en él. La inocencia. La creencia de que nunca sería capaz de hacer algo así.

Es lo que pasa en este tipo de situaciones. Todo el mundo pierde algo, incluso los que sobreviven.

—¡El flanco sur ha cedido! —chilla Emily.

Mierda. El flanco sur da acceso a la zona residencial. Les dije que debía estar más reforzado. Los cazadores deberían estar disparando desde allí.

Da acceso a la enfermería.

A Isabel.

Corro.

Paso junto a cuerpos que no miro. Salto sobre los escombros. El humo me quema los pulmones, pero no me detengo.

La enfermería está al fondo. Isabel estará ahora mismo atendiendo a los primeros heridos sin saber que la línea de defensa del sur acaba de romperse.

Escucho disparos adelante.

Escucho un grito que reconozco.

No.

No, no, no. Joder, no.

CAPÍTULO 27

Isabel

Los heridos comienzan a llegar demasiado rápido.

Quemaduras. Cortes. Un hombre con una herida de bala en el estómago. Una mujer con la pierna rota. Un adolescente con un corte en la cabeza; sangra más de lo que debería, pero probablemente no es grave.

Apenas sé qué hacer. Trabajo sin parar. Limpio. Vendo. Coso mientras el doctor trata de decidir qué casos son los más urgentes. David tiene mucha experiencia, pero esto es muy diferente.

Mi madre ayuda como puede, al igual que el resto de los voluntarios. Hasta ahora, tan solo nos habíamos enfrentado a casos sin importancia. Un esguince, una niña a la que le sentaron mal unas bayas que cogieron en el bosque. Nunca habíamos visto algo así. Es una jodida pesadilla.

—Tranquilo —murmuro mientras saco un fragmento de metal del hombro de uno de los cazadores. Grita, no tenemos anestesia.

Los disparos ya no suenan tan lejanos como hace un rato. Están aquí, acercándose a nosotros, quizá en el pasillo, quizá...

La puerta se abre de golpe.

Levanto la vista.

Un hombre vestido de negro. La cara sudorosa, sucia. Sangra por el hombro izquierdo. Alguien le ha alcanzado, pero sostiene un rifle en la mano derecha.

Me ve.

Sonríe.

—Mira lo que tenemos aquí...

Mi madre se interpone.

—Aléjate de mi hija.

El hombre ríe. Un sonido horrible. Una sonrisa sin dientes.

—¿O qué, vieja? —gruñe, escupiendo al suelo.

Mi madre saca la pistola y dispara.

No pregunta. No habla. Dispara.

No le da tiempo a decir nada.

Un segundo hombre aparece detrás del primero y la ráfaga de disparos es ensordecedora en un espacio cerrado.

Mi madre cae al suelo.

Me lanzo hacia ella. Me coloco de rodillas a su lado mientras la sangre sale a borbotones de su vientre.

Sangre. Tanta sangre. Tres agujeros que tiñen de rojo su ropa con cada respiración.

El segundo atacante levanta el arma hacia mí y sé que moriré aquí, junto a mi madre.

Cierro los ojos y escucho el disparo.

La sangre me salpica la cara.

Pero no es mía.

El hombre cae muerto a mi lado.

—Isabel...

Giro la cabeza y veo a Arizona con el arma todavía apuntando hacia el cadáver.

—No, no, no, mamá —sollozo.

La sangre mana sin control, oscura, demasiado oscura. Un flujo que no se detiene. El sonido húmedo de sus pulmones llenándose de líquido.

No hay nada que hacer.

Lo sé. Lo supe en el momento en que cayó.

Pero no puedo aceptarlo.

Mi padre entra corriendo. Alguien debió avisarle. Se derrumba junto a nosotras, junto al cuerpo de su esposa que trata de hablar.

—Cuídalos —murmura, mirando a Arizona mientras tose sangre—. A los dos. ¿Me oyes?

Arizona asiente. No dice nada. Solo asiente.

Mi madre cierra los ojos.

Suelta mi mano. Se queda sin fuerza.

La pistola que Arizona le dio cae al suelo y golpe metálico resuena en mi cabeza más fuerte que cualquier explosión.

—Violet —llora mi padre, abrazando su cuerpo.

No responde.

Ya no responderá nunca más.

Arizona

El fuego se propaga.

La parte sur del edificio arde. Debieron colocar dos o tres bidones de gasolina junto al muro y prenderles fuego para crear confusión. Viktor lo sabe bien, el ruido de los disparos asusta, pero el fuego aterroriza.

—Isabel. Tenemos que irnos —anuncia el doctor.

No se mueve. Continúa arrodillada junto al cuerpo de su madre, las manos empapadas en sangre, la mirada perdida en algún lugar que no puedo alcanzar.

—Isabel.

Nada.

—¡Isabel!

—No la voy a dejar aquí —masculla entre dientes.

La levanto y la cargo al hombro. Patalea, me araña para que la suelte, pero no pienso hacerlo.

—Tu madre acaba de morir para que tú vivas —le recuerdo.

Miguel sigue junto al cuerpo de su esposa. No se ha movido. No creo que pueda moverse.

—Torres —grito—. Sácale de aquí.

Torres asiente. No pregunta. No discute.

Mientras salimos, disparo a una sombra que se mueve entre el humo. Cae al suelo. No sé si estaba armado. Ya no importa.

***

El ataque se detiene con el amanecer.

No es una victoria. Es tan solo una pausa. Viktor retira a sus hombres para reagruparse. Volverá. Esta noche, quizá mañana. Quizá dentro de un tiempo, cuando consiga más hombres y más armas.

La colonia está devastada.

El muro este es un agujero humeante. Parte del edificio ha quedado reducido a cenizas, incluyendo la enfermería. Cuerpos por todas partes, algunos de Viktor, muchos nuestros.

Camino entre los escombros. Cuento los muertos, porque alguien tiene que hacerlo. Veintidós de la colonia. Treinta y cuatro de Viktor.

Pero a él no le importa.

A nosotros sí.

Richard se acerca a mí con paso lento. Tiene una herida en la frente que alguien ha vendado con demasiada prisa y la sangre se filtra a través de la gasa, formando una mancha oscura.

—¿Cuántos? —pregunta sin mirarme.

—Veintidós confirmados. Podría haber alguno más bajo los escombros.

Cierra los ojos. Cuando los abre, hay algo muerto en ellos.

—Dios. ¿Crees que volverá esta noche?

—No lo creo, ha perdido muchos hombres, pero no podemos resistir otro ataque así —le recuerdo.

—¿Qué propones?

Desvío la mirada hacia el horizonte. El sol sale rojo, como si el cielo también estuviese sangrando.

—Que no haya otro ataque.

CAPÍTULO 28

Arizona

El sol sale sobre las ruinas del ataque nocturno.

Debería ser hermoso. El cielo teñido de naranja y rosa, la luz dorada filtrándose entre las columnas de humo que todavía se elevan desde el muro. Pero no hay belleza aquí. Solo ceniza y silencio y el olor a muerte que se pega a la garganta como un recuerdo que no quieres tener.

Llevo horas despierta. No recuerdo la última vez que dormí. Quizá antes del ataque. Quizá hace días. El tiempo se ha vuelto elástico, se estira y se comprime en modos que no tienen sentido.

El muro de la zona este, donde se estrelló el camión cargado de combustible, es un agujero. Los escombros todavía humean, desprenden un calor enfermizo que puedo sentir incluso a esta distancia. Alguien ha empezado a apilar cuerpos en la zona norte, lejos de los edificios que siguen en pie. Veintidós bultos cubiertos con sábanas, mantas, cortinas, lo que hubiese a mano.

Violet es el tercer bulto de la fila. Alguien le ha puesto una manta azul. Era su color favorito. No sé quién lo sabía. Quizá fue casualidad.

No me acerco. No tengo derecho.

David, el médico, trabaja sin descanso atendiendo a los heridos. Tiene los ojos hundidos y las manos manchadas de sangre que ya no es roja, sino marrón oscuro, seca. Sara está pegada a la pierna de su madre como una sombra pequeña, sin decir nada. Ya no pregunta cuándo volverán a casa. Creo que ha entendido que no hay casa a la que volver.

El sargento Torres coordina lo que queda de las patrullas. Catorce personas capaces de sostener y disparar un arma. La mitad de los que teníamos ayer.

Richard permanece sentado en un banco junto a la fuente seca del atrio. No se ha movido en horas. La herida de su frente ha dejado de sangrar hace tiempo, pero nadie se ha molestado en cambiarle el vendaje. Tiene la mirada perdida, la mirada de una persona que ha visto cómo todo lo que construyó se ha ido a la mierda.

He visto esa mirada antes. En otros lugares. En otras personas.

Es la mirada de la derrota.

Encuentro a Isabel en un lugar donde no esperaba encontrarla.

No está con su padre. No está junto al cuerpo de su madre. Está en las ruinas de un edificio al otro lado de la colonia, sentada sobre un bloque de hormigón, mirándose las manos.

Todavía tienen sangre. La de Violet. Seca ya, casi negra, incrustada bajo las uñas y en las líneas de las palmas.

No ha intentado lavárselas.

—Te he buscado por todas partes —susurro, sentándome a su lado.

No responde. Ni siquiera levanta la mirada.

—Isabel —insisto.

Nada. Es como hablarle a una estatua.

El hormigón está frío a pesar de que el sol comienza a calentar. El viento arrastra ceniza a nuestro alrededor, pequeños copos grises que se posan en el pelo y en la ropa como si fuesen nieve sucia.

—Deberías ir con tu padre —le recuerdo—. Te necesita.

—No.

Es la primera palabra que dice. Una sola sílaba, pero duele.

—Isabel...

—Mátalo.

Ahora sí levanta la mirada.

Sus ojos. Joder, sus ojos. No son los de la mujer que conocí. Aquellos ojos tenían luz, esperanza, una terquedad que se negaba a rendirse. Estos tienen algo diferente. Algo frío. Algo que conozco demasiado bien.

—No lo detengas —insiste, y su voz parece la de otra persona —. No lo captures para que Richard decida qué hacer con él. Mátalo.

—Isabel...

—Mi madre está muerta —me interrumpe, levantando una mano—. Murió protegiéndome. Murió usando el arma que tú le diste.

Hace una pausa. Me clava la mirada y sus ojos ni siquiera parpadean.

—Así que ahora vas a hacer lo único que sabes hacer. Vas a matar a Viktor —agrega.

Conozco esa rabia. La he sentido. Viví dentro de ella durante demasiados años. Es un fuego que te consume por dentro, que te mantiene viva mientras destruye todo lo demás.

—Conozco esa mirada. Es la misma que he visto en el espejo durante años.

—Bien. Entonces sabes lo que tienes que hacer —responde.

—Sé que no te llevará a ningún sitio bueno.

Se gira de golpe y me sujeta por el cuello de la chaqueta. Tiembla. De rabia, de dolor, de desesperación.

—No me des lecciones, Arizona —gruñe, sacudiéndome ligeramente—. No ahora. No tú. Mi madre está muerta. Y el hombre que causó todo esto sigue vivo. Así que haz tu trabajo.

—¿Mi trabajo? ¿Quieres que sea Morana otra vez?

—Quiero que Viktor muera.

—Y lo hará, pero tu madre me pidió que te cuidase —le recuerdo.

—No necesito que me cuides —protesta, y su voz se quiebra por primera vez—. Necesito que lo mates.

Me suelta la chaqueta, se levanta y comienza a caminar. No sé hacia dónde. Quizá ella tampoco lo sabe. Quizá camina sin rumbo.

No llora. No grita. Solo camina, con la espalda erguida y los puños apretados a ambos lados de su cuerpo.

—Lo siento —susurro al viento.

Pero el viento no responde.

Nunca lo hace.

Isabel

No sé dónde voy.

Camino por la colonia medio destruida, entre escombros y cuerpos cubiertos con sábanas, entre personas que lloran o trabajan construyendo nuevas barricadas o simplemente se quedan de pie mirando la nada. Apenas los veo. No veo nada.

Solo veo a mi madre cayendo al suelo.

Ese instante se repite en bucle en mi memoria. El disparo. Su cuerpo doblándose. La sangre. Siempre la sangre, extendiéndose bajo ella como una sombra oscura, brotando de su vientre, empapando mis manos mientras intentaba tapar unos agujeros que no podían taparse.

Debería llorar. Sé que debería llorar. Es lo que hacen las personas normales cuando pierden a alguien. Pero las lágrimas se agotaron en algún momento de la noche, o quizá simplemente se congelaron dentro de mí, y ahora solo queda esto.

El frío.

La rabia.

Me detengo junto a los cuerpos alineados en el suelo.

El tercero de la fila. La manta azul. Mi madre está ahí debajo, fría, rígida, convertida en algo que ya no es ella. Algo que no volverá a llamarme por mi nombre, ni a fruncir el ceño cuando hacía algo que no le gustaba. Tampoco volverá a abrazarme. Ojalá me hubiese dejado abrazar más veces.

Me arrodillo junto a la manta.

No la levanto. No quiero ver lo que hay debajo. Quiero recordarla tal como era. Prefiero recordar sus manos manchadas de harina cuando hacía pan junto a mi padre. Su mirada cuando algo la preocupaba. Su voz llamando mi nombre con ese tono que solo las madres saben usar.

—Te odié estos últimos días —susurro—. Te odié por cómo me mirabas cuando estaba con ella. Por el modo en que me hacías sentir que había elegido mal. Por no aceptar quién soy. Por todo.

Una ráfaga de viento mueve la esquina de la manta. La sujeto con la mano.

—Y ahora que te has ido, nunca podremos arreglarlo. Nunca podré decirte que lo siento, ni tú a mí. Nunca podré explicarte que te quería, aunque te odiase. Que entendía por qué tenías miedo cuando veías a Arizona a mi lado, aunque me doliese tu mirada.

Las lágrimas siguen sin venir. Es como si mi cuerpo hubiese olvidado cómo llorar.

—Prometiste que solo me perdonarías si Arizona moría protegiéndome. Pero fuiste tú quien lo hizo en su lugar. No sé si puedo seguir adelante. No sé si merece la pena.

Alguien se acerca. Escucho sus pasos sobre los escombros, lentos, cuidadosos. No levanto la vista. No quiero ver a nadie. No quiero que nadie me vea a mí.

—Isabel —murmura mi padre.

Se arrodilla a mi lado. Tiene los ojos rojos, la cara hinchada de llorar. Él sí puede llorar. Él sí puede sentir algo que no sea este vacío helado.

Nos quedamos ahí, arrodillados junto a la manta azul, sin tocarnos, sin hablar. Dos personas rotas tratando de recordar cómo se hace para seguir adelante, para creer que todavía existe un futuro por el que merece la pena luchar.

Mi padre comienza a hablar. Me cuenta cosas de mi madre. Cosas pequeñas, tontas, cotidianas. El tipo de café que le gustaba. La forma en que arrugaba la nariz cuando algo le hacía gracia. La primera vez que la vio, en una fiesta de la universidad, con un vestido verde que le quedaba demasiado grande.

Yo no digo nada. Solo escucho.

Y en algún momento, sin que me dé cuenta, me abraza.

Arizona

Los observo desde lejos.

Isabel y Miguel, arrodillados junto al cuerpo sin vida de Violet. Dos figuras pequeñas recortadas contra el cielo gris, unidas por el dolor y la pérdida.

Sé lo que Isabel me ha pedido.

Sé lo que quiere.

Y sé que tiene razón.

Viktor tiene que morir. No por venganza. Por necesidad. Porque mientras siga vivo, seguirá siendo una amenaza. Porque la colonia no sobrevivirá a un nuevo ataque. Porque hay personas aquí que merecen tener un futuro. Porque detrás de esta colonia vendrá la siguiente. Todas caerán, grandes y pequeñas… y cada vez se hará más fuerte y más cruel.

Antes de morir, Violet me pidió que cuidase de su hija. Voy a cumplir esa promesa.

Pero no de la forma que Isabel espera.

Necesito pensar. Necesito un plan.

Viktor tiene todavía muchos hombres armados. Nosotros tenemos catorce personas. En un enfrentamiento directo, nos masacraría. Pero también tiene un ego del tamaño de una montaña y una obsesión conmigo que roza lo patológico.

Puedo usar eso.

Molly levanta la cabeza al verme, menea la cola y apoya el hocico en mi regazo cuando me siento en la cama.

Viktor quiere a Morana. Siempre la ha querido. Como trofeo, como aliada, como una prueba de que es tan inteligente que puede dominar incluso a los monstruos.

Voy a darle lo que quiere.

—Cuídala si no vuelvo —le susurro a la perra.

Molly menea la cola.

Lo tomaré como un sí.

CAPÍTULO 29

Morana

Durante el día, hago lo que se espera de mí. Ayudo a mover escombros. Reparto agua. Asiento cuando Richard habla de planes de defensa que sé que no van a funcionar. Sonrío cuando alguien me da las gracias por seguir aquí.

Todo mentira.

Cada gesto, cada palabra, cada mirada de preocupación. Una actuación perfecta.

Evito a Isabel. No puedo mirarla a los ojos.

Cuando el sol comienza a esconderse, me escabullo hacia el almacén de suministros. Nadie me ve. Nadie me sigue. He pasado años aprendiendo a moverme sin ser detectada. Es algo que sé hacer muy bien.

Mi radio sigue allí. Busco la frecuencia. La que usábamos en los viejos tiempos, cuando alguien debía morir, cuando trabajábamos juntos. Cuando éramos... lo que fuésemos. Colegas. Compañeros de trabajo. Dos monstruos reconociéndose en la oscuridad.

Giro el dial. 147.3. 147.5. 147.8.

Ahí está.

Respiro hondo. Cierro los ojos. Y cuando los abro, ya no soy Arizona.

Soy Morana.

—Viktor —digo al micrófono—. Soy Morana. Responde.

Silencio. Estática. El crepitar de una conexión que atraviesa kilómetros de aire muerto.

Y luego, su voz. Esa voz que conozco demasiado bien. Suave, culta, con ese acento del este que se niega a perder del todo.

—Morana. Qué agradable sorpresa. Empezaba a pensar que habías muerto en el ataque.

—Tus hombres son una auténtica mierda. Lo sabes, ¿verdad? Se necesita mucho más que eso para matarme.

Una risa baja. Casi cálida.

—Es lo que he podido conseguir —explica a modo de disculpa —. Exconvictos, matones, no son profesionales, pero sí fieles. Irán aprendiendo, otros morirán. Dime, ¿a qué debo el honor de esta llamada?

Hago una pausa. Larga. Que empiece a saborear la victoria.

—La colonia me odia ahora que saben quién soy —anuncio con un suspiro—. Me miran como si fuese un monstruo. Susurran a mis espaldas. Apartan a sus hijos cuando paso cerca.

—Bueno, eres un monstruo. Igual que yo. Es lo que somos. La parte positiva es que gracias a esa estúpida tormenta solar, ahora son los monstruos los que gobernarán el mundo. Las reglas han cambiado y por una vez nos favorecen —expone con orgullo.

—Intenté ser otra cosa —mi voz se quiebra, solo un poco—. Intenté... no importa. Ya no importa.

—¿Qué pasó?

—Violet. La madre de mi novia. Murió anoche en el ataque.

—Murió mucha gente, de ambos bandos —me recuerda—. ¿Y la chica? ¿Está bien?

Cierro los ojos.

—Quiere que mate por ella. Quiere que sea Morana de nuevo. Que me manche las manos de sangre para que ella no tenga que hacerlo —hago una pausa—. Y me di cuenta de algo, Viktor. Me di cuenta de que eso es lo único para lo que sirvo. Para matar. Para destruir. Todo lo demás fue un sueño estúpido. Creí que podría llevar una vida normal, pero fue tan solo una ilusión.

—¿Quién puede decir lo que es normal y lo que no? —pregunta con ironía—. Intentaste ser algo que no eres. No es culpa tuya. Es lo que ocurre cuando un halcón trata de vivir entre las gallinas.

—Me uniré a ti —anuncio—. Pero con condiciones.

Una pausa. Demasiado larga.

—¿Condiciones?

—He visto a tu gente, Viktor. Matones de poca monta.

—Como te dije antes, es lo que hay. El apocalipsis no me dejó muchas opciones de reclutamiento. Voy cogiendo lo que puedo de aquí y de allá.

—Por eso me necesitas. Y por eso voy a ponerte condiciones.

Silencio. Puedo imaginarle al otro lado, sopesando. Viktor siempre fue un hombre de negocios disfrazado de asesino, incluso en esto.

—Te escucho.

—Primera: si alguno de tus hombres me mira mal, lo mato. Si me hace un comentario que no me gusta, lo mato. Si me toca sin mi permiso, lo mato muy lentamente y con mucho dolor. Y tú no dices nada.

—Me parece razonable —murmura.

—Segunda: quiero mi propia tienda. Bien equipada. Separada de los demás. No voy a dormir rodeada de tus animales.

—Hecho.

—Tercera: nada de trabajo sucio a menos que sea absolutamente necesario. No soy tu puta, ni tu sicaria personal. Soy una profesional. La mejor. Me tratas como tal o no hay trato.

—Sigues siendo la misma de siempre —admite, dejando escapar una pequeña carcajada.

—Y cuarta: te respeto como jefe. No daré órdenes, no cuestionaré las tuyas en público. Pero quiero ser tratada como una igual. No soy una subordinada. Tampoco una mascota.

Hace una pausa larga y puedo escuchar su respiración a través de la estática.

—Son muchas condiciones para alguien que viene pidiendo asilo —dice al fin.

—No vengo pidiendo asilo. Vengo ofreciendo una alianza. Hay una diferencia muy grande y sabes que no te conviene tenerme

como enemiga —le advierto.

—¿Y qué me ofreces exactamente? Además de tu encantadora compañía, aunque no hablas mucho.

Respiro hondo. Este es el momento.

—Hay un almacén subterráneo en el centro comercial —le explico—. La entrada está oculta. Nadie la usa. Nadie la vigila. Puedo meterte dentro de la colonia sin que nadie se entere.

—¿Por qué harías eso?

—Porque quiero que esto termine. Esa gente no está preparada para luchar. Quiero que tomes la colonia por sorpresa y que se rindan con las mínimas bajas posibles. Estoy cansada de fingir que me importa esta gente cuando solo me importa una persona. Estoy cansada de jugar a ser algo que no soy.

—¿Y la chica? ¿Tu novia o lo que sea?

Cierro los ojos. Aprieto la radio con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos.

—Isabel no es asunto tuyo. Me la llevo conmigo cuando todo termine. Si se resiste... —hago una pausa—. Ya me ocuparé de eso.

Una risa al otro lado. Baja, llena de orgullo.

—Ahí está. Ahí está la Morana que conozco. Sabía que seguías ahí dentro, escondida bajo toda esa fachada de chica buena.

—Solo necesitaba recordar quién soy de verdad —mascullo entre dientes.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. A medianoche. Ven con pocos hombres, sin vehículos. Si hacéis ruido, os detectarán y todo el plan se va a la mierda. Si te encargas de la persona que dirige la colonia y del jefe de seguridad, el resto se rendirá sin luchar. No opondrán ninguna resistencia —le aseguro.

—¿Y cómo sé que no es una trampa?

—Viktor, si quisiera matarte, ya estarías muerto. Acepta el trato o no lo hagas. A mí me da igual. Si no quieres mi ayuda, me largo de aquí yo sola y que la colonia se las arregle. Acabarás ganando, pero perderás a muchos hombres —le advierto.

Silencio. Largo. Puedo escuchar los engranajes girando en su cabeza.

—Hoy mismo. A medianoche —repite—. No me decepciones, Morana.

—Nunca lo hago —respondo, cortando la transmisión.

El silencio que sigue es ensordecedor. Me quedo quieta durante un momento, la radio todavía en la mano, mirando la pared sin verla.

Hecho.

CAPÍTULO 30

Isabel

Apenas puedo dormir.

Cada vez que cierro los ojos, veo a mi madre muriendo. El disparo. La sangre escapándose entre mis dedos. Su mirada buscando la mía mientras su vida se apaga.

Arizona está a mi lado, pero esta noche se siente lejana. Distante. Como si una parte de ella estuviese en otro lugar, en otro tiempo, con otra persona.

La observo en la oscuridad.

Tiene los ojos cerrados, la respiración lenta y regular, pero sé que no está dormida.

Me levanto sin hacer ruido. Necesito aire. Necesito espacio. Necesito algo que no sea este silencio cargado de cosas que no nos decimos.

Ya en el exterior, la colonia duerme un sueño inquieto. Hay guardias en los muros, pero menos que antes del ataque.

Camino sin rumbo. Mis pies me llevan por los mismos lugares de siempre: el edificio donde estaba la enfermería, ahora medio destruido. La fuente seca del atrio. El lugar donde mi madre cayó.

No me detengo ahí. No puedo.

A lo lejos, veo a mi padre sentado junto a las tumbas improvisadas. Queremos enterrarles, pero la comunidad no acaba de decidirse si es demasiado peligroso salir fuera para hacerlo.

Lleva horas ahí. No sé si ha dormido desde que mi madre murió. No sé si alguno de nosotros ha podido descansar de verdad. Posiblemente no, ni siquiera los niños.

No me acerco. Tampoco sé qué decirle. No sé qué decirme a mí misma.

Vuelvo a la tienda. Arizona sigue en la misma posición, los ojos cerrados, la respiración controlada.

Fingiendo dormir.

Me acuesto a su lado, pero no la abrazo. Hay algo entre nosotras que no estaba antes. Una distancia que no sé cómo cruzar.

Cierro los ojos.

Cuando los abro, Arizona no está.

Su lado de la cama empieza a quedarse frío, ya no conserva su calor, como si nunca hubiese estado ahí.

Me levanto.

Algo está mal. Lo siento en algún lugar dentro de mí.

Busco entre sus cosas, pero ni siquiera sé qué busco. Una explicación. Una pista. Algo que me diga qué coño está pasando o si va a volver.

Y entonces la veo.

La vieja radio.

Está medio escondida bajo su ropa, junto a un mapa doblado del centro comercial.

Hay un punto marcado. El almacén subterráneo que nadie usa. Un círculo rojo a su alrededor, como si fuese una diana.

El mundo se detiene.

No.

No, no, no. Joder, no.

El plano se me cae de las manos.

No puedo respirar. El aire no me entra en los pulmones. Hay un agujero en mi pecho donde antes había algo; confianza, amor, esperanza, y ahora solo hay vacío.

Me mintió.

Las palabras que me dijo. Los besos. Las noches en las que acariciaba mi cuerpo desnudo. Todo era mentira. Era Morana jugando a algún juego, usando a la gente como piezas de ajedrez, quizá solo para divertirse.

Usándome a mí.

Mi madre tenía razón. Siempre la tuvo. Arizona es un monstruo. Y yo fui lo suficientemente estúpida como para enamorarme de ella.

Las lágrimas caen ahora. Por fin caen. Pero no son lágrimas de tristeza o de pérdida.

Son lágrimas de rabia.

Porque ahora lo comprendo.

La radio, el mapa, el almacén subterráneo.

Es ahí donde está.

Es ahí donde le entregará la colonia a Viktor.

Corro.

No sé qué voy a hacer cuando llegue.

Solo sé que no voy a permitir que destruya lo poco que queda de mi vida.

Ya me ha quitado suficiente.

Miguel

Imposible descansar.

Cada vez que lo intento, recuerdo a Violet. Su sonrisa. El modo en que negaba con la cabeza cuando algo no le gustaba. La forma en que ponía los ojos en blanco cuando hacía algo que la sacaba de quicio.

La echo de menos con una intensidad desoladora. Treinta años juntos y nunca pensé que su ausencia dolería tanto.

Isabel sale corriendo del edificio.

Algo va mal.

El rifle está donde lo dejé, apoyado contra la pared. Lo cogí después del ataque y no lo he soltado desde entonces.

No sé qué está pasando.

No sé dónde va.

Pero no la dejaré sola.

CAPÍTULO 31

Arizona

Las paredes del almacén subterráneo están llenas de humedad, aunque en una noche sin luna, apenas se nota. Nadie lo usa ya. Solo tenemos dos generadores y debemos utilizarlos en las zonas donde son más importantes. No tiene ventanas y a ninguno le gusta vivir en la oscuridad.

Llevo dos horas aquí. Preparando. Memorizando. Convirtiendo este lugar en una trampa mortal.

He colocado obstáculos en puntos estratégicos: cables a la altura del tobillo, cajas que bloquean las rutas de escape, escombros que harán ruido si alguien los pisa, caltrops por todas partes. He memorizado cada pasillo, cada columna, cada rincón donde las sombras son más densas.

Es una ratonera.

Y ahora es mi territorio de caza.

Miro el reloj. Las once y media. Treinta minutos para la medianoche.

Me coloco en posición. Detrás de una columna de hormigón, en el punto más alejado de las escaleras. Desde aquí puedo

observar la entrada sin ser vista. Mi respiración se ralentiza. Mi pulso se calma.

Es curioso.

Durante años, este momento, los minutos antes de matar, era lo único que me hacía sentir algo. La adrenalina. La claridad. El frío extendiéndose desde el pecho hasta la punta de los dedos.

Ahora siento algo muy diferente.

No es miedo exactamente. Es consciencia.

De lo que podría perder. De lo que estoy arriesgando. Isabel. Molly. La gente de la comunidad. La vida extraña y frágil que hemos construido en el apocalipsis.

Aprieto el cuchillo en mi mano.

No voy a fallar.

A las once cuarenta y cinco, los escucho.

Viktor ha llegado.

Bajan en fila.

Viktor primero, con una linterna que barre la oscuridad. Detrás de él, sus hombres. Cuento seis. Tal como le dije. Sus mejores, los más leales, los más brutales.

Reconozco a dos de ellos. Estaban con él el día que vino a ofrecernos sus condiciones. Un tal Dimitri que se había colocado a su derecha, el pelo totalmente rapado. El otro creo que se llamaba Kowalski o algo así, hablaba en un fuerte acento polaco. Los otros son más jóvenes, reclutas del nuevo mundo, hombres que encontraron en Viktor una excusa para ejercer la violencia sin consecuencias.

Se mueven con cautela, pero sin miedo.

Pobres idiotas.

—¡Morana! —susurra Viktor—. ¡Sal! No tengo toda la noche.

No respondo.

Que espere. Que se pregunte. Que empiece a dudar.

—Sé que estás aquí —continúa, girando lentamente con la linterna—. Ya estamos dentro, déjate de juegos.

Viktor chasquea los dedos.

—Separaos. Encontradla —ordena.

Primer error.

Dimitri se aleja del grupo.

Su linterna traza arcos nerviosos en la oscuridad. Es grande, musculoso, confiado en su fuerza. Pero la fuerza no sirve de nada cuando no puedes ver a tu enemigo.

Me muevo.

Es algo que no se puede explicar. Años de entrenamiento, de práctica, de matar en lugares como este. Mi cuerpo sabe qué hacer antes de que mi mente lo procese. Un paso. Otro. Silencio absoluto.

Antes de que se dé cuenta estoy detrás de él.

Le tapo la boca mientras corto su garganta con el cuchillo. Un corte limpio. Rápido.

Se desploma sin hacer ruido.

El débil haz de luz de su linterna apunta a la nada.

Desaparezco entre las sombras antes de que nadie se dé cuenta.

Quedan cinco.

El segundo ve algo.

Una sombra que se mueve. Un destello que no debería estar ahí. Levanta el arma, dispara.

El fogonazo ilumina el pasillo durante una fracción de segundo.

Pero yo ya no estoy ahí.

—¡¿Qué coño fue eso?! —grita Viktor.

—¡No lo sé! ¡No veo nada! —protesta el chico.

Se mueven, intentan reagruparse, pero la oscuridad les desorienta. No saben dónde están los demás. No saben dónde estoy yo. Cada vez que hablan, revelan su posición.

El miedo se propaga. Lentamente, pero se propaga.

Puedo olerlo. Es un olor ácido, metálico, como la sangre, pero más sutil. El sudor del terror. La adrenalina del que sabe que puede no salir vivo de aquí.

Estos hombres están acostumbrados a ser los depredadores. A entrar en casas y coger lo que quieren. Propiedades o personas. A matar sin consecuencias.

No están acostumbrados a ser cazados.

El segundo cae cuando tropieza con uno de los cables que tendí.

No lo mato yo. Lo mata su propio pánico. Cae hacia delante y su cabeza golpea el borde de una estantería metálica. El sonido que hace su cráneo al romperse es inconfundible.

Quedan cuatro.

Kowalski, el polaco, es más listo.

Se pega a la pared, moviéndose solo por el tacto.

Pero conozco el lugar mejor que él.

Lo encuentro en el pasillo sur. Está quieto, escuchando, intentando captar cualquier sonido que delate mi posición.

No oye nada.

Hasta que es demasiado tarde.

Dejo escapar una risa baja. Un sonido que viene de todas partes y de ninguna.

Un sonido que convierte el miedo en terror.

—¿Recuerdas lo que decían de mí, Viktor? —mi voz rebota en las paredes, imposible de localizar—. No la busques. Cuando llegue tu hora, sentirás el frío antes de morir.

Uno de los jóvenes entra en pánico.

—¡A la mierda esto! —grita antes de salir corriendo hacia donde cree que está la salida.

No llega.

Encuentra antes el filo de mi cuchillo.

Quedan dos.

Viktor y su último guardaespaldas. Un hombre grande, calvo, con tatuajes que le suben por el cuello. No sé su nombre. No

importa. Es mejor así.

Se han colocado espalda con espalda en el centro del almacén. La linterna de Viktor barre la oscuridad sin encontrar nada.

—¡Deja de jugar! —grita Viktor, y hay algo en su voz que no estaba antes. Un temblor. Una grieta en la armadura—. ¡Sal y enfréntame como antes!

Como antes.

Como si alguna vez hubiésemos sido iguales.

Emerjo de las sombras.

Despacio. Sin prisa. Dejando que me vean.

El guardaespaldas dispara. Una vez. Dos veces. Tres.

La primera bala pasa a mi izquierda. La segunda me roza el brazo —un dolor agudo, breve, ignorable—. La tercera se pierde en la oscuridad.

Pero yo no fallo.

Mi disparo le atraviesa la frente antes de que pueda disparar de nuevo.

Viktor tira el arma.

Es un gesto calculado. Sabe que no le servirá de nada a esta distancia. Es consciente de que soy mucho más rápida, más precisa, más letal.

Pero también intuye que no voy a dispararle.

Esto tiene que ser personal.

Saca un cuchillo. El mismo que usaba en los viejos tiempos. Hoja negra, mango de hueso, perfectamente equilibrado.

Saco el mío.

Nos movemos al mismo tiempo.

No es elegante. No es coreografiado. No es como en las películas donde los combatientes danzan y giran y todo parece un ballet violento.

Esto es sucio. Brutal. Desesperado.

Dos personas que se conocen demasiado bien intentando matarse.

Viktor es fuerte. Más que yo. Pero yo soy más rápida. Más técnica. He pasado años perfeccionando cada movimiento, cada ángulo, cada forma de hacer daño. Y el cuchillo siempre fue mi arma favorita. Hay algo de poético en matar de cerca y sin hacer ruido. Cualquier idiota puede matar con un rifle de larga distancia y una mira telescópica. Eso no tiene mucho mérito. El cuchillo requiere destreza y la sensación del filo cortando la carne es algo único.

Nos intercambiamos cortes. Mi brazo izquierdo, su mejilla. Su costado, mi muslo. Nuestra sangre se mezcla en el suelo de hormigón.

—Te has ablandado —jadea, acercándose a mí—. El amor te hace débil.

Me empuja. Caigo hacia atrás. Mi espalda golpea una estantería antes de caer. El metal rechina.

Viktor se abalanza sobre mí. Su peso me aplasta contra el suelo. Su cuchillo baja lentamente hacia mi garganta mientras sujeto su muñeca.

El filo se acerca milímetro a milímetro.

—Debiste haber aceptado mi oferta —susurra, su cara tan cerca que puedo ver cada poro, cada arruga, cada destello de triunfo en sus ojos—. Podríamos haber gobernado juntos. Ahora vas a morir sola.

El cuchillo está a centímetros de mi cuello.

—El amor no me hace más débil —mascullo entre dientes mientras empujo su mano con todas mis fuerzas.

Viktor sonríe.

—El amor me da algo que perder. Y eso me hace mucho más peligrosa —añado al tiempo que golpeo con la rodilla entre sus piernas con toda la fuerza que me queda.

Viktor grita. Su agarre se afloja una fracción de segundo.

Es suficiente.

Le doy un cabezazo en la nariz. Escucho el cartílago crujir y la sangre me salpica la cara. Rueda hacia un lado.

Mi cuchillo está en el suelo, aproximadamente a un metro de distancia. El suyo también. Pero ninguno de los dos va a por ellos.

Esto ya no se trata de armas.

Viktor se levanta. Incluso en la oscuridad veo que la sangre le cubre la mitad inferior de la cara, convirtiéndole en algo primitivo, salvaje. Sus ojos brillan con una rabia que trasciende lo personal.

—Zorra —escupe—. Maldita zorra traidora.

Se lanza hacia mí.

Lo esquivo. A duras penas. Un rodillazo a sus riñones, Viktor cae, pero no se rinde. Nunca se rinde. Es lo que siempre admiré de

él, antes de odiarlo.

Vuelve a levantarse. Vuelve a atacar. Y yo vuelvo a esquivar, a golpear, a sangrar.

No sé cuánto tiempo peleamos. El tiempo pierde su significado cuando cada segundo puede ser el último.

Pero al final, Viktor cae.

Se coloca de rodillas, jadeando, la sangre goteando de su nariz rota, de los cortes en su cara, de las heridas que le he infligido. Intenta levantarse, pero sus piernas ya no responden.

Recojo mi cuchillo.

Me acerco a él.

Podría matarle fácilmente. Un corte limpio. Rápido. Misericordioso, incluso. Es lo que él espera.

—Hazlo —gruñe—. Mátame de una jodida vez. Dame una muerte digna.

Aprieto la empuñadura del cuchillo, me acerco a él. Sonrío. Y entonces hago algo que ni él ni yo esperábamos.

Guardo el cuchillo.

—¿Qué coño haces? —pregunta.

—No voy a matarte.

—¿Qué?

—No mereces una muerte de leyenda, Viktor. No mereces ser recordado como alguien que cayó luchando contra Morana. Mereces el olvido.

Su expresión cambia. Por primera vez, veo miedo real en sus ojos. No el miedo a la muerte. Es el miedo a algo peor.

La irrelevancia.

—No puedes...

—Puedo hacer lo que quiera. Y cuando la colonia te juzgue, quiero que vivas el resto de tus miserables días sabiendo que te perdoné la vida. Que no valías ni siquiera el esfuerzo de añadirte a mi lista de muertos.

Le doy la espalda.

Sé que es el mayor insulto que puedo hacerle. Darle la espalda a un enemigo derrotado. A alguien que siempre se consideró un guerrero. Tratarle como si ya no existiese. Como si fuese menos que nada.

Empiezo a caminar hacia la salida.

Y entonces escucho el clic.

Isabel

Bajo las escaleras con el corazón en la garganta.

El almacén está oscuro.

Miedo. Huele a miedo.

Mis ojos tardan un momento en adaptarse. Y cuando lo hacen, lo que veo me detiene en seco.

Cuerpos.

Varios cuerpos desperdigados por el suelo. Los hombres de Viktor. Inmóviles. Muertos.

Y en el centro del almacén, Arizona. De pie. Dándole la espalda a Viktor, que está de rodillas, sangrando, derrotado.

No lo entiendo.

Si Arizona nos traicionó, ¿por qué los hombres de Viktor están muertos? Si le dio acceso a la colonia, ¿por qué Viktor está de rodillas?

Y entonces lo comprendo.

No era una traición.

Era una trampa.

No nos traicionó.

Nos salvó.

Y me dejó una pista para que yo la encontrase.

Las lágrimas me nublan la vista, pero Viktor se mueve.

Saca algo de su tobillo. Un arma pequeña. Una pistola escondida.

La levanta.

—¡Arizona! —grito.

Ella se gira.

Todo ocurre muy despacio. Viktor sonríe. Su dedo se tensa sobre el gatillo.

El disparo resuena en el almacén.

Pero no viene de Viktor.

Miguel

No pienso.

No calculo.

Apenas apunto.

Solo veo al hombre que causó todo este sufrimiento en nuestra comunidad. Al hombre por el que mi esposa está muerta.

Y disparo.

El retroceso me golpea el hombro. El sonido es ensordecedor.

Viktor se sacude hacia atrás, el arma se escapa de su mano. Un agujero rojo se abre en su pecho.

Cae de espaldas.

Me acerco.

Viktor me mira desde el suelo. Tiene los ojos muy abiertos, está sorprendido. No me esperaba. No esperaba morir a manos de un viejo.

—Esto es por mi esposa —mascullo entre dientes.

Viktor intenta decir algo. Un borboteo de sangre sale de sus labios cuando trata de hablar.

—Esto es por todos nosotros —añado.

Viktor cierra los ojos y deja escapar un suspiro.

Un sonido largo, húmedo, final.

Y luego, nada.

Sus ojos se quedan fijos en el techo. Su pecho deja de moverse. Un charco de sangre crece bajo su cuerpo, oscura y brillante a la luz de una de las linternas caídas.

Isabel corre hacia mí. Me abraza con una fuerza que no sabía que tenía.

—Papá —solloza—. Papá.

Arizona se acerca a nosotros. Tiene la cara manchada de sangre; suya, de Viktor, de los demás, y los ojos cansados.

—Gracias —suspira.

La abrazo junto a mi hija. Se tensa un instante, puedo ver que no está cómoda, pero pronto se relaja. Y nos quedamos así un momento. Los tres. Rodeados de cuerpos y de sangre.

Pero también rodeados de algo más.

Familia.

Rota, imperfecta, forjada en un mundo que ya no es el que era.

Pero familia, al fin y al cabo.

CAPÍTULO 32

Arizona

Enterramos a los muertos en la colina.

Es un lugar bonito, supongo. Si es que algo puede ser bonito después de lo que hemos vivido. No sé si cuando llegue el momento me importará. Me imagino que no, pero de todos modos, me gustaría que me enterrasen en un lugar como este. O al borde de un acantilado. Hierba alta que se mece con el viento. Árboles que empiezan a mostrar los primeros brotes de primavera. El cielo se ha levantado gris, aunque sin amenaza de lluvia.

Veintidós tumbas nuevas. Veintidós agujeros en la tierra que tardamos demasiado en cavar. Veintidós personas que estaban vivas hace tres días y que ahora son tan solo nombres en cruces de madera improvisadas.

Violet es la tercera de la fila.

Alguien ha tallado su nombre con cuidado. Violet Reyes. Y debajo, dos fechas. La del nacimiento, que alguien debió preguntar a Miguel, y la de la muerte, que todos conocemos demasiado bien.

Richard dice unas palabras. Habla de sacrificio, de comunidad, de los que dieron su vida para que otros pudiesen seguir viviendo.

Son palabras bonitas. Palabras necesarias. Pero no las escucho en realidad.

Estoy demasiado lejos.

Me he colocado al borde del grupo, donde la multitud se difumina y empieza el campo abierto. No me siento con derecho a estar más cerca de ellos. No me siento con derecho a compartir el duelo de personas que murieron por culpa de alguien que un día fue como yo.

Isabel permanece junto a la tumba de su madre. Miguel a su lado. Ambos con la cabeza inclinada, sus hombros rozándose. No lloran. No porque no quieran, es que ya no quedan lágrimas. Solo ese silencio denso de los que han perdido algo que no puede reemplazarse.

Molly está tumbada a los pies de Isabel. No se ha separado de ella en días. Los perros saben.

Siempre saben.

Cuando la ceremonia termina, la gente comienza a dispersarse. Algunos se despiden de las tumbas de sus seres queridos. Otros se alejan con rapidez, como si no pudiesen soportar estar aquí ni un segundo más.

Yo me quedo donde estoy.

No sé qué hacer.

No sé qué se supone que debo hacer.

Miguel se acerca.

Camina hacia mí con pasos lentos, las manos en los bolsillos, su mirada fija en el suelo.

Se detiene a mi lado. No me mira. Ambos observamos las tumbas, la hierba, el cielo gris.

—Gracias —dice al fin.

No respondo. No sé qué decir.

—Por librarnos de ese malnacido y sus hombres.

—Era lo correcto.

—Sí —admite, asintiendo lentamente con la cabeza—. Lo era.

Silencio. El viento mueve la hierba a nuestro alrededor.

—Ella te odiaba —me recuerda—. Mi esposa. Te odiaba.

—Lo sé.

—Pero al final... —hace una pausa larga—. Al final, antes de cerrar los ojos por última vez, creo que entendió algo. Sobre ti. Sobre Isabel. Sobre cómo funciona el mundo ahora. Esta nueva realidad que nos ha tocado vivir.

—¿Qué entendió?

Miguel se gira hacia mí por primera vez. Sus ojos están rojos, hundidos, pero hay algo en ellos que no es odio. No es perdón tampoco. Es algo intermedio. Algo que todavía no tiene nombre.

—Que a veces necesitamos a personas que son capaces de hacer lo que otros no podemos hacer —dice, bajando la voz hasta convertirla tan solo en un susurro—. Que ahora el mundo no se divide en buenos y malos. Que hay... grises. Muchos grises. Y que, a veces, se necesita un monstruo para acabar con otro.

Me viene a la memoria la imagen de Violet. Sus últimas palabras antes de morir. “Cuídalos”, me dijo.

—No te voy a llamar hija —continúa Miguel—. No te voy a perdonar por todo. Por lo que fuiste antes de que el mundo se fuese a la mierda. Por las personas que mataste. Eso no me corresponde a mí. Si hay algo o alguien después de la muerte, quizá un día serás juzgada. Pero te agradezco lo que has hecho por Isabel.

—Ella me ha cambiado la vida —reconozco, encogiéndome de hombros.

—Estará bien, ¿verdad? —pregunta, mirando hacia donde está Isabel, todavía junto a la tumba—. Mi hija. Estará bien.

—Haré todo lo posible —le aseguro—. Te lo prometo.

Miguel asiente.

—Es suficiente.

Se aleja. Vuelve junto a Isabel. La rodea con el brazo. Ella apoya la cabeza en su hombro.

Me quedo mirándolos.

Familia. Así es como se ve. Así es como se siente, supongo. No sabría decirlo, porque nunca tuve una.

Una mano pequeña tira de mi chaqueta.

Bajo la mirada sorprendida.

Sara. No la escuché llegar.

Me observa con esos ojos demasiado grandes para su cara. Ojos que ya han visto cosas que ningún niño debería ver. Imagino que es la nueva realidad. Pero todavía queda algo en ellos. Algo que no se ha roto del todo.

Esperanza, quizá. O simplemente la capacidad de los niños de seguir adelante cuando los adultos ya no pueden.

—Toma —dice, estirando la mano para darme un papel arrugado.

Es un dibujo. Hecho con crayones gastados, de esos que ya casi no pintan y que hay que apretar fuerte para que dejen marca.

Hay cuatro figuras de palo. Una alta con el pelo negro: yo. Otra con el pelo castaño: Isabel. Una pequeña con coletas: ella. Y algo parecido a un perro con la lengua fuera: Molly.

Están bajo un sol enorme, amarillo. Todos sonríen. Incluso yo.

—Es para ti —anuncia—. Para que no estés triste.

Miro el dibujo. Luego a Sara. Luego el dibujo otra vez.

Y recuerdo otro dibujo. Otra niña. Muy lejos de aquí.

Pero este está terminado. Este tiene colores y un sol amarillo y sonrisas. Este no se quedó a medias porque alguien murió antes de poder acabarlo.

Este dibujo tiene un futuro.

—Gracias —murmuro, acariciando torpemente su cabeza.

Sara sonríe.

—Mi mamá dice que eres muy valiente. Que salvaste a todos.

—Tu mamá exagera.

—No —Sara niega con la cabeza, muy seria—. Mi mamá nunca exagera. Dice que exagerar es de mentirosos y que los mentirosos no son buenos.

No sé qué decir.

—Me alegro de que no te murieras —añade—. Algunos sí se murieron. Pero tú no. Eso está bien.

—Sí. Eso está bien —repito con un largo suspiro.

Ella asiente y sale corriendo hacia su familia. Su madre me lanza una mirada que podría ser gratitud y se aleja.

Me quedo con el dibujo en la mano.

Lucía nunca terminó el suyo. Murió antes de poder añadir los colores, el sol, las sonrisas. La esperanza.

Pero Sara sí lo terminó.

Quizá eso significa algo. Quizá no. Quizá solo es un dibujo de una niña de cuatro años que todavía cree que el mundo puede ser un lugar bueno.

Pero, de todos modos, lo guardo en el bolsillo interior de mi chaqueta, junto al corazón.

Por si acaso.

***

Esa noche, cuando la colonia duerme, trabajo.

Isabel se ha quedado con su padre. Necesitan estar juntos. Necesitan tiempo que no me incluye a mí, y lo entiendo. El duelo es algo privado. No siempre hay espacio para alguien de fuera.

Así que estoy sola en nuestra tienda, con Molly roncando suavemente en el lugar que debería ocupar Isabel. La única luz es una vela que parpadea con cada leve corriente de aire.

Y mis manos no paran.

Paja. Cuerda. Movimientos automáticos, grabados en mis músculos por años de repetición. He hecho cientos de muñecas como esta. Una por cada persona que maté. Una por cada vida que arranqué.

Pero esta es diferente.

Esta es más grande. Más tosca. Más fea.

No tiene la elegancia de las otras, esas pequeñas figuras que dejaba junto a los cuerpos como si fuesen una firma macabra. Esta es deforme, asimétrica, con los brazos demasiado largos y la cabeza demasiado pequeña.

Es perfecta.

Porque esta no representa a una sola persona. Esta lo representa todo. Los muertos. Lucía. Violet. Las personas que maté por dinero, por órdenes, por inercia. Las personas que no pude salvar. Las personas que murieron porque yo existía.

Toda mi vida anterior condensada en paja y cuerda.

Trabajo durante horas. La vela se consume hasta que se convierte solo en un charco de cera. La luna cruza el cielo al otro lado de la lona. Molly se despierta, me mira con esos ojos sabios de los perros viejos, y vuelve a dormirse.

Cuando termino, el amanecer empieza a teñir el horizonte de gris.

Sostengo la muñeca frente a mí.

—Morana —susurro—. La que trae el invierno. La que hay que ahogar en el río para que llegue la primavera.

La muñeca no responde. Es solo paja y cuerda. No tiene poder. No tiene magia.

Pero los símbolos importan. Los rituales importan. No porque cambien el mundo, sino porque cambian algo en las personas.

Y necesito que algo cambie dentro de mí.

—Adiós —susurro media hora más tarde, tirando la muñeca al arroyo.

La corriente la atrapa. La muñeca gira, se sacude como si Morana se negase a morir, choca contra una roca y rebota. El agua empieza a empapar la paja, a deshacerla.

La observo alejarse. Cada vez más pequeña. Cada vez más deshecha.

Hasta que desaparece en una curva del arroyo y ya no puedo verla más.

Se ha ido.

Morana se ha ido.

Para siempre.

Isabel me encuentra junto a la orilla.

El sol ha subido. El gris del amanecer se convierte en azul pálido. Los pájaros llevan horas cantando.

—Tus manos —susurra, apretándolas.

—¿Qué pasa con mis manos?

—Ya no están frías.

Solo me encojo de hombros. Ella sonríe y me abraza antes de besarme y decirme algo sobre que no ha podido dormir en toda la

noche porque su padre ronca.

Molly se acerca, mete el hocico entre nosotras, exige atención. Las dos reímos. Es un sonido extraño después de tantos días de dolor. Pero es real.

Nos quedamos así, las tres, junto al arroyo, mientras el sol termina de salir.

El invierno ha terminado.

Morana se ha ido con la corriente.

Y algo nuevo empieza.

No sé qué será. No sé si será bueno o malo.

Quizá solo diferente.

EPÍLOGO

Arizona

Varios meses más tarde, el mundo sigue roto.

No hay electricidad. No hay gobierno. No hay ningún ejército que haya venido a rescatarnos. Las ciudades siguen siendo cementerios de metal y cristal, y las carreteras siguen llenas de coches que nunca volverán a arrancar.

Cada pocos días, nos llegan noticias de otros grupos. Algunos amistosos, otros no tanto. La semana pasada, el sargento Torres volvió de una expedición con un corte en el brazo y nos informó de que hay una banda operando al sur, cerca de lo que queda de Tacoma. No son tan grandes ni tan preparados como la gente de Viktor, pero están creciendo.

Siempre hay alguien creciendo. Siempre hay alguien que ve el caos y la violencia como una oportunidad para pisar a los demás.

De sus secuaces no queda nada. Se disolvieron como el humo la misma noche en que Viktor murió. Sin su líder, sin su visión de un pequeño imperio construido sobre cenizas en este nuevo mundo, no tenían nada que les mantuviera unidos. Viktor soñaba con ser un señor de la guerra, con control, con territorio, con poder. Sus hombres solo querían saquear y ejercer la violencia sin

consecuencias. En cuanto él cayó, cada uno se largó por su lado, probablemente a unirse a bandas como la de Tacoma. Simples matones buscando a otro líder que les dé permiso para hacer lo que ya querían hacer antes del apagón.

El muro de la zona este ha sido reconstruido. Es más feo que antes; tablones de madera clavados sin orden, chapas de metal oxidado, palés apilados y bidones rellenos de escombros, pero aguantará mejor. Las cicatrices del ataque siguen visibles por todas partes. Agujeros de bala que nadie se ha molestado en tapar. Manchas de hollín en las paredes.

Espacios vacíos donde antes había edificios.

Espacios vacíos donde antes había personas.

***

Esta mañana me he despertado antes del amanecer.

Isabel dormía a mi lado, su cuerpo acurrucado contra el mío, su respiración lenta y regular. Molly roncaba a nuestros pies, las patas moviéndose en sueños, quizá persiguiendo algún conejo imaginario.

Me he quedado quieta durante un rato, escuchando. Solo escuchando.

El silencio de la colonia antes del amanecer. Los pájaros que empiezan a cantar. El viento entre los árboles. El latido de mi propio corazón.

Sonidos pequeños.

Sonidos normales.

Hay una tumba en la colina que visito cada semana.

No la de Violet, aunque también paso por allí acompañando a Isabel. Esta es más pequeña, no hay ningún cuerpo dentro, está marcada solo con una piedra que traje desde el arroyo.

No tiene fechas. Solo una palabra que tallé con mi cuchillo, torpe, imperfecta.

Lucía.

Su cuerpo se quedó en algún lugar de Colombia, pero necesitaba una tumba. Un sitio donde ir cuando el peso de su recuerdo se hace demasiado grande.

Esta mañana me he sentado junto a la piedra y le he hablado.

Le he contado sobre Isabel. Sobre Molly, porque recuerdo que en aquel coche me dijo que le gustaban los perros. Sobre la colonia y la gente que vive aquí. Le he contado sobre Viktor, sobre cómo terminó todo, sobre la muñeca que lancé al río.

Y le he pedido perdón.

Otra vez.

Siempre le pido perdón. Sé que no puede oírme. Sé que probablemente no hay nada después de esto, ningún lugar donde las palabras lleguen, ningún perdón que pueda recibir de alguien que ya no existe.

Pero lo hago igual.

Porque algunas cosas hay que decirlas, aunque nadie te escuche.

***

Esa noche salimos a pasear.

Es algo que hemos empezado a hacer. No todas las noches, pero sí muchas. Paseamos juntas por los alrededores, de la mano, lejos de los muros y los guardias, lejos de las miradas de los demás. Solo nosotras y el cielo lleno de estrellas.

Hay muchas más ahora, aunque Isabel me explica que son las mismas, solo que se ven mejor porque no hay contaminación lumínica. Me enseña sus nombres, constelaciones que nunca había visto y que ahora brillan con una claridad imposible.

Es lo único bueno que trajo el fin del mundo. Las estrellas.

Caminamos hasta el arroyo. Nuestro arroyo. El lugar en el que ahogué a Morana hace tiempo.

El agua corre tranquila ahora. El deshielo ha terminado. La corriente es más lenta, más clara. Puedo ver las piedras del fondo, los peces pequeños que han empezado a volver, la vida que insiste en continuar.

A veces nos bañamos, pero hoy hace frío.

Hoy nos sentamos en la orilla, con Molly apoyada en la pierna de Isabel.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta.

Lo pienso. Los días se mezclan. Ya no llevamos calendarios, solo el ritmo del sol y las estaciones.

—No tengo ni idea —reconozco.

—Hace exactamente un año del evento Miyake.

Un año.

Un año desde que el mundo se apagó. Un año desde que todo lo que conocíamos dejó de existir. Un año desde que empezó

esto.

—No parece que haya pasado un año —digo.

—No. Parece más.

Tiene razón. Se siente como si hubiese pasado una vida entera. Como si la persona que era hace un año fuese alguien completamente diferente a lo que soy ahora.

Porque en cierto modo, lo era.

Hace un año era Morana. La asesina. El monstruo. La mujer con las manos siempre frías y el corazón congelado.

Ahora soy... otra cosa. No sé exactamente qué. Pero soy otra cosa.

Nadie sabe lo que traerá el mañana. Nadie lo supo nunca, en realidad. Solo que antes fingíamos que sí lo sabíamos.

Ahora ya no fingimos.

Hay trabajo que hacer. Muros que reparar. Guardias que organizar. Bocas que alimentar. El mundo no deja de ser peligroso solo porque hayas encontrado algo de paz.

Pero eso está bien.

Resulta que soy buena en esto. En proteger. En construir. En mantener a la gente a salvo. Todas las habilidades que usé para destruir sirven justo para lo contrario. Es casi irónico.

O quizá siempre fue así. Quizá la misma fuerza que te convierte en un monstruo puede transformarte en otra cosa, si la diriges bien. Si encuentras a alguien por quien merezca la pena luchar.

Las cosas han mejorado. Tenemos un huerto antes de llegar al bosque, no falta la caza o la pesca e intercambiamos bienes con otras dos comunidades cercanas.

La gente echa de menos el mundo tal como era antes. Pero no va a volver. No mañana, ni el año que viene, probablemente tampoco en lo que me queda de vida.

Y a mí me gusta esto. Es una vida más sencilla.

Mañanas saliendo a cazar. Alguien que me quiere esperándome al volver. Una perra vieja pidiendo caricias.

Puede que no sea mucho.

Pero para mí lo es todo.

No necesito decirle que me salvó. Que cada día que me despierto junto a ella es un día robado a la oscuridad. Que cada vez que acaricio su cuerpo desnudo, cada vez que me mira, cada vez que dice mi nombre, mi antiguo yo desaparece un poco más.

No necesito decir nada de eso.

Isabel lo sabe.

Porque ahora soy exactamente quien quiero ser.

No Morana.

No la asesina.

No el monstruo.

Solo Arizona.

Solo alguien que tuvo la suerte de encontrar a una mujer por la que vale la pena vivir. O morir.

Y resulta que eso es más que suficiente.

El invierno siempre termina.

A veces, solo tienes que sobrevivir lo suficiente para verlo.